WITOLD GOMBROWICZ

LA SEDUCCIÓN

BIBLIOTECA BREVE
EDITORIAL SEIX BARRAL, S. A.
BARCELONA, 1968

Título de la edición original:
PORNOGRAFIA

Traducción de Gabriel Ferrater

© de la edición original: Witold Gombrowicz

© de los derechos en lengua castellana y de la traducción española:
EDITORIAL SEIX BARRAL, S. A. - BARCELONA, 1965
Primera edición (Primer a quinto millar), 1968

Depósito Legal B. 37.556 - 1967 Printed in Spain

)1.853
(32s

PRÓLOGO DEL AUTOR

GNACION

Un escritor polaco me escribió preguntándome qué sentido filosófico tiene La seducción.

Le contesté:

"*Procuremos expresarnos de la manera más sencilla. El hombre, todos lo sabemos, tiende a lo absoluto. A la plenitud. A la verdad, a Dios, a la madurez entera... Abarcarlo todo, realizarse enteramente —éste es su imperativo.*

"*Pero en* La seducción *se manifiesta, a lo que creo, otro objetivo del hombre, más secreto sin duda, ilícito en cierto modo: su necesidad de lo inacabado... de lo imperfecto... de lo bajo... de la juventud.*

"*Una de las escenas más explícitas, en este sentido, es la de la iglesia, donde la ceremonia de la misa se hunde bajo el peso de la tensa conciencia de Fryderyk, y con ella se hunde el absoluto Dios, mientras que de la tiniebla cósmica y del vacío surge un nuevo ídolo, terreno, sensual, formado por dos seres que, menores de edad como son, cierran a pesar de todo un círculo —ya que se someten a una atracción mutua.*

"*Otra escena importante es la del consejo que precede al asesino de Siemian, cuando los adultos se sienten incapaces de sacrificarlo porque saben lo que pesa el crimen. Tendrán que matarlo, pues, los ado-*

lescentes, empujados hacia la ligereza, la irresponsabilidad —sólo así será el crimen posible.

"Por lo demás, ya he hablado de todo eso, por lo menos en mi Diario, *por ejemplo en un pasaje sobre el Retiro de Buenos Aires* (1955): *Me parecía que la juventud era el valor más alto de la vida... Pero ese* valor *tiene una peculiaridad, inventada sin duda por el diablo: en tanto que es juventud, su* valor *no alcanza al nivel de ningún valor.*

"Estas últimas palabras, lo de no alcanzar al nivel de ningún valor, explican por qué no he podido arraigar en ninguno de los existencialismos contemporáneos. El existencialismo se esfuerza por reinventar el valor, mientras que para mí lo sub-valioso, *lo* insuficiente, *lo* subdesarrollado, *están más cerca del hombre que todos los valores. Me parece que la fórmula de que* el hombre quiere ser Dios *expresa muy bien las nostalgias del existencialismo, en tanto que yo le opongo otra, desaforadamente desmedida*: el hombre quiere ser joven.

"A mi modo de ver, las edades del hombre sirven de instrumento a esa dialéctica entre lo cumplido y lo incumplido, entre el valor y el sub-valor. Y he aquí por qué mi universo se ha degradado: como si alguien me hubiera agarrado el espíritu por el pescuezo y me lo hubiera zambullido en la ligereza, en la bajeza.

"Pero recuerde que para mí la filosofía no cuenta: no es asunto mío. No me propongo más que explotar ciertas posibilidades de un tema. Busco las "bellezas" que son propias a ese conflicto..."

* * *

¿Queda claro? Se dice que una obra se explica por sí misma, que los comentarios del autor son superfluos. ¡Claro que es verdad en principio! Pero el arte contemporáneo no siempre es de fácil acceso, y muchas veces sería útil que el autor tomara al lector de la mano y le sugiriera un camino.

* * *

Ferdydurke *es sin duda mi obra fundamental, la mejor introducción a lo que soy y represento. Escrita veinte años más tarde,* La seducción *se origina en* Ferdydurke. *Tengo que decir, pues, algunas palabras sobre este libro.*

Es la grotesca historia de un señor que se vuelve un niño porque los demás lo tratan como tal. Ferdydurke *quisiera desenmascarar la gran inmadurez de la humanidad. El hombre, según aquel libro lo describe, es un ser opaco y neutro, que necesita llegar a expresarse mediante ciertas actitudes y comportamientos, gracias a los cuales cobra externamente —para los demás— mucho más contorno y precisión que los que posee en su intimidad. De ahí una trágica discordancia entre su inmadurez secreta y la máscara que se pone al tratar con otros. No le queda más remedio que acomodarse interiormente a aquella máscara, como si fuera realmente lo que parece ser.*

Puede decirse, pues, que el hombre de Ferdydurke *es creado por los otros, que las personas se crean unas a otras al imponerse formas, lo que llamamos "maneras de ser".*

Ferdydurke *se publicó en* 1937, *cuando no estaba*

todavía formulada la teoría de Sartre sobre el regard d'autrui. *Sin embargo, debo agradecer a la popularización de las nociones de Sartre el que ese aspecto de mi libro fuera mejor comprendido y asimilado.*

De todos modos, Ferdydurke *se aventura por otros terrenos, menos hollados: la palabra "forma" se asocia en el libro con la de "inmadurez". ¿Cómo hay que describir a aquella persona* ferdydúrquica? *Creada por la forma, es creada desde el exterior, lo cual vale decir que es inauténtica, deformada. Ser una persona equivale a no ser nunca uno mismo.*

Y también la persona es una incesante productora de la forma: segrega forma infatigablemente, como la abeja segrega miel.

Pero por otra parte lucha contra la propia forma. Ferdydurke *es una descripción de las luchas del hombre con su propia expresión, del tormento de la humanidad en el lecho de Procrusto de la forma.*

La falta de madurez no siempre es innata o impuesta por los demás. Se da también una inmaturidad a la que la cultura nos abalanza cuando su ola nos arrolla y no conseguimos elevarnos a su nivel. Toda forma "superior" nos pueriliza. La persona, torturada por su máscara, se construye en secreto, para su uso privado, una especie de subcultura: un mundo hecho con los desperdicios del mundo cultural superior, un dominio de la ratería, de los mitos informes, de las pasiones inconfesadas... un secundario dominio de compensación. Es allí donde nace una poesía vergonzosa, una cierta comprometedora hermosura...

¿No estamos ya muy cerca de La seducción?

* * *

Sí, La seducción *nació de* Ferdydurke. *Es un caso, particularmente irritante, del mundo ferdydúrquico: el joven creando al viejo. Cuando es el viejo quien crea al joven, todo marcha a las mil maravillas, mirado desde un punto de vista social y cultural. Pero cuando el viejo se somete al joven, ¡qué tinieblas! ¡Cuánta perversión y vergüenza! ¡Qué de trampas! Pero la verdad es que la juventud, biológicamente superior, físicamente más hermosa, no tiene la menor dificultad para encantar y ganarse al viejo, ya infectado por la muerte. Desde este punto de vista, hay en* La seducción *más ánimo y más valor que en* Ferdydurke, *que utilizaba sobre todo la ironía y el sarcasmo —y en el humorismo hay ya distanciación. En aquella época, yo miraba mis temas desde lo alto, y alguien pudiera sostener que en* Ferdydurke *peleé gallardamente contra la inmaturidad. De todos modos, se percibe ya claramente un tono muy equívoco, que da a entender que aquel adversario de la inmadurez está precisamente muriendo de amor por la inmadurez.*

En La seducción *he renunciado a la distancia que proporciona el humorismo. No es una sátira, sino una novela, una novela clásica... La novela de dos señores de media edad y de una pareja adolescente: una novela metafísico-sensual. ¡Qué vergüenza!*

* * *

Citaré todavía de mi Diario *lo que sigue:*

"Uno de mis fines intelectuales y estéticos es el

de encontrar un más abierto y dramático acceso a la juventud. Descubrirle lo que la ata a la madurez, para que se completen una a otra."

Y luego:

"No creo en ninguna filosofía no-erótica. No me fío de ningún pensamiento desexualizado.

"Claro que es difícil creer que la Lógica *de Hegel o la* Crítica de la Razón pura *hubieran podido concebirse si sus autores no se hubieran mantenido a cierta distancia del cuerpo. Pero la conciencia pura, en cuanto se realiza, tiene que sumirse de nuevo en el cuerpo, en el sexo, en el Eros; el artista tiene que zambullir al filósofo en el embeleso, en el atractivo, en la gracia."*

Una última cita, aunque haya de hacerme sospechoso de megalomanía: *"¿Y si* La seducción *fuera un intento por renovar el erotismo polaco?... Un intento por hallar de nuevo una erótica que concordara mejor con nuestro hado y con nuestra historia reciente —hecha de violaciones, de esclavitud, de peleas de chiquillos brutos—, un descenso hasta las oscuras lindes entre la conciencia y el cuerpo?"*

* * *

Cada vez me inclino más a presentar los temas que me parecen más complejos bajo una forma sencilla, incluso ingenua. La seducción *está escrita un poco al modo de una "novela de provincias" al estilo polaco; es como si me paseara en un coche de caballos destartalado por el veneno del* dernier cri *(un grito de dolor completamente pasado de moda, ni que decir tiene). ¿Tengo razón en pensar que, cuanto más descarada*

y difícil sea la literatura, más debiera volver a las formas más viejas y fáciles, o las que los lectores están acostumbrados?

K. A. Jelénski, a quien mi obra debe tantos y tan valiosos estímulos, opinaba que La seducción *se presenta de modo demasiado dibujado; me aconsejaba borrar algunas de mis huellas, como hacen los animales o ciertos pintores. Pero ya estoy cansado de todos los malentendidos que se amontonan entre mí y mis lectores, y de haber podido, les habría limitado todavía más la libertad de interpretarme.*

WITOLD GOMBROWICZ

PRIMERA PARTE

1

Voy a contarles otra de mis aventuras, y justamente una de las más fatales.

Entonces, era en 1943, me encontraba yo en la ex-Polonia y en la ex-Varsovia, en lo más hondo del hecho consumado. Silencio. El desmantelado grupo de mis compañeros y amigos de los ex-cafés, el Zodiak, el Ziemianska, el Ips, se reunía todos los martes en cierto pisito de la calle Krucza, y allí, mientras bebíamos, procurábamos seguir siendo artistas, escritores, pensadores... reanudando nuestras viejas conversaciones, nuestros ex-debates sobre el arte... Dale, dale, dale, todavía hoy nos veo sentados o tumbados en el cuarto lleno de humo, aquél algo esquelético, el otro algo trizoso, pero todos charla que charlarás y grita que gritarás. Uno chillaba: Dios, otro: arte, un tercero: nación, un cuarto: proletariado, y así discutíamos ferozmente y venga darle vueltas y vueltas —Dios, arte, nación, proletariado, pero un día llegó un hombre de media edad, oscuro y reseco, de nariz aguileña, y se presentó a todo el mundo con todos los requisitos de la cortesía. Luego apenas abrió la boca.

Dio las gracias con mucha corrección por el vaso de vodka que le dieron, y con no menos corrección preguntó:

—¿Puedo pedirles una cerilla, con permiso?...

Y luego se puso a la espera de su cerilla, y esperó... y cuando se la dieron se dedicó a encender un cigarrillo. Entre tanto hervía la discusión —Dios, arte, nación, proletariado—, y el hedor se nos metía por las narices. Alguien preguntó:

—¿Qué vientos le han traído por aquí, señor Fryderyk?

A lo cual él sirvió en seguida una contestación exhaustiva:

—Me enteré por doña Ewa de que Pientak pasa a menudo por aquí, y he venido porque tengo por vender cuatro pieles de conejo y una suela de zapato.

Y para que viéramos que no se tiraba un farol, nos mostró sus cuatro pellejos envueltos en un papel.

Le dieron té, que bebió, pero le quedó un terrón de azúcar en el platillo —y adelantó la mano para llevárselo a la boca— pero acaso encontró que el gesto no estaba bastante justificado, y por consiguiente volvió a retirar la mano —pero realmente el retirar la mano estaba todavía menos justificado— de modo que volvió a alargar la mano y se comió el azúcar —pero ya no lo comía por gusto, sino para portarse correctamente... ¿con el azúcar o con nosotros?... y, para borrar aquella impresión, tosió, y, para justificar la tos, se sacó el pañuelo del bolsillo, pero llegado a aquel punto ya no se atrevió a sonarse— y se limitó a mover el pie. El movimiento del pie le produjo, al parecer, nuevas complicaciones, de modo que se calló y se inmovilizó por completo. Aquel singular comportamiento (ya que en verdad no hacía más que "comportarse", "se comportaba" sin parar) despertó ya entonces, en aquel primer encuentro, mi

curiosidad, y en los meses siguientes traté bastante a aquel hombre, que por otra parte resultó no carecer de pulimiento social e incluso tenía experiencia en cosas de arte (tiempo atrás se había ocupado de teatro). Yo qué sé... yo qué sé... tal vez baste decir que hicimos juntos ciertos negociejos que nos proporcionaron medios de subsistencia. Santo y bueno, pero un día recibí una carta, una carta de un llamado Hip, o sea Hipolit S., un propietario en la provincia de Sandomierz, con la propuesta de que fuéramos a visitarle —y Hipolit mencionaba que deseaba hablar con nosotros de ciertos asuntos que tenía en Varsovia, para los cuales podíamos serle útil. "Por aquí, más bien tranquilos, nada de particular, sólo unas bandas que andan por ahí, pillajes, ya ves, menos disciplina. Venir los dos, estaremos juntos".

¿Ir? ¿Los dos? Me asaltaron suspicacias, difíciles de formular, en cuanto a aquel viaje de pareja... hombre, llevarle allí, al campo, a que continuara sus maniobras... ¿Y su cuerpo, su cuerpo tan... "específico"?... ¿Llevarlo de viaje, a pesar de su incansable "indecencia callada-chillona"?... ¿Cargar con alguien tan "comprometido y por consiguiente comprometedor"?... ¿Exponerme a aquel "diálogo" tozudo en que se empeñaba con... con quién, exactamente?... ¿Y su "saber", aquel saber suyo sobre...? ¿Y su codicia? ¿Y sus astucias? Sí, todo aquello me hacía muy poca gracia, pero por otra parte con su juego perpetuo estaba tan aparte... tan apartado de nuestro drama colectivo, tan desatado de las discusiones "nación, Dios, proletariado, arte"... y me parecía como un descanso, como el descargarme de un peso... ¡Y él era tan irreprochable y calmado y prudente! ¡A via-

jar pues, es mucho más agradable hacerlo de pareja! Y el resultado fue que nos metimos en el vagón y nos deslizamos en el atestado interior... y por fin el tren arrancó, chirriando.

Las tres de la tarde. Neblina. Fryderyk estaba doblado por el tronco de una vieja, un pie de niño se le metía en la barbilla... y así viajaba... pero viajaba comportándose, como siempre, con corrección y educación. Callaba. Callaba también yo, el movimiento nos arrastraba y nos arrojaba de acá para allá, y todo estaba como yerto... pero por un fragmento de ventanilla veía yo campos azulados y adormecidos por los que nos entrábamos con un estrépito balanceante... era la misma vastitud tantas veces vista, la tierra plana, encerrada por el horizonte, rayada, unos árboles fugaces, una casita, edificios que huían hacia atrás... siempre lo mismo, lo ya sabido... ¡Pero no lo mismo! ¡Y no lo mismo, precisamente por ser lo mismo! ¡E incierto, e incomprensible, sí, inconcebible, inabarcable! El niño se puso a berrear, la vieja estornudó...

Respirar aquel acre espesor... La sabida de siempre, la perpetua tristeza del viaje en tren, la línea ascendente o descendente de los cables eléctricos o de los surcos, la súbita entrada por la ventana de un árbol, de un poste, de una cabaña, todo deslizándose raudo hacia atrás, todo en fuga... mientras que allá, lejos, en el horizonte, una chimenea, una loma... quedándose largo tiempo, tozuda, como una preocupación agobiante, una preocupación que lo domina todo... antes de esfumarse en un lento giro. A Fryderyk lo tenía muy cerca, ante mí, nos separaban dos cabezas, y su cabeza estaba muy, muy cercana, y podía verle —se callaba y viajaba—, y la presencia de

cuerpos extraños, insolentes, que empujaban y apretaban, sólo ahondaba nuestro estar cara a cara... sin palabras... tanto que ¡en nombre de Dios, que me hubiera gustado no estar de viaje con él, y que aquella ocurrencia de marcharnos juntos se hubiera estropeado! Porque, sumido en la corporeidad, era él un cuerpo más entre los cuerpos, nada más... pero a la vez existía... y existía en cierto modo aparte, e inexorable... No había modo de cambiarlo, sin componendas, no se le borraba, estaba en aquella masa y existía... Y su viajar, su correr por el espacio, no se podían comparar con el viajar de los demás —era un viajar mucho más importante, incluso tal vez peligroso...

De cuando en cuando me sonreía y me decía algo —pero se veía que era sólo para hacerme menos opresivas su vecindad y su figura. Comprendí que el sacarle de la ciudad, el arrojarle al espacio desvarsovizado, era empresa arriesgada... porque teniendo por fondo aquellas anchuras, su peculiar cualidad íntima tenía que resonar con más fuerza... y él mismo se daba cuenta, porque nunca le vi más callado y más insignificante. En cierto momento, el crepúsculo, esa sustancia que se come las formas, se puso a borrarlo, y él se volvió indistinto en el vagón lanzado y traqueteante, que se adentraba en la noche e invitaba al no-ser. Pero aquello no atenuó su presencia, que sólo para la mirada se hizo inasequible: él se agazapaba tras el velo del no ser visto, exactamente tal como era. Luego se encendió la luz y lo trajo de nuevo a la visibilidad, mostró su barbilla, las crispadas comisuras de la boca, y las orejas... pero él no se sobresaltó, fijaba los ojos en una cuerda que se balanceaba, y existía. El tren volvió a detenerse, en alguna

parte a mis espaldas un pateo de pies, la masa que me apretaba, algo ocurría —¡pero él estaba y estaba! Otra vez arrancamos, fuera es de noche, la locomotora escupe chispas, el avance del vagón se vuelve nocturno— ¿por qué le habré llevado conmigo? ¿Por qué me habré uncido a aquella compañía que, en vez de descansarme, me carga? Muchas horas soñolientas duró aquel viaje, tejido de paradas, hasta convertirse en un viajar por viajar, adormecido, tozudo, y así seguimos adelante hasta que llegamos a Cmielow y nos encontramos con las maletas en un sendero paralelo a la estación. La cinta huyente del tren, en un estrépito decreciente. Silencio, un inquietante vientecillo, y estrellas. Un grillo.

Yo, salido de horas de apreturas y de movimiento, de pronto en aquel sendero —y a mi lado Fryderyk con el abrigo en el brazo, muy callado y de pie— ¿dónde estábamos? ¿Qué era aquello? Sin embargo yo conocía aquellos lugares, el airecillo no me era extraño —¿pero dónde estábamos? Allí, sesgado, el conocido edificio de la estación de Cmielow y unos cuantos faroles relucientes, pero... ¿dónde, en qué planeta habíamos puesto pie? Fryderyk se plantaba junto a mí, y sólo se plantaba. Nos encaminamos hacia la estación, él detrás de mí, y allí estaba el coche, el caballo, el cochero —conocido coche, y conocido también el levantarse de la gorra del cochero... ¿por qué pues lo miraba yo tan atentamente? Subo al coche, Fryderyk detrás de mí, arrancamos, un camino arenoso bajo la luz del cielo tenebroso, a los lados corre la negrura de un árbol o de un arbusto, nos entramos por la aldea de Brzustowa, relumbres de maderos encalados y el ladrido de un perro... enigmático... ante mí

BIBLIOTECA PUBLICA

la espalda del cochero... enigmático... y junto a mí ese hombre que, tan callado y tan correcto, me acompaña. El suelo invisible acuna o sacude nuestro coche, los espesores de sombras entre los árboles nos cierran la mirada. Hablo al cochero para oír mi propia voz:

—Bueno, ¿qué tal? ¿Estáis tranquilos por aquí?

Y le oigo que dice:

—Por ahora se está tranquilo. Hay pandillas por los bosques... Pero tanto como decir que últimamente haya nada particular...

La cara era invisible, la voz era la misma —luego no era la misma. Ante mí sólo una espalda— y ya iba a inclinarme para mirar a los ojos de aquella espalda, pero me retuve... porque Fryderyk... allí se estaba, a mi lado. Teniéndolo a mi lado, prefería no mirar a la cara de nadie... porque de pronto me di cuenta de que lo que tenía a mi lado era radical en su silencio, radical hasta la locura. ¡Sí, era un extremista! ¡Un extremo de inconsciencia! ¡No, no era un ser ordinario, era un animal más de presa, tenso hasta un extremo que yo no había nunca concebido! Preferí pues no mirar caras —la de nadie, ni siquiera la del cochero cuya espalda era aplastante como una montaña, mientras el suelo invisible acunaba y sacudía el coche, y alrededor la tiniebla luciente de estrellas sorbía toda visión. El resto del trayecto transcurrió en silencio. Al fin entramos por una avenida, los caballos avivaron el paso— una puerta, un guardián y perros —una casa cerrada, su pesado y chirriante abrirse— Hip con una lámpara...

—¡Por fin, gracias a Dios, aquí estáis!

¿Era él o no era él? Me trastornó y me repelió la hinchada rojez de su cara que estallaba... parecía ha-

berse ya partido en pedazos a causa de una tumefacción que lo volvía gigantesco por todas partes, una proliferación en todas las direcciones producía una odiosa transformación de aquel pesado cuerpo de toro, era como un volcán que arrojaba carne... y con sus botas altas presentaba unas patazas apocalípticas, y los ojos miraban desde su cabeza como desde una ventana. Pero se me acercó y me abrazó. Avergonzado, murmuró:

—He engordado... mal demonio... Se me ha metido en la carne. ¿Qué? Todo, seguramente.

Y mirándose los gruesos dedos repitió con infinita amargura, en voz baja y para sí mismo:

—Se me ha metido en la carne. ¿Qué? Todo, seguramente.

Y retumbó:

—¡Y ésta es mi mujer!

A lo cual murmuró para provecho propio:

—Y ésta es mi mujer.

Y aulló:

—¡Y ésta es mi Heniusia, mi Heniutka, mi Henieczka!

Y repitió, para sí, apenas audible:

—Y ésta es Heniusia, Heniutka, Henieczka.

Cordial y digno, se dirigió a nosotros:

—Me complace infinitamente recibir la visita de los señores, pero venga, Witold, preséntame a tu amigo...

Concluyó, cerró los ojos y repitió... sus labios se movían. Fryderyk, con gran cortesía, saludó a la señora de la casa besándole la mano, a lo cual la melancolía de la dama se hermoseó con una fina sonrisa y su fragilidad se estremeció... y fuimos sor-

bidos por el maelstrom del trabar conocimiento, del introducirnos en la casa, del sentarnos juntos, de la conversación —tras aquel viaje sin fin—, y la luz de la lámpara adormecía. Una cena servida por un lacayo. El sueño que aplastaba. Vodka. Luchando con el sueño nos esforzábamos por oír, por comprender. Se hablaba de mil molestias, la de la AK, la de los alemanes, la de las bandas, la de los funcionarios, la de la policía polaca, la de las requisas —del miedo que merodeaba y de las violencias... todo lo cual atestiguaban las ventanas provistas de barrotes de hierro suplementarios y las puertas cerradas a cal y canto... hierro que encerraba y abrigaba. "La granja Siedniechów ardió, al administrador de Rudniki le hicieron trizas las piernas, tuve refugiados de Poznan, lo peor es que nadie sabe, en Ostrowiec, en Bodzechów, allí donde están las fábricas, todo espera, todo está al acecho, por ahora calma chica, el estallido cuando se acerque el frente... ¡El estallido! ¡Ya verán, caballeros, qué carnicería, qué explosión, qué función! ¡Función tendremos, se lo digo yo!"

Tras aullar aquello, repitió para sí, pensativo:

—Tendremos función.

Y aulló:

—¡Lo peor es que uno no puede largarse a ninguna parte!

Y susurró:

—Lo peor es que uno no puede largarse a ninguna parte.

Y sin embargo la lámpara. Cena. Sueño. El gigantismo de Hip empapado en la salsa pegajosa de la somnolencia, la dama que se perdía por lejanías, Fryderyk y las luciérnagas embistiendo la lámpara, lu-

ciérnagas en la lámpara, luciérnagas dando vueltas a la lámpara, y arriba por la escalera que da vueltas, la bujía, caigo en una cama, me duermo. Al día siguiente, un triángulo de luz en la pared. Una voz bajo la ventana. Me levanto y abro los postigos. La mañana.

2

Haces de árboles entre los graciosos meandros de las avenidas; el jardín se hundía en suave pendiente hacia un punto en el que, tras unos tilos, se adivinaba la escondida superficie de un estanque —¡oh, el verdor bajo el rocío en sol-y-sombra! Y cuando, después del desayuno, salimos al patio, vimos la casa, blanca, con un piso alto y los desvanes, rodeada por abetos y tuyas, por avenidas y parterres —fascinadora como una aparición venida de los pasados y ya tan lejanos tiempos de anteguerra... y con su intacto anacronismo parecía más real que el presente... y a la vez la conciencia de que aquello no era verdad, que no casaba con la realidad, la transformaba en una especie de decorado teatral... de modo que en definitiva la casa, el parque, el cielo y los campos constituían por igual un teatro y una verdad. Y ahí viene el propietario, gigantesco, hinchado, con una chaqueta verde en su torso exagerado y, de verdad, viene como antes, nos saluda de lejos con la mano y nos pregunta si dormimos bien. Charlando perezosamente, sin prisa, llegamos al portal que se abre al campo, y abarcamos con la mirada las tierras que se empinan y se abultan en la inmensidad del horizonte, y Hip no sé qué habla con Fryderyk, de cosechas y

rendimientos, mientras aplasta terrones con las botas. Volvimos hacia la casa. En la terraza apareció doña María y nos gritó: "Buenos días", mientras un chaval correteaba por la hierba —¿acaso el hijo de la cocinera? Y así transitábamos por aquella mañana— que era la repetición de mañanas muertas tiempo atrás —pero la cosa no era tan sencilla... porque en el paisaje se deslizó yo no sé qué marchitamiento, y otra vez me pareció que todo, aunque fuera lo mismo, era decididamente distinto. ¡Qué idea desazonadora, qué idea asquerosamente enmascarada! A mi lado iba Fryderik, vuelto tan corpóreo por la luz del claro día, que se le hubieran podido contar todos los pelos que le salían de las orejas y todos los poros de su piel pálida, su piel de bodega —dijo Fryderyk, curvado, débil, agachado, con una boca de neurótico, con las manos en los bolsillos— un típico intelectual de ciudad entre la serenidad de los campos... pero con aquel contraste los campos perdían la partida, los árboles se desconcertaban, el cielo era incierto, la vaca no estaba a la altura y no se resistía, la perennidad de la tierra se enturbiaba, vacilaba y se deprimía... y en verdad que Fryderik parecía más verdadero que la hierba. ¿Más verdadero? Torturante idea, inquietante, sucia, un poco histérica y a la vez provocativa, manoseadora, destructora... y no supe si venía de él, de Fryderyk, aquella idea, o si no venía tal vez de la guerra, de la revolución, de la ocupación... ¿o tal vez de lo uno y lo otro, de lo uno con lo otro? Pero él se comportaba irreprochablemente, y preguntaba a Hipolit cosas de la finca, sosteniendo la conversación que cabía esperar cuando de pronto vimos a Henia, que se nos acercaba por el prado. El

sol nos quemaba la piel. Teníamos los ojos resecos y los labios cortados. Y ella habló.

—Mamá está lista. He mandado uncir.

—A la iglesia, a misa, que es domingo —explicó Hipolit.

Y en voz baja, para sí:

—A misa, a la iglesia.

Y en voz alta:

—Si ustedes quieren acompañarnos, con mucho gusto, pero nada de obligación, ¿eh, oh, hi? ¡Yo voy, mientras esté aquí, iré allí! ¡Mientras haya iglesia, yo voy a la iglesia! Y con mi esposa, con mi hija, en mi coche —que no tengo por qué esconderme de nadie, por mucho que me miren. ¡Qué se sacien, los mirones —que vayan con sus cámaras fotográficas— que me retraten!

Y susurró:

—Que me retraten.

Ya Fryderyk declaraba con extrema cortesía que estábamos dispuestos a asistir al servicio. En el coche, cuyas ruedas gemían al moler la arena de las roderas, avanzamos —y cuando llegábamos a lo alto de la loma se fue descubriendo la vastitud de la tierra que se hundía, muy abajo, dominada por la desmedida altura del cielo, como una ola cuajada. Allá, a lo lejos, la línea del tren. Me pareció cosa de risa. El coche, el caballo, aquel cochero, el olor cálido del cuero y del barniz, el polvo, el sol, una mosca cansada en mi mejilla, y el gemido de los neumáticos que molían arena —¡pero si todo aquello era sabido por los siglos de los siglos, y nada, nada había cambiado lo más mínimo! Pero al encontrarnos en la cumbre, al rodearnos la brisa de las anchuras en cuya

última linde azuleaba la sierra de la Santa Cruz, lo antinatural de aquella excursión me dio casi un sobresalto— porque parecía que estábamos en una oleografía —como si fuéramos una foto muerta en un viejo álbum de familia— y en aquella altura, el vehículo, difunto desde hacía tanto tiempo, era visible desde el más remoto horizonte —con lo que las tierras se ponían malignamente burlonas, cruelmente desdeñosas —y el hecho contra-naturaleza de nuestro viaje difunto se contagiaba a la azulada topografía, cuyo casi imperceptible cambio era precisamente efecto de la penetración y la presión de aquel desplazamiento. Fryderyk, en el asiento de atrás, al lado de la señora, miraba a su alrededor y admiraba el colorido, yendo a la iglesia como si en efecto fuera a la iglesia —¡y tal vez nunca había estado tan afable y cortés! Nos adentramos por la hondonada de Grocholice, donde empieza la aldea, donde siempre hay fango...

Me acuerdo (y no carece de importancia para los acontecimientos cuyo relato espera) de que el sentimiento dominante era de vacuidad —y de nuevo, como la noche precedente, me hubiera inclinado saliendo del coche, para mirarle la cara al cochero, pero son cosas que no se hacen... y así pues nos quedamos detrás de su indescifrada espalda, y el trayecto continuó detrás de su espalda. Entramos en la aldea de Grocholice, a la izquierda un arroyuelo y a la derecha todavía algunas alquerías y unas vallas, una gallina y una oca, un abrevadero y una charca, un labriego o una labriega endomingados, una senda arrastrándose hacia la iglesia... la calma y el adormecimiento de una aldea dominical... Pero todo era como

nuestra muerte, inclinada sobre un espejo de agua y buscando la aparición de su propio rostro —el pasado tiempo de nuestra entrada en la aldea se reflejaba en la eternidad de la aldea misma y retumbaba en aquel recuerdo —que era sólo una máscara— que sólo servía para esconder algo distinto... ¿Qué? Cualquier sentido... el de la guerra, la revolución, la violencia, el desenfreno, la miseria, la desesperación, la esperanza, la lucha, la furia, el chillido, el asesinato, la esclavitud, la vergüenza, el pudrirse, la maldición o la bendición... un sentido cualquiera, quiero decir, demasiado débil para quebrar el cristal de aquel idilio, e intacta quedó aquella ínfima imagen, tan largamente roída por el tiempo, que no era ya más que una fachada... Fryderyk conversaba con toda cortesía con doña María —¿y si sólo sostuviera aquella conversación para no hablar de *otra cosa?*— y llegamos ante la tapia que circundaba la iglesia y empezamos a bajar del coche... pero yo ya no sabía qué era qué ni qué era cómo... si los peldaños por los que subimos hacia el portal de la iglesia eran peldaños ordinarios, ¿o si por acaso...? Fryderyk ofreció el brazo a la señora, se descubrió, y la acompañó al portal mientras la gente los miraba —¿pero tal vez la acompañaba sólo por no hacer otra cosa?— y tras ellos Hipolit embistió y echó adelante con su corpacho por entre la masa, imperturbable, consecuente, sabiendo que al día siguiente le podían degollar como a un cerdo —avanzó como una fuerza de la naturaleza, hendiendo el odio, sombrío y resignado. ¡El cacique! ¿Y si también él sólo fuera el cacique por no ser otra cosa?

Pero en cuanto nos sorbió la penumbra en la que se clavaban unos cirios ardientes, llena del espesor de

un canto gimiente y ondeante que surgía de aquella masa sin levadura, de aquel pueblo aplastado... entonces se dispersó toda aquella ambigüedad al acecho, como si una mano, más fuerte que nosotros, hubiera restablecido el supremo orden del servicio divino. Hipolit, que hasta entonces era cacique con escondida ira y con pasión, sólo por no dejarse subyugar, se sentó calmado y digno en el banco de los señores, y saludó con una inclinación de cabeza a la familia, sentada en el banco vecino, del administrador de la finca de Ikania. Todavía no había empezado la misa, la gente esperaba al sacerdote, el pueblo estaba abandonado a su canto fresco, humilde, chillón y torpe, que sin embargo lo tenía bien agarrado —de modo que era como un perro sujeto a su cadena, inofensivo. ¡Qué domesticación, qué tranquilidad, qué benéfica paz, allí, en aquella piedra sempiterna: de nuevo el señor era señor, la misa era misa, el sillar era sillar, y todo volvía a su ser!

Y sin embargo Fryderyk, que se había sentado en el banco al lado de Hipolit, se arrodilló en el reclinatorio... y aquello turbó un poco mi tranquilidad, porque tal vez era algo exagerado... y me costó trabajo no pensar que acaso se arrodillaba por no cometer algo que no fuera un arrodillarse... pero la campanilla tintineó, el cura entró con el cáliz y, tras dejarlo encima del altar, hizo su genuflexión. Campanilleo. Y de pronto no sé qué tono cortante resonó en mi ser entero, con tal fuerza que —agotado, medio inconsciente— me arrodillé, y poco faltó para que— en mi fiero desamparo— me pusiera a rezar... ¡Pero Fryderyk! Me pareció, sospeché, que Fryderyk, arrodillado también, también "rezaba" —y conociendo

sus agitaciones, tuve la seguridad de que no sólo lo fingía, sino que de verdad "rezaba"— con lo cual quiero decir que no sólo pretendía engañar a los demás, sino también a sí mismo. "Rezaba" ante los demás y ante sí mismo, pero su oración no era más que un biombo que escondía el desenfreno de su no-oración... o sea que era un acto que se arrojaba fuera, un acto "excéntrico", arrastrando desde aquella iglesia hacia las inmensidades de la incredulidad —un acto que en su núcleo se negaba a sí mismo. ¿Y qué ocurría? ¿Qué empezaba a ocurrir? Nunca en mi vida experimenté nada semejante. Nunca hubiera creído que era posible algo semejante. Pero, ¿qué ocurría pues? En realidad, nada —en realidad ocurría que alguna mano despojaba a la misa de todo su contenido, de su significado— mientras el sacerdote se movía, repetía sus genuflexiones, iba de un lado del altar al otro, y los monaguillos agitaban sus campanillas, y subía el humo de los incensarios, pero el contenido de todo aquello se escapaba como el gas de un globo, y la misa se deshinchaba con una espantosa impotencia... se volvía fláccida... incapaz de engendrar. Y aquella privación de contenido era como un asesinato suburbial, cometido fuera de nosotros, fuera de la misa, en nombre de un silencioso pero criminal comentario de cierta persona que miraba de reojo. Y la misa no podía defenderse contra aquello, porque sólo era obra de una glosa entre paréntesis, y nadie en la iglesia se resistía realmente contra la misa, el propio Fryderyk se le asociaba del modo más correcto... y si la mataba, era sólo, por así decir, en el reverso de la medalla. Y aquel comentario marginal, aquella glosa asesina, era obra de la crueldad —obra de una conciencia afi-

lada, fría, que penetraba hasta lo hondo, implacable... y comprendí que había sido una locura introducir aquel hombre en una iglesia. ¡Por el amor de Dios, había de mantenerle lejos de allí! ¡La iglesia era el lugar donde se volvía más terrible!

Pero ya había ocurrido. El proceso que tenía lugar consistía en alcanzar el contacto con la realidad *in crudo*... era antes que nada un aniquilar la redención, y por consiguiente nada podía ya redimir aquellos hocicos de paleto, averiados, desdibujados de todo estilo y arrojados allí, como desechos de carnicería. Ya no eran "pueblo", ya no eran "labriegos", ya no eran ni siquiera "gentes", eran criaturas tal cual... tal cual eran... y su porquería estaba privada de la gracia. Pero a la salvaje anarquía de aquel multicéfalo parduzco correspondía la no menos arrogante desvergüenza de nuestras caras, que también dejaron de ser "señoriales", de ser "cultas" o "delicadas", y se transformaron en algo chillonamente idéntico a sí mismo —¡en caricaturas privadas de modelo, que ya no eran caricaturas "de nada", sino caricaturas en sí, desnudas como traseros! Y el recíproco estallido de monstruosidades, de la señorial como de la campesina, confluyeron en el gesto con que el sacerdote celebraba... ¿Qué? Nada. Pero no bastaba con eso...

La iglesia dejó de ser iglesia. El vacío entró, pero era ya un vacío cósmico y negro, y aquello ya no ocurría en la tierra, sino que la tierra se volvía un planeta colgado en el universo, el cosmos se hacía presente, allí sucedía todo. Tanto, que la luz de los cirios e incluso la luz del día que entraba por los ventanales se volvieron negras y nocturnas. De modo que ya no estábamos ni en una iglesia, ni en aquella aldea, ni

en la tierra, sino —conforme a la realidad, sí, conforme a la verdad— en algún punto del cosmos, colgados con nuestros cirios y con nuestros resplandores, y allí, entre inmensidades, nos meneábamos haciendo cosas de asombro con nosotros y entre nosotros, como monos que hacen muecas en el vacío. Era un extravagante excitarse unos a otros entre galaxias, una provocación de humanidad en tinieblas, un sorprendente gesticular en el abismo, un descoyuntarse en inmensidades astronómicas. Y aquel ahogarse en el espacio se acompañaba de una tremenda potenciación de lo concreto, y andábamos por el cosmos, pero éramos algo irremediablemente dado, preciso en todos los detalles. Las campanillas tintinearon para la elevación. Fryderyk se arrodilló.

Aquella vez, su arrodillarse fue un tiro en la nuca, fue como retorcerle el cuello a un pollo, y la misa siguió su curso, pero herida de muerte y aleteando como un insensato. *Ite, missa est.* Y... ¡oh triunfo! ¡Qué victoria sobre la misa! ¡Qué orgullo! Como si aquella liquidación fuera un fin que yo hubiera deseado: por fin solo, ya solo, sin nadie ni nada fuera de sí, solo en la absoluta tiniebla... ¡de modo que yo había alcanzado mi ultiminad definitiva, había llegado a las tinieblas! Amargo el fin, amargo el sabor de la victoria, y amarga la meta. Pero había orgullo en aquello, un orgullo vertiginoso, marcado por la despiadada madurez del espíritu por fin autónomo. Y sin embargo había también espanto y, privado de todo apoyo, me sentía en mis manos como en las de un monstruo, como si pudiera hacer conmigo mismo cualquier cosa, ¡cualquiera, cualquiera! Sequedad del orgullo. Escarcha de lo definitivo. Fuerza y vacío. ¿Y

pues, qué? El servicio terminaba ya, miré adormecido a mi alrededor, estaba fatigado, oh, habrá que salir, volver a casa, a Poworna, por aquel camino arenoso... pero en cierto momento mi mirada... mis ojos... Ojos presa del pánico, pesados. Sí, algo tiraba de ellos... de los ojos... sí, de los ojos... Algo violador, seductor —precisamente. ¿Qué? ¿Qué era lo que tiraba, lo que atraía? En los sueños, la maravilla procede de los lugares que están velados, que añoramos sin poder situarlos, y rodamos y rodamos a su alrededor con un alarido silencioso, absortos en una nostalgia que lo traga todo, que desgarra y encanta y se entrega.

Así rodaba yo todavía, daba vueltas, todavía tímido, inseguro... pero ya deliciosamente penetrado por la fuerza flexible que me sobrecogía —me embrujaba —me encantaba —me embelesaba— me seducía y subyugaba —jugaba conmigo— y el contraste entre la cósmica escarcha era hasta tal punto insoportable que me puse a pensar vagamente en Dios y el milagro. ¡Dios y el milagro!

¿Pero qué era, al cabo?

Era... Un trozo de mejilla y un poco de nuca... pertenecientes a alguien que estaba ante nosotros, en la masa, a unos pasos...

¡Oh, poco faltó para que me ahogara! Era...

(un muchacho)

(un muchacho)

Y al comprender que era tan sólo (un muchacho) me puse a arrancarme de mi éxtasis por la fuerza. Por lo demás, apenas lo veía, sólo un poco de piel ordinaria —nuca y mejilla. Entonces se movió y su gesto, un gesto de nada, me atravesó de parte a parte, como un inquietante atractivo.

Pero de todos modos (un muchacho).

Y nada más que (un muchacho).

¡Qué pena! Un ordinario cogote de dieciséis años con el pelo corto y una ordinaria piel (de muchacho) de gallina, y un gesto (juvenil) de la cabeza —perfectamente vulgar— ¿de modo que a cuento de qué, mi estremecimiento? ¡Oh!... y entonces vi el perfil de la nariz, de la boca, porque volvió ligeramente la cara a la izquierda —y nada de particular, vi en escorzo la ordinaria cara (de muchacho), una cara en escorzo— ¡ordinaria! No era un campesino. ¿Estudiante? ¿Agrónomo? Una cara (joven) ordinaria, sin preocupaciones, algo arisca, simpática, la cara de alguien que roe lápices y juega al fútbol o al billar, y el cuello de la chaqueta escondía el cuello de la camisa, y la nuca estaba tostada por el sol. Y a pesar de todo me latía el corazón. E irradiaba divinidad, porque representaba cierto desbordante embeleso en el desmedido vacío de aquella nocturnidad, cierta fuente de calor y de aliento luminoso. Gracia. Un enigma incomprensible: ¿cómo podía la insignificancia cargarse de significado?

¿Fryderyk? ¿Acaso lo sabía Fryderyk, lo había visto, le había también saltado a los ojos?... Pero de pronto las gentes se movieron, la misa había concluido, y se implantó un lento reptar hacia la salida. Yo con los demás. Ante mí iba Henia, iba su espalda y su menuda nuca todavía de colegiala, y aquello se adentró en mí, y una vez dentro se apoderó de mí con tanta fuerza —y se acordó tan armoniosamente con aquella otra nuca... y de pronto comprendí con la mayor facilidad, sin ningún esfuerzo: esta nuca y aquella nuca. Esas dos nucas. Las dos nucas eran...

¿Y ahora qué? ¿Qué ocurre? ¡Parecía como si su nuca (de muchacha) se desprendiera y fuera a unirse con aquella nuca (de muchacho), como si aquella otra nuca tirara de ésta por la nuca, y como si ésta tirara de la otra por la nuca! Dispensen ustedes la torpeza de las metáforas. No se me hace fácil hablar de todo eso (y también alguna vez tendré que explicar por qué pongo entre paréntesis las palabras de (muchacho) y (muchacha), sí, este punto también habrá que ponerlo en claro). Los movimientos (de la muchacha), mientras me precedían entre la multitud, no sé cómo pero lo cierto es que "se referían" a él y le daban un complemento apasionado, como un confiado susurro de movimiento a movimiento, pegados por la masa. ¿Podía ser? ¿No me engañaba? Pero de pronto vi el brazo de ella que pendía a lo largo del cuerpo, apretado al cuerpo por la gente, y estaba claro que ella entregaba aquel brazo al brazo de él, confiadamente, en el espesor de todos aquellos cuerpos adheridos. ¡Pero si todo en ella era "para él"! Y él, allá lejos, caminaba tranquilo con la gente, pero sin embargo tenso hacia ella y tirado por ella. ¡Era un irresistible enamorarse y codiciarse, ciego, que tan plácidamente avanzaba entre los demás, con tanta indiferencia! ¡Ah! ¡Era por eso! —de pronto comprendí qué secreto había en él, y por qué me había subyugado desde el primer instante.

Surgimos de la iglesia a la plaza soleada y la gente se dispersó, pero ellos —él y ella— se me aparecieron de cuerpo entero. Ella de blusa clara, con una falda azul marino y un cuello blanco, un poco apartada, esperando a sus padres, ajustaba el cierre de su misal. El... dio unos pasos hacia la tapia, se puso

de puntillas y miró afuera —qué sé yo por qué. ¿Se conocían? Por mucho que uno y otro estuvieran solos, el apasionado ajuste entre ambos resaltaba todavía más: eran el uno para el otro. Entrecerré los ojos —en la plazuela había blanco, verde, azul, calor— entrecerré los ojos. El para ella, ella para él, aunque estuvieran tan apartados y tan desinteresados uno de otro —y era tan fuerte, que no sólo boca con boca se ajustaba él a ella, sino cuerpo con cuerpo— ¡y el cuerpo de ella yacía a los pies de él!

Realmente me parece que con esta última frase he ido demasiado lejos... ¿No sería mejor decir con serenidad que formaban una inusitadamente buena pareja... aunque tal vez no sólo sexualmente? Muchas veces ocurre que al ver una pareja decimos: esos tenían que encontrarse —pero en aquel caso particular el ajuste, si se me permite la expresión, era todavía más perceptible porque no había madurado todavía... la verdad es que no sé si queda claro... pero, sea como sea, aquella sensualidad medio formada me parecía brillar como un tesoro, como el precio de una naturaleza superior, precisamente porque uno encerraba la felicidad del otro, porque se eran lo más valioso y lo más importante. ¡Y en aquella plaza, bajo aquel sol, atontado, desconcertado, no alcanzaba a comprender, no me cabía en el entendimiento, que no se fijaran uno en otro, que no se unieran! Ella estaba sola y él estaba solo.

Domingo, aldea, calor, pereza adormecida, la iglesia, nadie tiene prisa, se forman grupos, doña María se toca la cara con la punta de los dedos como si se comprobara el cutis —Hipolit habla de cupos de requisa con el administrador de Ikania— junto a ellos

Fryderyk, cortés, con las manos en los bolsillos de la chaqueta, un huésped... bueno, aquel cuadrito terminó de borrar el negro abismo donde, inesperadamente, se había encendido aquel cálido menudo rescoldo... y sólo una cosa me preocupaba: ¿se habría dado cuenta Fryderyk? ¿Lo sabía?

¿Fryderyk?

Hipolit preguntó al administrador:

—¿Y con las patatas? ¿Qué hacemos?

—Unas cuantas arrobas siempre podemos darlas.

Aquel (muchacho) se nos acercaba.

—Aquí está mi hijo Karol —dijo el administrador.

Y lo empujó hacia Fryderyk, que le estrechó la mano. Saludó a todo el mundo. Henia dijo a su madre:

—¡Mira! ¡La señora Galecka ya está buena!

—¿Qué, visitamos al párroco? —preguntó Hipolit.

Pero en seguida masculló:

—¿Para qué?

Y gritó:

—¡Venga, señores, es hora de regresar!

Nos despedimos del administrador, subimos al coche, y con nosotros Karol (toma, ¿qué quiere decir eso?) que se sienta al lado del cochero, arrancamos, los neumáticos se hunden en las roderas y gimen sordamente, el camino arenoso bajo la luz perezosa y vibrante, una mosca dorada que susurra —y al coronar la loma, cuadrículas de campos y la línea del ferrocarril a lo lejos, allí donde empiezan los bosques. Avanzamos. Fryderyk, sentado junto a Henia, diserta encantado por el colorido, tan típico de la región, con sus reflejos azulados que —según explica él— se deben a las particulitas de *loss* en suspensión en el aire. Avanzamos.

3

El coche avanzaba. Karol sentado junto al cochero, en el pescante. Ella en la banqueta delantera —y donde terminaba la cabecita de ella, empezaba él, subido como en un entresuelo, dándonos la espalda, visible sólo en su delgada silueta ciega —y el viento le henchía la camisa— y la combinación de la cara de ella con la ausencia de cara en él, la vidente cara de ella completándose con la invidente espalda de él, me desgarró con un desdoblamiento oscuro y cálido... No eran desmedidamente hermosos —ni él, ni ella— lo eran sólo como corresponde a esa edad —pero eran la propia belleza, en aquel círculo que entre los dos cerraban— en aquel recíproco deseo y embeleso —algo en que realmente nadie tenía derecho a participar. Existían para sí mismos —extrictamente en sí mismos. Y ello precisamente porque eran tan (jóvenes). Me parecía pues que no tenía derecho a observar, y procuraba no ver, pero como tenía ante mí a Fryderyk, sentado junto a ella, volvía a preguntarme con insistencia: ¿lo había visto? ¿Sabía? Y estuve al acecho, aunque sólo fuera de una mirada de él, una de aquellas miradas indiferentes en apariencia pero deslizantes, lascivas.

¿Y los demás? ¿Qué sabían los demás? En verdad costaba admitir que una cosa que tanto saltaba a los

ojos pasara desapercibida para los padres de la señorita —de modo que después del almuerzo, cuando acompañé a Hipolit a donde las vacas, orienté la conversación hacia Karol. Pero se me hacía difícil preguntar francamente por (el muchacho), que era mi vergüenza desde que tanto me había trastornado, y en cuanto a Hip, no parecía poner ningún interés en aquel tema.

—Ah, sí —dijo—, Karol, buen muchacho, claro, hijo del administrador de Ikania, estuvo con los guerrilleros, le mandaron a la zona de Lublin y allí se metió en no sé qué lío... ya, cosa de poca monta, eh, robó algo, o pegó un tiro, qué sé yo, a un compañero, o al jefe, demonios, nada, tonterías, tuvo que largarse, volvió a su casa, y como no se lleva bien con su padre, como perro y gato, bueno, el sinvergüenza, me lo llevé conmigo —entiende de máquinas, y siempre es mejor tener más gente en casa, por si... por si acaso...

Lo repitió en voz baja como si el "acaso" le deleitara, y aplastó un terrón con la punta de la bota. Y de pronto se puso a hablar de otra cosa. ¿Tal vez porque una biografía de dieciséis años no le parecía pesar lo suficiente? ¿O tal vez no había más remedio que tomar a la ligera aquellas historias juveniles, por miedo a que se hicieran demasiado opresivas? ¿Aquel tiro, hirió o mató? —pensaba yo. Pero incluso si había matado, se le podía excusar por su edad, que lo borraba todo —y pregunté si hacía tiempo que él y Henia se conocían.

—Desde niños —contestó, dando palmadas al trasero de una vaca, y observó: —¡Es holandesa! ¡La de leche que da! ¡Y ahora se me ha puesto enferma, maldita sea!

No me enteré de nada más. De lo cual resultaba que ni él ni su mujer habían notado nada —nada serio, por lo menos, nada que debiera despertar su vigilancia paterna. ¿Cómo era posible? Y pensé: si el asunto fuera más mayor —si no fuera tan menor de edad— si fuera menos cuento de chico-chica... pero el tal asunto naufragaba en la insuficiencia de la edad.

¿Fryderyk? ¿Qué notó Fryderyk? Después de lo de la iglesia, después de aquella matanza, de aquella estrangulación de la misa, yo tenía que saber si él sabía algo de ellos —¡y casi no hubiera tolerado que no lo supiera! Lo horrendo era que se me hacía del todo imposible lograr una cierta unidad entre aquellos dos estados de ánimo —el negro, el que había surgido de Fryderyk, y el fresco y apasionado, el de ellos —estaban separados, era imposible confrontarlos. ¿Pero qué podía observar Fryderyk, si entre ellos no había nada?... ¡Y a mí se me hacía fantástico, absurdo, que se comportaran como si entre ellos no se diera la seducción! En vano esperaba yo que al fin se delataran. ¡Una inverosímil indiferencia! Observé a Karol mientras comíamos. Un niño y un bribón. Un asesino simpático. Un esclavo sonriente. Un joven soldado. Blandura brutal. Un juego cruel e incluso sangriento. De aquel niño que todavía reía, o más bien que sólo sonreía, se habían apoderado unos hombres y le habían "puesto al trote" —tenía la rudeza y el silencio de un joven que los hombres se habían llevado prematuramente, a quien habían arrojado a la guerra, educado en la milicia— y al untar el pan con mantequilla, al comer, se echaba de ver la sobriedad que el hambre le había enseñado. A veces se le oscurecía la voz, se le ponía mate. Tenía algo en común con el hierro.

Con una correa, con un árbol recién cortado. A primera vista era del todo ordinario, plácido y cordial, obediente y servicial. Dividido entre niño y hombre (lo cual le hacía inocentemente ingenuo y a la vez despiadadamente experimentado), no era sin embargo ni lo uno ni lo otro, era cierto tercer término, era ante todo juventud, en él violenta, cortante, que le arrojaba a la crueldad, a la brutalidad y a la obediencia, le condenaba a la esclavitud y a la bajeza. Era bajo, porque era joven. Malo, porque era joven. Sensual, porque era joven. Carnal, porque era joven. Destructor, porque era joven. Y en su juventud, despreciable. Y el punto más interesante: lo más fino que tenía, su sonrisa, era precisamente lo que le ataba a la bajeza, ya que aquel niño, desarmado por su predisposición a reírse, no podía defenderse. Y todo aquello le azuzaba encima de Henia como encima de una perra, ardía por ella, y realmente aquello no tenía nada que ver con el "amor", era sólo una brutal humillación que tenía lugar al nivel suyo —un enamoramiento becerril, con toda su degradación. Pero ni siquiera llegaba a enamoramiento —y en verdad él la trataba como a una joven señorita a la que conocía desde que andaban a gatas— su diálogo era desembarazado y confiado:

—¿Qué tienes en la mano?

—Me corté, al abrir una lata de conservas.

—¿Sabes que Roblecki está en Varsovia?...

Y nada más, ni siquiera una mirada, nada, sólo esto. Sobre tales bases, ¿quién hubiera podido montarse ni la más ligera novelería? En cuanto a ella, apretada por el muchacho (si puedo expresarme así) y bajo su ejemplo, estaba *a priori* violada (si tal cali-

ficación tiene algún sentido), y sin perder nada de su virginidad, antes al contrario, potenciándola entre los inmaturos abrazos de él, se acoplaba sin embargo con él por los oscuros rincones de su todavía insuficiente virilidad. Y no se podía decir que ella "conocía el hombre" (como decimos de las chicas corrompidas), sino sólo que "conocía el muchacho" —lo cual era más inocente pero al propio tiempo mucho más salido de madre. Y se veía, mientras comían fideos. Pero comían los fideos como una pareja que se conoce desde la infancia, acostumbrados el uno al otro, e incluso tal vez aburriéndose uno a otro. ¿Y entonces qué? ¿Podía yo esperar que Fryderyk se fijara en algo, o no había más que un vergonzoso espejismo mío? Y así pasó el día. Crepúsculo. Sirvieron la cena. Volvimos a reunirnos a la mesa, a la escasa luz de una única lámpara de petróleo, y entre postigos cerrados y puertas atrancadas comimos patatas con requesón, doña María tocó con la punta de los dedos un aro de servilleta, Hipolit encaraba la lámpara con su rostro hinchado. Había mucho silencio —aunque tras las paredes que nos resguardaban empezaba el jardín lleno de inciertos rumores y de brisas, y más allá los campos devastados por la guerra—, la conversación enmudeció, y miramos a la lámpara alrededor de la cual aleteaba una polilla. Karol extrajo una lámpara de un rincón oscuro y se puso a limpiarla, desmontándola. Entonces ella se agachó para romper con los dientes el hilo, porque estaba zurciendo una blusa y bastó aquel súbito agacharse y morder para que Karol irradiara y resplandeciera en su rincón, aunque por su parte él no había pestañeado. Y sin embargo ella, cuando abandonó la blusa, posó el brazo en la mesa,

y aquel brazo estaba allí a la vista de todos, irreprochable, decente en todos los sentidos, y además filial, propiedad de papá y de mamá pero a la vez era un brazo al descubierto, enteramente desnudo, y no con la desnudez de un brazo, sino con la de una rodilla que asoma por debajo de la falda... y bien mirado estaba descalzo... y con aquel brazo filialmente desvergonzado ella le excitaba, le excitaba con una "memez joven" (¿de qué otro modo llamarla?) que al propio tiempo era brutal. Y aquella brutalidad se aunaba con un cántico bajo, maravilloso, que resonaba en ellos, a su alrededor. Karol limpiaba la linterna. Fryderyk hacía bolitas de pan.

La puerta que daba a la terraza estaba atrancada, las ventanas reforzadas con barrotes de hierro —nuestro silencio alrededor de la lámpara en la mesa, la exacerbada amenaza de los inmensos campos en desenfreno— los objetos, el reloj, el armario, el aparador, parecían vivir con una vida propia —en aquel silencio y aquella calidez se acrecentaba la precoz sensualidad de ambos, henchida de instinto y nocturna, y creaba una esfera de excitación autónoma, un círculo cerrado. Tanto, que parecía como si quisieran desatar la negrura de aquella otra pasión de fuera, que cruzaba por los campos, y parecían necesitarla... aunque estaban quietos, tal vez incluso soñolientos. Fryderyk aplastaba lentamente el cigarrillo en el platillo de su taza de té, la apagaba despacio, sin prisa, pero un perro se puso a ladrar en el patio de la hacienda y su mano destrozó la colilla. Con finos dedos oprimió doña María sus propios flexibles delicados dedos, tal como se toma entre los dedos una hoja otoñal, como se huele una flor marchita. Henia se meneó... Karol, casual-

mente, se movió también... y el simultáneo movimiento que les enlazaba estalló, se encendió imperceptiblemente, y las blancas rodillas de ella arrojaron (al muchacho) de rodillas, de inmóviles oscuras, oscuras, oscuras rodillas en el rincón. Las manazas de Hipolit, rojo-pardas, apelotonadas de carnes, antediluvianas, también se juntaron encima de la mesa, y no tuvo más remedio que aguantarse, ya que eran suyas.

—Vamos a acostarnos —dijo bostezando.

Y en voz baja:

—Vamos a acostarnos.

¡No, no había modo de soportarlo! ¡Nada, nada! ¡Nada más que mi pornografía, apacentándose en ellos! Y mi ira ante su insondable idiotez —¡aquel atontado, más necio que un zapato, aquella pava boba!— ¡porque sólo la idiotez permitía explicar el que nada, nada, nada ocurriera!... ¡Ah, si tuvieran un par de años más! Pero allí se estaba Karol en su rincón, con su linterna, con sus manos y sus piernas adolescentes —y no sabía hacer nada más que andar a vueltas con su linterna, concentrado en ella, atornillándola— ¡y qué le importaba a él si el rincón se atestaba de nostalgia, se volvía precioso, si allí se escondía la dicha suprema, allí, en aquel dios a medio formar! El atornillaba. Y Henia, cabeceando a la mesa, con los brazos aburridos... ¡Nada! ¿Cómo era posible? ¿Y Fryderyk, Fryderyk, qué sabía de aquello Fryderyk, que apagaba el cigarrillo, que jugaba con bolitas de pan? ¡Fryderyk, Fryderyk, Fryderyk, Fryderyk, sentado allí, a aquella mesa, en aquella casa, entre aquellos campos nocturnos y en aquel cuajaron de pasiones! Con su cara que era una única y enorme

provocación, porque ante todo se precavía contra la provocación. ¡Fryderyk!

A Henia se le pegaban los ojos. Dio las buenas noches. Y poco después, también Karol, tras envolver cuidadosamente sus tornillos en un papel, subió a su cuarto en el primer piso.

Entonces me aventuré a decir con cautela, mientras miraba a la lámpara con su estremecido enjambre de insectos:

—Una pareja muy simpática.

Nadie contestó. Doña María rozó con los dedos una servilleta. Luego dijo:

—Henia, si Dios quiere, va a prometerse pronto.

Fryderyk, que seguía entretenido con sus bolitas, preguntó sin interrumpir su actividad, con afable interés:

—¿Ah, sí? ¿Con alguien de la región?

—Claro... Un vecino. Waclaw Paszkowski, de Ruda. A dos pasos. Viene a menudo por aquí. Muy buena persona. Extraordinariamente buena —y aleteó con los dedos.

—Abogado, saben ustedes —se animó Hipolit—, iba a abrir su bufete cuando estalló la guerra... ¡Hombre de provecho, serio, mucha cabeza, eh, una gran formación! Su madre es viuda, ella sola lleva Ruda, una finca de primera, a tres millas de aquí.

—Una santa.

—En realidad, oriunda de la Pequeña Polonia. Trzeszewska de soltera, parienta de los Goluchowski.

—Henia es un poco joven... pero es difícil que se presente nunca un candidato mejor. Un hombre responsable, activo, muy culto, toda una inteligencia,

señores, de primera clase. Cuando nos visite, tendrán ustedes mucho de que hablar con él.

—Lo que se dice serio. Bueno y honrado. De una rectitud moral extraordinaria. Ha salido a su madre. Una mujer excepcional, de piedad profunda, casi una santa —con unos principios católicos inconmovibles. Ruda es un santuario para todos nosotros.

—Por lo menos, ahí sí que no ha entrado la canalla, sangre buena. Uno sabe el quién y el qué.

—Por lo menos sabe uno a quién da la hija.

—¡Alabado sea Dios!

—Sea como fuere, Henia tendrá un buen marido.

Y para sí mismo, de pronto sumido en meditaciones, murmuró:

—Sea como fuere...

4

La noche transcurrió lisa y banal. Por suerte tenía un cuarto para mí solo, de modo que no estaba expuesto a tener que soportar su sueño... Los postigos abiertos mostraron una mañana amistosa, con nubecillas sobre el jardín azulado y cubierto de rocío, y el sol bajo enviaba sus rayos ladeados, y todo estaba afectado de oblicuidad, en una geométrica proyección oblicua —un caballo oblicuo, un árbol cónico. ¡Risible! Risible y divertido. Lo plano se empinaba, y las verticales se inclinaban. En aquella mañana me sentía febril y casi enfermo por las ardientes agitaciones del día anterior, por tanto fuego y tanto brillo —porque hay que comprender que todo aquello se había precipitado sobre mí de sopetón, tras unos años sofocantes, agotadores, puercos, grises o desgarrados hasta el frenesí, años a lo largo de los cuales casi había olvidado lo que es la hermosura— a lo largo de los cuales sólo se olía a cadáver. Y allí, de pronto, florecía ante mí la posibilidad de un ardiente idilio primaveral, de lo cual ya me había despedido, y la supremacía del asco cedía el lugar a una asombrosa apetencia de aquellos dos adolescentes. ¡No quería ya nada más! Las agonías se me habían hecho aburridas. Yo, un escritor polaco, yo, Gombrowicz, corría tras aquel fuego fatuo como tras un cebo —¿pero qué sabía Fryderyk? La

necesidad de averiguar si sabía, qué sabía, qué pensaba, qué se figuraba, se me volvió un tormento— ¡no podía vivir más sin él, o mejor no podía vivir con él pero sin que él supiera! ¿Y preguntar? ¿Preguntar cómo? ¿Cómo de decirlo? Valía más dejarle abandonado a sí mismo y observarle— a ver si delataba su excitación...

La ocasión se presentó después de la merienda, estando los dos sentados en la terraza —me puse a bostezar, dije que iba a echar una siesta, y en cuanto me perdió de vista me escondí tras las cortinas del salón. Hacía falta un cierto... no, no valor... un cierto descaro... era una especie de provocación —pero él mismo estaba lleno de provocación, de modo que resultaba por así decir "la provocación de un provocador". Y aquel esconderme tras las cortinas era por mi parte la primera obstrucción a nuestras relaciones, la implantación entre nosotros de una fase de ilegalidad.

Por lo demás, cada vez que me ocurría mirarlo en momentos en que él, ocupado en otra cosa, no devolvía mi mirada, me parecía cometer una vileza —ya que él se volvía vil. Y sin embargo, me escondí tras las cortinas. Se quedó bastante rato sentado en el banco donde le dejé, con las piernas estiradas. Miraba a los árboles.

Se movió, se puso de pie. Se puso a andar despacio por el patio, le dio la vuelta acaso tres veces... antes de torcer por la enramada que llevaba del patio a la huerta. Me deslicé tras él, de lejos, sin perderle de vista. Ya me parecía encontrar la pista.

Porque en la huerta estaba Henia, donde las patatas —¿iba él allí? No. Tomó por una senda lateral que llevaba hasta el estanque, se quedó junto al agua

mirando alrededor, y ponía la cara de un huésped, de un turista... De modo que su paseo era sólo un paseo —y estuve a punto de marcharme, convenciéndome de que cuanto había soñado era sólo obra de mi Fata Morgana (porque me daba cuenta de que aquel hombre tenía buen olfato para tales asuntos, y si no había olido nada era que no había nada que oler)— cuando de pronto le vi volver a la enramada. Le seguí.

Sin apresurarse, andaba y se detenía, miraba pensativo los arbustos, su inteligente perfil se inclinaba abstracto sobre las hojas. La huerta estaba en calma. De nuevo se desvanecieron mis suspicacias, pero quedaba una: la de que se escondía de sí mismo. Deambulaba demasiado por aquella huerta.

No me había engañado. Una vez más, dos veces, torció en direcciones distintas —se adentró más por la huerta— avanzó un poco más, se quedó parado —bostezó— oteó a su alrededor... y ella, a cien pasos, frente a la bodega, seleccionaba patatas encima de la paja. ¡Sentada a horcajadas en un saco, estrechándolo con las piernas! Y él la recorrió fugazmente con la mirada.

Bostezó. ¡Aquello sí que era increíble! ¡Tanta mascarada! ¿Para quién? ¿Por qué? Aquella cautela... como si no permitiera a sí mismo participar por completo en lo que hacía... ¡pero si saltaba a la vista que todos aquellos rodeos eran concéntricos, que se recogían en ella! Y toma... de pronto se alejó hacia la casa, no, se fue lejos por los campos, lejos parándose, echando ojeadas... como si paseara, pero trazando un arco muy abierto apuntó al patio de la finca, y sí, no cabía duda de que se encaminaba al patio. En cuanto me di cuenta, corrí tan rápido como pude, entre los arbustos,

para ocupar un puesto de observación entre los graneros, y cuando, entre el crepitar de ramitas rotas del seto húmedo, atravesé un foso al que habían tirado un gato muerto y por el que saltaban ranas, comprendí que seto y foso quedaban iniciados en nuestros asuntillos. Corrí detrás de un barracón. Allá le descubrí, medio escondido por un carro que cargaban de estiércol. De pronto los caballos tiraron del carro, y él se encontró frente a Karol quien, al otro lado del patio, ante las cocheras, examinaba no sé qué hierros.

Entonces se traicionó. Puesto al descubierto por la partida del carro, no pudo soportar el espacio abierto entre él y su presa —y en vez de quedarse quieto y tranquilo, saltó en seguida detrás de una valla, para que el joven no lo viera —y allí se agazapó, jadeando. Pero aquel gesto violento le había desenmascarado —de modo que se asustó y se precipitó hacia la casa. Y entonces nos encontramos cara a cara. Y fuimos el uno al encuentro del otro, en línea recta.

No cabían evasivas. Yo le había atrapado con las manos en la masa, y él a mí. Había descubierto al que le acechaba. Caminamos el uno hacia el otro, y debo confesar que no me sentía muy firme, porque entonces algo tenía que alterarse radicalmente entre nosotros. Yo sabía que él sabía —él sabía que yo sabía que él sabía— era eso lo que me zumbaba en la cabeza. Todavía nos separaba un buen trecho, cuando exclamó:

—¡Ah, mi estimado Witold, con que ha salido usted a tomar el fresco!

Lo dijo con teatralidad —aquello de "ah, mi estimado Witold"— era en sus labios una burla, nadie habla de semejante manera. Contesté con voz sorda:

—En efecto...

Me tomó del brazo —lo cual nunca había hecho hasta entonces— y dijo, con no menor rotundidad:

—¡Qué tarde, y qué aromas despiden los árboles! ¿No le molestaría compartir conmigo el placer de este placentero paseo?

Se me pegó su tono, y contesté con idénticos gestecillos de minué:

—¡De ningún modo, no faltaba más, con muchísimo gusto!

Tomamos la dirección de la casa. Pero nuestro andar no era ya natural... parecía como si nos reencarnáramos, solemnes ambos, casi al son de una música... y presentí que había caído entre las garras de algún propósito suyo. ¿Qué nos había sucedido? Por primera vez lo consideré como un ser enemigo, incluso directamente amenazador. Seguía agarrándome del brazo, amistosamente, pero su proximidad era cínica y fría. Pasamos frente a la casa (mientras él no paraba de extasiarse con la "gama del claroscuro crepuscular"), y me di cuenta de que íbamos por el camino más corto, cruzando por los parterres, hacia ella... hacia la muchacha... y es verdad que el parque, saturado de líneas y de resplandores, era un ramillete de luces, una lámpara con espinas de negrura, con erizados pinos y pináculos. Llegamos ante la muchacha. ¡Estaba sentada en un saco, con un cuchillo en la mano! Fryderyk preguntó:

—¿No molestamos?

—Qué va. Ya termino con las patatas.

El se inclinó y clamó rotundo:

—¿Podemos, pues, rogar que la doncellita se digne acompañarnos en nuestro paseo?

Ella se puso de pie. Se quitó el delantal. Aquella

docilidad... que tal vez era sólo cortesía. No se le había ofrecido más que una muy natural invitación a un paseo, aunque en tono algo exagerado, de caballero anticuado... pero... pero en aquel modo de tratarla, de echarle el lazo, me parecía esconderse una forma de indecencia que podría describirse así: "se la lleva para hacer cosas con ella", o: "ella se va con él para que él le haga cosas".

Por el camino más corto, cruzando por los prados, nos encaminamos al patio de la granja, y ella preguntó:

—¿Vamos a ver los caballos?...

El propósito de él, su ignorado plan, transformaba la desordenada disposición de los caminos y las sendas, los árboles y los parterres. No contestó —y aquello, el no dar ninguna explicación de adonde la llevaba, era ya en sí sospechoso. Una niña... no era más que una niña de dieciséis años... Pero ya alcanzábamos el patio, su negra tierra pisoteada, rodeada por los establos, los graneros, las hileras de arces junto a las vallas, las lanzas de los carros alrededor de la fuente... y la niña, la niña... pero allí, junto a la cochera, había otro niño, un joven patán, que hablaba con el encargado y tenía todavía en la mano su pedazo de hierro, y a su lado había un montón de tablas y varas y serrín, y cerca un carro con sacos que olían a paja. Nos acercamos. Por aquella pendiente negra y pisoteada. Y al llegar allí, nos detuvimos los tres.

El sol se ponía, y reinaba una extraña visibilidad, clara y a la vez enturbiada —en la que un tronco de árbol, la línea quebrada del tejado, un agujero en la valla, se presentaban con indiferencia, cada cual preciso por su cuenta, manifiesto con todo detalle. La

tierra pardinegra del patio llegaba hasta los graneros. Karol hablaba con el encargado de la cochera, pausadamente, al modo campesino, con su hierro en la mano, apoyado en un poste que sostenía el techo de la cochera, y apenas interrumpió la conversación para echarnos una ojeada. Allí estábamos con Henia, y de pronto aquel encuentro adquirió forma, en el sentido de que se la llevábamos a él —tanto más por cuanto ninguno de nosotros habló. Y tanto más por cuanto Henia no habló... y su silencio exhalaba vergüenza. El dejó en el suelo su barra de hierro y se vino hacia nosotros, pero no estaba claro hacia quién venía —hacia nosotros o hacia Henia— y aquello le ocasionó cierto desdoblamiento, cierta perplejidad, y por un momento se turbó —pero aparecía desembarazado e incluso alegre, juvenil. Sin embargo, la general perplejidad prolongó el silencio por unos segundos... y aquello bastó para que la desesperación sofocante, la pena y todas las nostalgias del destino y de la predestinación, se agolparan sobre ellos como en una pesada y errabunda pesadilla.

La queja, la añoranza, la hermosura de aquella delgada figura que teníamos ante nosotros —¿de qué procedían, sino de que no era todavía un hombre? Porque le habíamos llevado Henia como una mujer a un hombre, pero no lo era, todavía no... no era todavía un hombre. No era un señor. No era un dueño. Y no podía poseer. Nada era suyo, no tenía derecho a nada, era de los que sirven y tienen que acomodarse —y su delgadez y su flexibilidad parecieron de pronto acrecentarse en aquel patio de granja, entre las varas y los postes, y ella le respondió con lo mismo: con delgadez y flexibilidad. De pronto se junta-

ron, pero no como hombre y mujer, sino de otro modo, formando juntos una víctima para algún Moloc desconocido, incapaces de poseerse —capaces sólo de ofrecerse— y el acorde sexual que les enlazaba se deformó y se transformó en un acorde distinto, en el seno de algo más terrible y ciertamente más hermoso. Repito que todo aquello se produjo en unos pocos segundos. Fryderyk, señalando con el dedo los pantalones de Karol, que eran demasiado largos y rozaban el suelo, dijo:

—Hay que remangar esos pantalones.

—Es verdad —contestó Karol.

Se agachó. Fryderyk dijo:

—No. Un momento.

Bastante se veía que no se le hacía fácil decir lo que quería. Se ladeó un poco para no darles la cara, miró al frente, y con voz ronca pero muy clara, dijo:

—No. Ella puede remangarlos.

Y repitió:

—Ella puede remangarlos.

Era una vergüenza —era penetrar en los dos— era confesar que quería le excitaran: venga, hacedlo, gozaré, lo deseo... Y de aquel modo los introducía en la enormidad de nuestra apetencia, en nuestros sueños de ellos. Y ellos callaron, y su silencio se espesó unos instantes. Y unos instantes esperé el resultado de aquella desfachatez del ladeado Fryderyk. Y lo que siguió fue ligero, dócil y fácil, tan "fácil" que la cabeza me dio vueltas, como si un abismo se abriera calladamente en un liso camino.

Ella no dijo nada. Se agachó, remangó los pantalones, y él no se movió: el silencio de ambos cuerpos era absoluto.

Y me impresionó la desnuda anchura de aquel patio de granja, con las puntiagudas cubiertas de lona de los carros, con el abrevadero agrietado, con el granero y su techumbre de una paja recién puesta, que era una mancha reluciente en el fondo parduzco de la tierra y la madera.

Fryderyk exclamó rápidamente:

—¡Vamos!

Y nos encaminamos a la casa —él, Henia y yo. Ya ocurría todo con el descaro más manifiesto. Al marcharnos en seguida, se revelaba el fin exclusivo de nuestra ida a la cochera —fuimos allí para que ella tuviera que remangarle los pantalones, y una vez cumplido aquello nos marchábamos— Fryderyk, yo, ella. Apareció la casa, con sus dos hileras de ventanas, abajo, arriba, y con la terraza. Andábamos sin hablar.

A nuestra espalda, oímos correr por la hierba, y Karol nos alcanzó y se unió a nosotros. Llegó a la carrera, pero en seguida se puso a nuestro paso —caminando pausadamente, junto a nosotros. Aquello de arrojarse sobre nosotros al galope, aquel ardor, era un signo de entusiasmo —ajá, de modo que le gustaban nuestros juegos, que colaboraba— y la instantánea transición desde la carrera a la calma de nuestro regreso demostraba que comprendía la necesidad de ser discreto. Alrededor se notaba ya aquella contracción de la existencia, la noche que se acerca. Caminábamos despacio en el crepúsculo —Fryderyk, yo, Henia, Karol—, como una curiosa combinación erótica, un sorprendente cuarteto sensual.

5

—¿Cómo fue? —pensaba yo, tumbado en una manta encima de la hierba, con la cara junto a la tierra húmeda y fresca. —¿Qué era aquéllo? ¿De modo que le subió las perneras del pantalón? Lo hizo porque muy bien podía hacerlo, claro, no tenía nada de particular, era un favor casual... pero sabía de qué se trataba. Sabía que lo hacía por Fryderyk —para que gozara— de modo que estaba de acuerdo con que él gozara... Con ella, pero no con ella sola... Con él, con Karol... ¡Y ése era el punto clave! Se daba, pues, muy bien cuenta de que entre los dos podían excitar, seducir... por lo menos a Fryderyk... y también Karol lo sabía, ya que había ayudado a aquel juego... ¡Pero en tal caso no eran tan ingenuos como podrían aparentar! ¡Se sabían su propio sabor! Y entendían de aquello, a pesar de su juventud por otra parte no muy lista, porque precisamente de aquello entiende la juventud más que la edad madura, porque eran unos especialistas del elemento en que se movían, porque conocían palmo a palmo el terreno del cuerpo temprano, de la sangre temprana. Pero siendo así, ¿por qué se portaban como un par de chiquillos en sus relaciones directas? ¿Inocentes? ¡Pero si no eran nada inocentes ante un tercero! ¡Si ante un tercero se mostraban incluso más que refinados! Y lo que más me

inquietaba era que aquel tercero no fuera otro que Fryderyk, él, tan cauteloso, tan ponderado. ¡Y de pronto, aquella marcha cortando por el parque, como un desafío, como el inicio de una operación militar —aquella marcha con la muchacha hacia el muchacho! ¿Qué era aquéllo? ¿Qué podía ser? ¡Y no era acaso yo quien lo había provocado todo— espiándole, había sacado a la luz su locura escondida, se vio descubierto en su secreto —y ahora aquella bestia huida de la jaula de su sueño secreto, en compañía de mi bestia, se ahitaba por anchos pastos! La situación, en definitiva, consistía en que los cuatro éramos cómplices *de facto,* sin decirnos nada, en un asunto inconfesable, para el que no cabían explicaciones —donde la vergüenza nos ahogaba.

Rodillas, de él y de ella, cuatro rodillas, en pantalón, en falda, (jóvenes)... Por la tarde apareció el anunciado prometido, Waclaw. ¡Un hombre de buena planta! No se podía negar: un hombre bien desarrollado y elegante. De nariz algo saltona pero fina, siempre husmeante, de mirada olivácea y voz profunda —y un corto bigote le adornaba, entre aquella sensible nariz y unos labios gruesos y rojos. La clase de hermosura masculina que gusta a las mujeres... y admiran tanto la robustez del conjunto como la delicadeza aristocrática de los detalles, por ejemplo las nervaduras de las manos, con los dedos largos y las bien cuidadas uñas. ¿Quién iba a poner en duda su pie de buena raza, con el alto empeine, en su estrecho zapato marrón claro, o sus orejas bien formadas y no muy grandes? ¿No eran interesantes, incluso encantadoras, aquellas bahías encima de su frente, muestras de su carácter intelectual? ¿Y aquella blancura de la

tez, no era acaso la blancura de un trovador? ¡Sin duda, un caballero que producía impresión! ¡Un jurista conquistador! ¡Un distinguido abogado! En cuanto le vi le odié con una aversión mezclada con asco, cuya violencia se sorprendía a sí misma y era consciente de su propia injusticia —ya que él era todo *charme* y *comme il faut*. ¿No era injusto, en verdad, insistir en ciertas pequeñas imperfecciones como, pongamos por caso, una especie de redondez o de hinchazón que se insinuaba en las mejillas y en las manos, y que erraba por los alrededores del vientre? —también aquello resultaba distinguido. Y acaso me irritara un exagerado y algo lascivo refinamiento de los órganos de los sentidos: una boca demasiado hecha para saborear, la nariz demasiado sutil para oler, los dedos demasiado expertos en tocar —¡pero precisamente aquello hacía de él un buen amante! No cabe excluir que me repeliera la imposibilidad de su desnudez —porque aquel cuerpo necesitaba una corbata, un alfiler de corbata, un pañuelo de bolsillo, incluso un sombrero— era un cuerpo calzado, que requería imprescindiblemente todos aquellos accesorios de tocado y de confección... pero quien sabe si lo que más me repelía no era la metamorfosis de ciertos defectos en atributos de elegancia y de *chic,* por ejemplo la naciente calvicie y la rotundez. La corporeidad de un labriego vulgar tiene la gran ventaja de que el labriego no le presta la menor atención, de modo que no repugna, aunque entre en conflicto con la estética —pero un hombre que se cuida hace resaltar la corporeidad y le da valor plástico, se complace en ella y por ella se revuelca, y entonces todo defecto se vuelve asesino. ¿Pero de dónde me venía a mí aquella sen-

sibilidad ante los cuerpos? ¿Por qué, aquella pasión de acecho avergonzado e involuntario, como por un ojo de cerradura?

A pesar de todo debo decir que el recién llegado no tenía maneras de bobo, y que incluso mostraba cierta clase. No era fatuo, no hablaba mucho ni muy alto. Era cortés en extremo. Y desde luego que la cortesía y la modestia provenían de su excelente educación, pero también debían de serle innatas, en su ser no superficial, reflejado en su mirada que parecía decir: te respeto, por consiguiente respétame. No, no estaba de ningún modo pagado de sí mismo. Sabía sus propios defectos y seguramente le hubiera gustado ser distinto de lo que era —pero lo que era, lo era del modo más cultivado y razonable, con toda dignidad, y daba la impresión de que, tras su apariencia de blandura y delicadeza, era inflexible e incluso pertinaz. Y todo aquel cuidar de su cuerpo no era ni mucho menos una debilidad, sino expresión de algún principio, probablemente de un principio moral— se consideraba a sí mismo como su propio deber frente a los demás, pero también aquel rasgo era una muestra de que tenía raza, un estilo muy decidido y muy dibujado. Al parecer, se había resuelto a defender sus valores, tales como la sutileza, la delicadeza, la sensibilidad, y los defendía con tanto más empeño cuanto más la historia se revolvía contra ellos.

Su llegada provocó ciertas notables alteraciones en nuestro mundillo. Hipolit se encarriló en seguida por una vía firme, dejó de mascullar para sí mismo y de rumiar amarguras, y parecía que le hubieran dado permiso para sacar del armario los trajes buenos que hacía tiempo que no se ponía, y se pavoneaba a sus

anchas —un retumbante y alegre castellano hospitalario, sin el menor recelo. "¡Vaya, hombre! ¿Qué nos contamos? ¡La vodka calienta, la vodka refresca, venga, pues, la vodka e icemos banderas!"—. Y la castellana se puso también a runrunear entre sus lánguidos suspiros y, con sus dedos que revoloteaban por todas partes, desplegó el chal de su hospitalidad.

Fryderyk dio la réplica al respeto de Waclaw del modo más respetuoso: al entrar en el salón le cedió el paso, y hasta que el otro se lo indicó con una inclinación de cabeza no consintió en entrar el primero, pero lo hizo como si se doblegara a una voluntad expresa —estábamos en Versalles. Y luego se puso en marcha un verdadero torneo de cortesías, y la verdad es que era muy interesante, porque cada uno de ellos se adulaba en primer lugar a sí mismo, no al otro. A las primeras palabras, Waclaw se apercibió de que tenía que habérselas con alguien fuera de lo común, pero tenía demasiado mundo para subrayarlo —en tanto que el rango que atribuía a Fryderyk estimulaba el sentimiento de su propio rango, le hacía desear *à la hauteur,* y resultaba que se ponía guantes para tocar su propia piel. Fryderyk, increíblemente bien dispuesto a asimilar aquel espíritu de aristocracia, caracoleó también con sus mejores caballos —intervenía de vez en cuando en la conversación, pero lo hacía como si su silencio tuviera que resultar para los demás una inmerecida catástrofe. ¡Y de pronto su miedo a ser incorrecto se le transformó en superioridad y en motivo de orgullo! En lo que respecta a Henia (que era el motivo auténtico de la visita) no menos que a Karol, quedaron vaciados de toda importancia. Sentada en una silla junto a la ventana, ella

era una señorita modosa, y él parecía el hermano que mira cortejar a su hermanita, y se miraba furtivamente las manos, por si estaban sucias.

¡Qué merienda! ¡Tartas y confituras llenaron la mesa! Luego salimos al jardín, donde reinaba una calma soleada. En cabeza la joven pareja, Waclaw con Henia. Nosotros, los viejos, detrás, para no estorbar... Hipolit y doña María, ligeramente conmovidos e intercambiando leves bromas, y a su lado yo con Fryderyk, que contaba de Venecia.

Waclaw le preguntaba algo, le explicaba algo, pero ella, con la cabecita inclinada hacia él, atenta y solícita, agitaba en la mano una brizna de hierba.

Karol caminaba aparte por el prado, como un hermano al que los noviazgos de su hermana matan de aburrimiento, y no sabía qué hacer.

—Un paseo como antes de la guerra... —dije yo a la señora, y ella aleteó con las manos. Nos acercábamos al estanque.

Pero los andares desconcertados de Karol empezaron a adquirir fuerza activa, a fermentar, se veía claro que no sabía qué hacer, y sus movimientos estaban cohibidos por la impaciencia, eran involuntarios por aburrimiento —y a la vez, progresivamente, todo lo que Henia decía a Waclaw lo decía *para* Karol, aunque sus palabras no llegaban hasta nosotros— de nuevo todo el modo de ser de (la muchacha) se enlazaba subrepticiamente con (el muchacho), y ocurría a espaldas de ella, sin que ella misma lo viera, ya que no se volvía y ni siquera sabía si Karol nos acompañaba. Y aquella conversación con Waclaw, casi una conversación entre novios, sufrió por efecto del (muchacho) que arrastraba los pies tras nosotros una bru-

tal desvaloración, y ella misma se transformaba, dotándose de una perversa significación. El enamorado jurista tiró de una rama de madreselva para que ella desgajara un tallo, y en aquel momento ella estaba agradecida y tal vez conmovida —pero su sentimiento no se detenía en Waclaw, sino que se prolongaba hasta Karol, y al llegar a él se volvía sordamente joven, décimosextenal, bobo, ligero y vulgar... era pues una degradación del sentimiento, un quitarle peso, el pasarle a una calidad inferior, más baja, realizándose en cierto modo en lo más bajo, allí donde dieciséis años femeninos se encuentran con dieciséis años masculinos, en la común insuficiencia, en la inmaturidad. Dimos la vuelta a un macizo de avellanos junto al estanque, y apareció una vieja.

La mujeruca lavaba ropa en el estanque, y al vernos se nos encaró con su facha delantera y se quedó mirándonos —una fregona entrada en años, chaparra y con grandes pechos, completamente asquerosa, hecha de grasa rancia y de suciedad decrépita, con unos ojitos menudos— se quedó mirándonos con el batidor de madera en la mano.

Karol se separó de nosotros y fue hacia la mujer como si tuviera que hablarle. Y de pronto le levantó la falda. ¡Vimos brillar la blancura del bajo vientre y la mancha de pelo negro! Un bramido. El desvergonzado añadió un gesto obsceno y retrocedió de un salto —y volvió junto a nosotros como si nada hubiera ocurrido, mientras la mujeruca, iracunda, le insultaba.

No hicimos ningún comentario. Era una tan inesperada y sublevante marranada, que se nos arrojaba encima brutalmente... Y Karol volvía a andar a nues-

tro lado, en una ociosidad perfectamente plácida. La pareja Waclaw-Henia, absorta en su conversación, desapareció al doblar una curva —tal vez no habían observado nada— y nosotros detrás, Hipolit, la señora —un poco trastornada—, Fryderyk... ¿Qué era aquello? ¿Qué era aquello? ¿Qué había ocurrido? Lo que me dejaba estupefacto no era que se hubiera permitido aquella enormidad —sino que la enormidad, indignante como era, se hubiera producido tan de pronto y tan sin continuidad, en otro plano, en otra clave, como la cosa más natural del mundo... Y Karol caminaba a nuestro lado, incluso cabe decir que lleno de gracia, con la extraña gracia de un chico que se arroja encima de las viejas, con una gracia que crecía ante mis ojos sin que yo acertara a captar su naturaleza. ¿Cómo podía ser que aquella marranada con la vieja le coronara con aquel resplandor de gracia? Irradiaba un encanto incomprensible, y Fryderyk posó la mano en mi hombro y dijo:

—¡Vaya, vaya!

Pero en seguida redondeó aquella exclamación involuntaria en una frase enunciada en voz alta y con un dejo de afectación:

—¿...vaya pues, qué nos cuenta usted, mi estimado Witold?

—Nada, nada, mi apreciado Fryderyk.

Doña María se dirigió a nosotros:

—Les mostraré un hermoso ejemplar de tuya americana. Lo planté yo misma.

Se trataba de dejar en paz a Henia y a Waclaw. Contemplábamos la tuya, cuando vimos corriendo de la granja a un mozo de establo que nos hacía señas. Hipolit se volvió rápidamente —¿qué hay?— han lle-

gado alemanes de Opatow —en efecto había gente ante los establos— y echó a correr, apopléctico, tras él su esposa, tras ellos Fryderyk, que acaso pensaba podía ser útil porque hablaba bien el alemán. En cuanto a mí, preferí no estar presente, y un abatimiento se me echó encima al pensar en aquellos alemanes, inevitables, aplastantes... Qué pesadilla... Volví a la casa.

Casa vacía, puertas abiertas de par en par, muebles que se notaban más en el vacío... Esperé... esperaba el resultado de aquella irrupción alemana que se desarrollaba en silencio, allá en los establos... Pero mi espera se transformó paulatinamente en una espera de Henia y Waclaw, que habían desaparecido al doblar una curva... y de pronto Fryderyk se me entró en la mente, en aquella casa vacía. ¿Dónde estaba Fryderyk? ¿Qué hacía? Estaba con los alemanes. ¿Seguro que estaba con los alemanes? Y si hubiera que buscarle por otra parte, por los alrededores del estanque, allí donde abandonamos a nuestra muchacha... ¡allí estaba! ¡Allí tenía que estar! Allí había vuelto, a espiar. Y si era así, ¿qué veía? Me embargaron los celos por todo lo que podía ver. El vacío de la casa me expulsó, y salí corriendo como si me dirigiera a los establos donde estaban los alemanes, pero torcí hacia el estanque atravesando el seto a lo largo de la fosa donde las ranas practicaban sus zambullidas grasas y asquerosas y, dando la vuelta al estanque, les vi, a Waclaw y Henia, sentados en un banco, al borde del jardín, de cara a los prados. Oscurecía ya, era casi de noche. Y había humedad. ¿Dónde estaba Fryderyk? Imposible que no estuviera allí —y no me equivoqué— entre los sauces que formaban como una cueva, indistinto, montaba la guardia tras unos arbustos y

piaba. No vacilé ni un instante. Me deslicé hacia él y tomé sitio a su lado, él no se movió, me quedé envarado —¡y aquella silenciosa presentación para compartir su guardia significaba declararme su cómplice! En el banco, las dos siluetas se distinguían apenas, y seguramente hablaban en voz baja —pero nada se oía.

Era una traición —una traición baja— cómo se arrimaba al abogado, mientras (el muchacho), a quien hubiera debido guardar fidelidad, era expulsado fuera del círculo... Y me atormentaba, como si se viniera al suelo la última posibilidad de hermosura en mi mundo, abandonado a la descomposición, el morir, el martirio, la atrocidad... ¡Qué bajeza! ¿Lo abrazaba? ¿O acaso él le estrechaba las manos? Qué repugnante y odioso era aquel lugar para su manos: ¡en las manos de él! En aquel instante me sentí, como ocurre en los sueños, al borde de un descubrimiento, y al mirar alrededor, vi algo... algo asombroso.

Fryderyk no estaba solo: a su lado, unos pasos más lejos, casi cubierto por los arbustos, se escondía Karol.

¿Karol presente allí? ¿Junto a Fryderyk? ¿Pero con qué magia le había llevado Fryderyk allí? ¿Con qué pretexto? Y a pesar de todo allí estaba, y yo sabía que no por cuenta propia, sino por Fryderyk —no había ido porque le interesara nada lo que ocurría en el banco, sino porque la presencia de Fryderyk lo había atraído. Verdaderamente, era tan impenetrable como sutil, y no sé si puedo decirlo... Me parecía que (el muchacho) sólo había aparecido espontáneamente para levantar más llama... para que el juego se hiciera más fuerte... para que se nos hiciera más doloroso. Lo probable es que aquel cachorro, mientras el

hombre, el viejo, miraba pensativo, conmovido por la traición de aquella joven —lo probable era que hubiera surgido sin rumor de la maleza y que allí se hubiera agazapado, sin decir palabra. ¡Qué ferocidad y qué audacia! Pero el crepúsculo encubría todo como con un velo, éramos casi invisibles, y aquel silencio —porque nadie era capaz de hablar. Y el cinismo del hecho se disolvía en la insustancialidad de la noche y del silencio. Hay que añadir también que el efecto del (muchacho) era de borrarlo todo, de disculparlo casi: su ligereza, su agilidad nos redimían, y como tenía una simpatía de (muchacho), podía realmente unirse a cualquiera... (alguna vez explicaré qué significan estos paréntesis)... Y de pronto se alejó tan fácilmente como había llegado.

Pero el resultado de que se nos uniera furtivamente fue que el banco nos hería como un cuchillo. ¡Aquella impulsiva, alocada aparición del (muchacho) mientras la (muchacha) lo traicionaba! Las situaciones del mundo son cifras secretas. Incomprensibles son los diseños del hombre y de todos los fenómenos. Aquello, allí... era tremendamente significativo —pero no se podía comprender, no acababa de descifrarse... En todo caso, el mundo había tomado un giro muy asombroso. Y entonces se oyó un tiro en el establo. Echamos todos a correr por el prado, sin importarnos quién iba con quién. Waclaw corría a mi lado, Henia con Fryderyk. Fryderyk, que en momentos críticos se mostraba lleno de iniciativa y de sensatez, torció por detrás de un granero, y le seguimos. Y vimos: nada muy espantoso. Un alemán borracho se divertía tirando a las palomas con una carabina de dos cañones —y en seguida le

metieron en el coche, se despidieron agitando las manos y se alejaron. Hipolit nos miró furioso.

—Dejadme en paz.

Su mirada salía de él como de una ventana, pero en seguida cerró todas las puertas y ventanas de su persona. Se fue hacia la casa.

Con la cena nos dio vodka, y estaba la mar de rojo y enternecido.

—Vaya, vaya. ¡A beber a la salud de Waclaw y Henia! Ya se han puesto de acuerdo.

Fryderyk y yo les deseamos felicidad.

6

Alcohol. Vodka. Hechos que suben a la cabeza. Hechos como una copa de aguardiente —y luego otra copa— pero la borrachera era resbaladiza, a cada instante amenazaba una caída en la porquería, en la perversión, en el pantano sensual. ¿Pero cómo no beber? La bebida había pasado a ser nuestra higiene, cada cual se atontaba como podía —y también yo—, pero yo probaba a conservar algo de mi dignidad, adoptando en la embriaguez una facha de investigador que investiga a pesar de todo —que se emborracha para investigar. Y así, pues, yo investigaba.

El novio nos había dejado después del desayuno. Pero quedó convenido que al segundo día nos íbamos todos a Ruda.

Más tarde, Karol se detuvo ante la entrada, guiando un coche. Debía ir a Ostrowiec, a buscar petróleo. Me ofrecí a acompañarle.

Y también Fryderyk abría ya la boca para proponerse como tercero —cuando cayó en uno de sus súbitos embarazos... nunca se sabía cuándo aquello iba a ocurrirle. Tenía ya la boca abierta, pero volvió a cerrarla, y luego la abrió otra vez —y se quedó atenazado en aquel juego torturante, se puso pálido, y el coche arrancó con Karol y conmigo.

Trotantes grupas de caballo, camino arenoso, vas-

titud de perspectivas, pausado rodar de las lomas que se encaramaban una tras otra. En la mañana, en las anchuras, yo con él, yo a su lado —ambos salidos de la hondonada de Powórna, visibles, y mi incongruencia a su lado, ofrecida a los horizontes. Empecé así:

—Dime, Karol, ¿qué disparate fue aquello de la vieja, ayer, junto al estanque?

Algo desconfiado, para orientarse sobre el sentido de mi pregunta, preguntó a su vez:

—¿Por qué?

—Todo el mundo te vio.

Aquella entrada en materia no quedaba demasiado subrayada —sólo lo necesario para poner en marcha la conversación. Se echó a reír, por lo que pudiera ser, y para quitar peso al diálogo.

—No tuvo nada de particular —dijo.

Hizo restallar el látigo, todo le era indiferente... Entonces expresé mi asombro:

—¡Si la mujer hubiera valido algo! Pero era una carnaza de lo más asqueroso, y además vieja. —Y como no contestó, le apreté más: —¿Acaso te restregas con las viejas, tú?

Esquivo, azotó un arbusto con el látigo. Y como si aquello le hubiera sugerido la respuesta adecuada, azotó a los caballos, que tiraron violentamente del carro. Comprendí su respuesta, aunque no supe traducirla en palabras. Corrimos un rato a paso rápido. Luego los caballos disminuyeron la velocidad, y cuando ya iban más despacio Karol sonrió con un blanco centelleo de dientes y dijo:

—¿Qué más da, viejas o jóvenes?

Y se echó a reír con entero desparpajo.

BIBLIOTECA PUBLICA PILOTO
DE MEDELLIN PARA AMERICA

Aquello me inquietó. Me pareció que un estremecimiento me recorría. Yo estaba sentado a su lado. ¿Qué significaba todo eso? Y una cosa, ante todo, saltaba a la vista: la desmedida importancia de sus dientes, que jugaban en él un juego propio, que eran su blancura interna, purificadora —en verdad, los dientes eran más importantes que lo que él decía— parecía que él hablara para los dientes y de resultas de los dientes. Y nada importaba lo que dijera, ya que hablaba por darse gusto, todo él era placer y goce propio, sabía que la más repelente asquerosidad sería perdonada a sus dientes satisfechos. ¿Quién se sentaba a mi lado? ¿Alguien como yo? Ni soñarlo: era un ser esencialmente distinto y seductor, un hijo de otra región, lleno de gracia que se convertía en hermosura. Un príncipe y un poema. ¿Pero por qué se arrojaba el príncipe encima de las viejas? La cuestión era ésa. ¿Y por qué se lo tomaba a broma? ¿Acaso se tomaba a broma su propia concupiscencia? ¿Le divertía que, príncipe como era, estuviera también bajo el dominio del hambre que le hacía codiciar la más repelente de las mujeres —aquello le divertía? Tanta hermosura (enlazada con Henia), ¿en tan poco se tenía a sí misma que le era casi indiferente con qué satisfacerse, a quién entregarse? Allí, pues, algo sombrío germinaba. Coronada la loma, bajamos hacia el barranco de Grocholice. Yo iba descubriendo en él una especie de sacrilegio cometido con satisfacción, y comprendía que aquello no dejaba el alma intacta, que era en el fondo una verdadera desesperación.

(Muy bien pudiera ser que yo sólo me entregara a tales especulaciones para guardar las apariencias de un investigador mientras durara la borrachera.)

¿Pero no le habría levantado las faldas a la vieja para aparentar que era un militar? ¿Acaso no era un gesto militar?

Pregunté (cambiando de tema por decencia —ya que debía velar por mí mismo):

—Y con tu padre, ¿por qué estás peleado?

Vaciló desconcertado, pero en seguida comprendió que me lo habría contado Hipolit, y contestó:

—Porque no deja en paz a mi madre. Le hace mil charranadas, el cerdo. Si no fuera mi padre, le...

Una respuesta delicadamente equilibrada —podía confesar que quería a su madre ya que a la vez declaraba odiar a su padre, lo cual le preservaba del sentimentalismo— pero, por acorralarle contra la pared, le pregunté sin dejar pausa:

—¿Quieres mucho a tu madre?

—¡Hombre, claro! Si es mi madre...

Lo cual significaba que no tenía nada de particular, puesto que lo que se acostumbra es que el hijo quiera a su madre. Y sin embargo era curioso. Mirándolo de cerca, era de lo más curioso: un momento antes, era la pura anarquía, arrojándose encima de las viejas, y entonces se volvía convencional y se sometía a las leyes del amor filial. ¿A qué se adhería, pues, a la anarquía o a la ley? Si se acomodaba a la moralidad, tan obediente, no era para estimarse más, sino al contrario, para verse más insignificante, para convertir el cariño por su madre en algo ordinario y sin importancia. ¿Por qué, constantemente, se despojaba de toda valía? La idea era extrañamente fascinadora: ¿por qué se vaciaba de toda importancia? La idea era alcohol puro —¿por qué— con él —toda idea tenía que ser seductora o repugnante, siempre apasionada

y tensa hasta el extremo? Subíamos por una pendiente, y a la izquierda, pasado Grocholice, se levantaban murallas de tierra amarilla en las que habían excavado cuevas para guardar las patatas. Los caballos iban al paso— y silencio. Karol se animó de pronto:

—¿No podría usted encontrarme trabajo en Varsovia? ¿Algo en el estraperlo, tal vez? Si ganara algún dinero, podría mandarle un poco a mamá, que lo necesita para seguir un tratamiento, y además mi padre no calla nunca con eso de que no hago nada. ¡Ya estoy harto!

Levantó la mirada y la dirigió a todo lo ancho, porque entonces se trataba de asuntos prácticos y materiales, y de aquello sabía hablar largo y tendido, y además era natural que se dirigiera a mí —y sin embargo, ¿tan natural era? ¿No sería un pretexto para "comunicar" conmigo, con un adulto, un intento de acercamiento? Claro que en tiempos tan difíciles un joven tiene que arrimarse a los mayores con más influencia que él, y sólo puede lograrlo gracias a su encanto personal... pero la coquetería de un muchacho es muchísimo más complicada que la de una muchacha, a la que ayuda su sexo... de modo que apenas podía decirse que fuera un cálculo, bueno, cálculo pero inconsciente, inocente: me pedía ayuda con franqueza, pero en realidad no lo hacía porque le interesara nada encontrar trabajo en Varsovia, sino tan sólo para entrar en el papel de alguien de quien se ocupan —sólo para romper el hielo... lo demás vendría por sus pasos contados... ¿Romper el hielo? ¿Pero en qué sentido? ¿Y qué era "lo demás"? Sólo me daba cuenta, o tal vez sospechaba, que todo era un intento de su adolescencia por entrar en contacto con mi madurez, y además yo

sabía que él no tenía ascos, y que su hambre, su avidez, le hacían asequible... Me retiré con sobresalto al husmear su intento de aproximación... como si aquella región de que él provenía tuviera que aprisionarme. No sé si me explico con bastante claridad. El trato de un hombre maduro con un joven se desarrolla en general sobre un fondo de cuestiones técnicas, de observación, de colaboración, pero en cuanto se hace directo, se manifiesta su inaudita violencia. Yo sentía que aquel ser pretendía seducirme mediante su juventud, y era como si yo, el adulto, quedara comprometido sin remedio.

Sólo que la palabra "juventud" le estaba prohibida —no casaba con él.

Coronamos la subida, y se abrió ante nosotros el invariable panorama de la tierra rodeada de colinas, henchida por su inmóvil oleaje, en la luz oblicua que de trecho en trecho penetraba por entre las nubes.

—Vale más que te quedes aquí, con tus padres...

Tuvo una resonancia categórica, porque lo dije en mi calidad de mayor —y precisamente esto me permitió preguntar, como la más natural continuación del diálogo:

—¿Te gusta Henia?

La pregunta más difícil me salió con notable facilidad, y con no menos desembarazo contestó él:

—Claro que me gusta.

Apuntando con el látigo, dijo:

—¿Ve aquellos arbustos, allá abajo? No son arbustos, son las copas de los árboles en el barranco de Lisin, que da a los bosques de Bodzechów. A menudo se esconden pandillas, por allí...

Hizo un guiño cómplice, seguimos adelante, deja-

mos atrás una imagen de Cristo, y yo volví a mi tema, como si no lo hubiera abandonado... una súbita calma, cuyo origen ignoraba, me permitió fingir que no había pasado el tiempo.

—¿Pero no estás enamorado de ella?

Esta pregunta era mucho más arriesgada —se adentraba hacia el corazón del asunto— con su tozudez, podía traicionar mis oscuras agitaciones, mías y de Fryderyk, que empezaron a los pies de ellos, a los pies de ellos, a los pies de ellos... me sentía como si palpara un tigre dormido. Pero no había motivo.

—¡Qué vaaaá... si nos conocemos desde niños!

...y lo decía sin sombra de una *arrière-pensée*... aunque cabía creer que el incidente reciente ante las cocheras, del que todos habíamos sido cómplices disimulados, le haría algo difícil la respuesta.

¡Ni por asomo! Estaba claro que, para él, todo aquello se situaba en otro plano —y allí estaba él conmigo, desprendido de aquello— y su "qué vaaaá", tan alargado, sabía a capricho y a frivolidad, incluso a travesura infantil. Escupió. Al escupir se volvió todavía más niño, y al propio tiempo rio, y su risa desarmaba, como si le despojara de toda posibilidad de otra reacción; y mirándome de reojo, con malicia de niño, dijo:

—Me gustaría más con doña María.

¡No! ¡No podía ser verdad! ¡La dama, con su delgadez lloriqueante! ¿Por qué lo decía? ¿Porque había levantado las faldas de la vieja? ¿Pero por qué levantó aquellas faldas? ¡Qué absurdo, qué tormento de enigma! Sin embargo yo sabía (y era uno de los cánones de mi literario conocimiento de las personas) que se dan actos humanos en apariencia desprovistos de

todo sentido, pero que son necesarios al hombre porque en cierto sentido lo definen —es el caso, por dar el primer ejemplo que se me ocurre, de quien está dispuesto a cometer la más inútil locura, sólo por no sentirse cobarde. ¿Y quién, más que la juventud, necesita formarse a sí mismo por tales procedimientos?... Era pues más que seguro que la mayoría de los actos y de los dichos de aquel adolescente sentado a mi lado con sus riendas y su látigo eran actos "cometidos consigo mismo" —e incluso había que admitir que nuestras miradas, la mía y la de Fryderyk, nuestras furtivas y embelesadas miradas, debían incitarle a aquel juego, en la medida en que las percibía. Bueno, entendidos: la víspera paseaba con nosotros, se aburría, no tenía nada que hacer, y levantó las faldas de la vieja con el fin de causarse a sí mismo una excitación, tal vez porque le gustaba pasar de codiciado a codiciante. Equilibrista, el muchacho. Bueno. Pero luego, aquello de volver al mismo tema, aquello de que "le gustaría más" con doña María, ¿no escondía alguna intención, agresiva ya?

—¿Piensas que me trago ésa? —dije—. ¿Que prefieres la madre a Henia? ¡Qué majadería!

A lo cual, obstinado, a la luz del sol, repuso:

—Me gustaría más.

¡Disparate y mentira! ¿Pero por qué, con qué fin? Nos acercábamos ya a Bodzechów, y a lo lejos se veían los altos hornos de Ostrowiec. ¿Por qué, por qué se encabritaba ante Henia, por qué no deseaba a Henia? Yo lo sabía, pero no lo sabía; lo comprendía y no lo comprendía. ¿Realmente su juventud tenía que preferir a los mayores? ¿Quería estar "con mayores"? ¿Qué ocurrencia era aquélla, adónde iba a parar? Lo in-

quietante de la idea, su filo quemante, su dramatismo, me arrojaron en seguida por esa pista, ya que, situado en la región que era suya, me dejaba guiar por sugestiones. ¿Acaso aquel mocoso se proponía apacentarse en nuestros pastos de adultos? Verdaderamente, lo más normal del mundo es que un joven se enamore de una señorita guapa, y que todo se encamine por los carriles de la atracción natural. Pero cabía la posibilidad de que él apuntara a algo... algo más amplio, más audaz... que no quisiera ser "un joven con una señorita" sino "un joven con mayores", un joven que irrumpe en la maturidad... ¡Qué ocurrencia más sombría, más perversa! Pero después de todo, él tenía experiencia del mundo de la guerra y la anarquía, yo no lo conocía ni podía conocerlo, no sabía cómo se había formado ni con qué, era tan enigmático como aquel paisaje —conocido y sin embargo ignorado— y sólo de una cosa podía yo estar seguro: de que aquel chaval no había salido la víspera de sus pañales. ¿Pero en qué se había envuelto? Precisamente aquello era lo ignorado —no estaba claro lo que le gustaba, ni quién. Acaso quería divertirse con nosotros, no con Henia, y por eso daba continuamente a entender que la edad no tenía que ser ningún obstáculo... ¿Eh? ¡¿Eh?! Pues eso, se aburría, quería divertirse, tal vez divertirse con algo que no conocía y en lo cual ni siquiera pensaba propiamente —por aburrimiento, marginalmente y sin esfuerzo... con nosotros y no con Henia, porque nosotros, dentro de nuestra fealdad, podíamos llevarle más lejos, éramos más ilimitados. Por ello (y pensando en aquel incidente ante las cocheras) me hacía notar que no tenía ascos... Basta. Me

angustió la idea de que su hermosura buscara mi fealdad. Cambié de tema.

—¿Vas a la iglesia? ¿Crees en Dios?

Una pregunta que le obligaba a ser serio, una pregunta que defendía contra su traicionera frivolidad.

—¿En Dios? Lo que dicen los curas, yo...

—¿Pero en Dios crees?

—Claro. Pero...

—¿Pero qué?

Calló.

Fui a preguntar: "¿Vas a la iglesia?", en vez de lo cual pregunté:

—¿Vas con mujeres?

—A veces.

—¿Les gustas a las mujeres?

En seguida se echó a reír.

—No, claro. Soy demasiado joven.

Demasiado joven. Tenía un sentido humillante —por lo cual entonces podía usar con toda libertad la palabra de "joven". Pero para mí, que por culpa de aquel joven acababa de mezclar a Dios con las mujeres en no sé qué especie de grotesco y casi ebrio equívoco, para mí una extraña advertencia resonaba en aquel "demasiado joven". Sí, demasiado joven, tanto para las mujeres como para Dios, demasiado joven para todo— y no tenía ninguna importancia que fuera o no fuera creyente, que gustara o no gustara a las mujeres, porque era simplemente "demasiado joven", y ninguno de sus sentimientos, de sus verdades o de sus decires, podía tener ninguna importancia —no estaba hecho, era "demasiado joven". Lo era para la joven Henia y para todo lo que se formaba entre ellos, y era también "demasiado joven" para Fryderyk

y para mí... ¿Qué era pues aquella desdeñable falta de madurez? ¡No contaba para nada! ¿Cómo podía yo, una persona mayor, poner toda mi seriedad en aquella falta de seriedad, atender estremecido a un ser sin ninguna importancia? Miré el paisaje alrededor. Desde allí, desde lo alto, se divisaba ya la corriente de la Kamienna, e incluso se percibía, casi inaudible, el traqueteo de un tren que se acercaba a Bodzechów; todo el valle del río se extendía ante nosotros, al par con la carretera, y a derecha e izquierda la colcha de retazos de los campos, hasta donde alcanzaba la mirada, una adormecida eternidad, pero nebulosa, ahogada, agarrada por el cuello. Un extraño olor a injusticia lo empapaba todo, y en aquella injusticia estaba yo con el joven, con aquel ser "demasiado joven", demasiado ligero, demasiado frívolo, cuya insuficiencia, cuyo incumplimiento se convertían, en aquel entorno, en no sé qué fuerza elemental. ¿Cómo defenderse contra él, cuando nada ofrecía ningún apoyo?

Entramos en la carretera, y el coche se puso, con sus llantas de hierro, a saltar en los hoyos del pavimento, y empezó a aparecer gente, y pasábamos a su lado y los dejábamos atrás, a los peatones aparecidos por los bordes, uno con una gorra, otro con un sombrero, y más allá nos cruzamos con un carro cargado de fardos, de todas las posesiones de una familia —nos cruzaron despacio, paso a paso—, y más allá dimos con una mujer de pie en medio de la calzada cerrándonos el paso: vi su cara, más bien tierna, rodeada con un pañuelo como los que se ponen las mujeres, pero sus pies eran gigantescos, calzados con botas de hombre, botas de tropa que salían de una acortada falda de seda negra, y el escote era muy abierto, como de un

traje de baile o de noche, elegante, y en la mano llevaba un paquete hecho con papel de periódico —con el paquete nos hizo una seña—; quiso hablar pero cerró la boca, estuvo otra vez a punto de hablar, luego señaló con la mano que lo dejaba, se apartó a un lado —y se quedó de pie en la calzada mientras nos alejábamos. Karol se rio.

Al fin llegamos a Ostrowiec, tan meneados por el pavimento de adoquines que nos temblaban las mejillas, y pasamos ante el puesto de guardia alemán, frente a la fábrica; la pequeña ciudad era la misma de antes, exactamente la misma, siempre aquellos torreones y aquellas chimeneas de los altos hornos de la fábrica, aquellas paredes, luego el puente de la Kamienna y los raíles del tren y la calle mayor que daba a la plaza del mercado, y en la esquina el café Malinowski. Sólo que cierta ausencia se dejaba sentir— es decir que no había judíos. Sin embargo se veía bastante gente por las calles, había tráfico, en algunos puntos incluso animado: cierta mujer barría hacia la calle la suciedad de su puerta, en otro lugar pasaba un hombre con una gruesa cuerda arrollada al brazo, luego un grupo ante una tienda de comestibles, y un muchacho probaba a acertar con una piedra a un gorrión que se había posado en una chimenea. Hicimos provisión de petróleo, compramos también otras cosas, y dejamos tan aprisa como pudimos aquel extraño Ostrowiec. Respiramos cuando la carreta volvió a hollar el blando lecho terroso del acostumbrado camino vecinal. Pero, ¿qué estaría haciendo Fryderyk? ¿Qué haría allí, abandonado a sí mismo? ¿Dormiría? ¿Estaría sentado? ¿Estaría andando? Yo conocía su escrupulosa corrección, sabía que si se sentaba lo haría

guardando todos los protocolos, y sin embargo empezó a inquietarme el no saber qué hacía realmente. No le encontramos cuando llegamos a Powórna, y Karol y yo nos sentamos a la mesa para un almuerzo tardío. Doña María me dijo que rastrillaba... ¿Cómo? Rastrillaba una senda en el jardín.

—Temo... me parece que se aburre aquí con nosotros.

Lo dijo no sin cierta pena, como si se tratara de un huésped de antes de la guerra, y el propio Hipolit vino a anunciarme:

—Tu amigo está en el jardín, ya ves... Rastrilla.

Y algo en su voz me dijo que aquella persona se le hacía pesada —estaba avergonzado, desazonado, y perplejo. Fui en busca de Fryderyk. Al verme dejó el rastrillo y preguntó con su acostumbrada cortesía qué tal nos había ido el viaje... Y luego, mirando a un lado, apuntó con palabras cautas la sugerencia de que acaso pudiéramos volver a Varsovia, ya que al fin y al cabo de poco podíamos servir allí, y el dejar abandonados por más tiempo nuestros negociejos en la ciudad podía acabar mal, y francamente, tal vez aquella ida no había sido bastante meditada, acaso sería mejor hacer las maletas... Abría en su propio interior un camino hacia aquella decisión, insensiblemente le iba dando intensidad, lo acostumbraba todo a ella... me acostumbraba a mí, a sí mismo, a los árboles que nos rodeaban. ¿Qué pensaba yo? Porque claro, por otra parte, en el campo se estaba, a pesar de todo, mejor... pero... bueno, ¿no me parecía que podríamos marcharnos al día siguiente? De pronto su preguntar se hizo urgente, y comprendí: quería inferir de mi contestación si yo había conseguido entenderme con Karol; no se le

escapaba que yo habría aprovechado el viaje para sondear al muchacho, y quería saber si podíamos todavía conservar una sombra de esperanza de que la prometida de Waclaw fuera alguna vez abrazada por los brazos jóvenes de Karol. Y al propio tiempo me daba a entender ocultamente que nada que él supiera autorizaba tales ilusiones.

La indignidad de aquella escena es difícil de describir. El rostro de una persona de edad se conserva escondido gracias a un esfuerzo de voluntad que pretende enmascarar su descomposición, o por lo menos espera organizarla en una totalidad simpática —pero si en él se produce una decepción, si en él se resigna la magia de la esperanza o de la pasión, todas las arrugas se propagan y lo devoran como un cadáver. Era vil, de una vileza contagiosa y humillante, ver cómo se entregaba a su propia ignominia —y aquella porquería se me pegó tanto que mi propia gusanada empezó a menearse, a subir y a deslizárseme por todo el cuerpo. Pero no era todavía el colmo de la asquerosidad. El horror grotesco lo despertaba ante todo el hecho de que éramos como una pareja de enamorados en frustración, desdeñados por aquella otra pareja de amantes; nuestra llama, nuestra excitación, no tenían nada en qué descargarse, y entonces se encendían entre nosotros... No nos quedaba nada, salvo nosotros, el uno para el otro... Y asqueados el uno del otro, nos juntábamos sin embargo en nuestra sensualidad irritada. Por ello nos esforzábamos en no mirarnos. El sol ardía, y de los arbustos se levantaba un olor a cantáridas.

En aquella secreta conferencia entre nosotros comprendí por fin qué golpe representaba para ambos la

indiferencia, finalmente indudable, de aquella pareja. La joven —la prometida de Waclaw. El joven —a quien aquello no importaba nada. Y todo se hundía en la juvenil ceguera de ambos. ¡Era la ruina de nuestros sueños!

Contesté a Fryderyk que tal vez, en efecto, nuestra ausencia de Varsovia era poco oportuna. En seguida se agarró a aquello. Nos encontrábamos marcados por la maldición, y mientras recorríamos lentamente el sendero del jardín, nuestra amistad se fundaba en aquel acuerdo.

Pero al volver la esquina de la casa, en el camino que llevaba al despacho, los encontramos. Ella con una botella en la mano. El de pie ante ella. Se hablaban. La puerilidad de ambos, su completa puerilidad era manifiesta, asesina: ella, una colegiala de pensionado; él, un mocoso de bachillerato.

Fryderyk les preguntó:

—¿Qué hacéis?

Ella:

—El tapón se me ha metido en la botella.

Karol, mirando la botella al trasluz:

—Lo sacaré con un alambre.

Fryderyk:

—No es tan fácil.

Ella:

—Tal vez será mejor que busque otro tapón.

Karol:

—No tengas miedo... yo lo saco...

Fryderyk:

—El cuello es demasiado estrecho.

Karol:

—Si se ha metido, saldrá.

Ella:

—O se desmigajará y todavía hará más porquería.

Fryderyk no hizo ningún comentario. Karol se balanceó cargando su peso de una a otra pierna. Ella se estaba allí con la botella, hasta que dijo:

—Voy arriba a buscar un tapón. En el aparador no hay ninguno.

Karol:

—Te digo que yo lo saco.

Fryderyk:

—Por este cuello, no es fácil pasar.

Ella:

—Buscando, se encuentra.

Karol:

—¿Sabes? Una de esas botellas que hay en el armario...

Ella:

—No. Son medicinas.

Fryderyk:

—Se las puede lavar.

Un pájaro pasó volando.

Fryderyk:

—¿Qué pájaro es?

Karol:

—Un pardillo.

Fryderyk:

—¿Hay muchos por aquí?

Ella:

—¡Mira, qué lombriz más larga!

Karol seguía balanceándose sobre sus piernas separadas, ella levantó un pie para rascarse la pantorrilla —pero la bota de él se levantó también, y apo-

yada en el tacón dio un cuarto de vuelta y aplastó la lombriz... sólo por un cabo, tanto como alcanzaba la suela, porque no tenía ganas de levantar el tacón del suelo; el resto de la lombriz, que él miraba interesado, se puso a estremecerse y a retorcerse. Aquello no habría tenido nada de más particular que la muerte de una mosca en un papel pegajoso o de una polilla en una vela —si la mirada de Fryderyk, vidriosa, no se hubiera pegado a aquella lombriz, agotando su tormento hasta el fin. Hubiera podido parecer que estaba indignado, pero en realidad lo único que en él había era la identificación con el tormento, el beber el cáliz hasta las heces. Estaba ávido, sorbía, tragaba, asumía la tortura y —rígido, mudo, cogido en las tenazas del sufrimiento— no podía moverse. Karol le miró de reojo, pero no pisó la lombriz hasta rematarla: el dolor de Fryderyk era para él una mera histeria...

La zapatilla de Henia se adelantó, y ella pisó la lombriz.

Pero sólo lo hizo por el otro cabo, cuidando con toda precisión de no dañar la parte central, para que siguiera estremeciéndose y retorciéndose. Todo aquello era —insignificante... tan insignificante y trivial como pueda serlo el pisar una lombriz.

Karol:

—Por Lwow hay muchos más pájaros que por aquí.

Henia:

—Tengo que ir a mondar patatas.

Fryderyk:

—No lo envidio... Un trabajo aburrido.

Todavía hablaron un rato de vuelta hacia la casa, después de lo cual Fryderyk desapareció de pronto, y

yo no sabía dónde estaba —pero sabía muy bien en qué se ocupaba. Se ocupaba en pensar en lo ocurrido, en unos despreocupados pies que se habían unido encima del cuerpo palpitante, en una crueldad cometida en común. ¿Crueldad? ¿Era una crueldad? Más bien una menudencia, un menudo sacrificio de una lombriz, hecho sin quererlo, porque se había metido debajo de los zapatos —¡tantas lombrices matamos! No, no era una crueldad, sino mejor una inconsciencia que mira con ojos infantiles las divertidas palpitaciones de la defunción, sin sentir dolor alguno. Era una pequeñez. ¿Pero para Fryderyk? ¿Para la conciencia capaz de adentrarse? ¿Para la sensibilidad capaz de asimilar? ¿No era para él aquel acto una monstruosidad que hiela la sangre en las venas?— porque el dolor, el tormento, son tan grandes en el cuerpo de una lombriz como en el de un gigante; el dolor es "uno", como el espacio es uno —es indivisible, dondequiera que aparezca es el mismo, es el horror pleno. Para él, pues, aquel acto tenía que resultar, como decimos, aterrador; aquellos dos habían causado tormento, creado dolor, con sus suelas y con toda calma habían transformado en un infierno la existencia de la lombriz— es imposible concebir un crimen más desatado, un pecado mayor. Pecado... Pecado... Sí, era un pecado —pero si era un pecado, era su pecado común— y aquellos pies se habían juntado uno con otro encima del estremecido cuerpo del gusano...

¡Yo sabía en qué pensaba, el insensato! ¡El insensato! Pensaba en ellos —pensaba que habían pisado la lombriz "para él". "No te hagas ilusiones. No pienses que no tenemos nada en común... Ya lo sabes: uno de nosotros lo ha pisado... Y el otro lo ha pisado...

el gusano. Lo hemos hecho por ti. Para unirnos —ante ti y para ti— en el pecado".

Así debía de pensar Fryderyk en aquel momento. Pero es posible que yo le atribuya mis propios pensamientos. Quién sabe, de todos modos —acaso en aquel momento él me atribuía también sus propios pensamientos... y pensaba de mí exactamente lo mismo que yo de él... Muy bien podía ser pues que cada uno cultivara sus propias ideas introduciéndolas en el otro. Aquello me divirtió, no pude menos de sonreírme —y pensé que tal vez también él sonreía.

"Lo hemos hecho por ti, para unirnos contigo en el pecado..."

Si en efecto querían transmitirnos un texto semejante, con la pisada de sus pies ligeros... si de aquello se trataba... ¡Pero una cosa semejante no hay necesidad de repetirla dos veces! *¡Sapiento sat!* De nuevo me sonreí al pensar que tal vez Fryderyk sonreía en aquel instante, pensando que yo pensaba de él lo siguiente: que su fervorosa decisión de marcharse lo había abandonado, y que de nuevo husmeaba el rastro como un perro raposero, lleno de esperanzas súbitamente despertadas, jadeante.

Y en verdad, las esperanzas —las perspectivas— contenidas en aquella menuda palabra "pecado", se desplegaban en posibilidades verdaderamente vertiginosas... Si al mocoso y a la mocosa les atraía el pecar... uno con otra... pero también con nosotros... Oh, casi me parecía ver cómo Fryderyk meditaba en alguna parte, con la cabeza apoyada en las manos —reflexionaba que el pecado penetra hasta la mayor intimidad recíproca, funde a unos en otros de modo no peor que la más ardiente ternura, que el pecado privado,

escondido, vergonzoso; es un secreto en común, que se introduce en la existencia del otro tanto como el amor físico en el cuerpo. Si fuera así... entonces, resultaría que él, Fryderyk ("que él, Wiltold"— pensaba Fryderyk)... bueno, que los dos... no éramos demasiado viejos para ellos —o que su amor no era tan inasequible para nosotros. ¿Para qué sirve sino un pecado cometido en común? Un pecado como hecho aposta para casar con cualquiera el florecer del joven con la muchacha... con cualquiera que no fuera tan atractivo... con cualquiera que fuera más viejo y más pesado. En la virtud se nos hacían cerrados, herméticos. Pero en el pecado podían revolcarse con nosotros... ¡Eso era lo que Fryderyk pensaba! Y me parecía verle, con el dedo en la boca, buscando el pecado que le daría confianza con ellos —repasando pecados para dar con el apropiado— o acaso pensara, sospechara, que yo andaba rastreando aquel pecado. Qué sistema de espejos —él se miraba en mí, yo en él— y así, hilando sueños por cuenta de otro, llegábamos hasta la idea que ninguno de nosotros se había atrevido a dar por suya.

A la mañana siguiente teníamos que ir a Ruda. La expedición fue objeto de minuciosas deliberaciones —qué caballos, qué camino, qué coches—, y así se dio el caso de que yo fui en un coche con Henia. Como Fryderyk no quería decidir por sí mismo, lo sorteamos con una moneda, y me tocó a mí acompañarla. La mañana rebrillaba a lo lejos, perdidamente, el camino era largo, contorneando las elevaciones y los hundimientos del terreno, en el que se abrían sendas hundidas entre terraplenes amarillentos, púdicamente disimuladas por unos arbustos, un árbol, una vaca;

y ante nosotros se presentaba de vez en cuando el coche grande con Karol en el pescante. Ella —en traje de verano, cubriéndose los hombros con un chal blanco de polvo—, una novia que se encaminaba hacia su novio. De modo que, furioso por dentro, dije tras unas frases introductorias:

—¡Le felicito! Se casará y formará una familia. ¡Tendrá niños!

Ella contestó:

—¡Tendré niños!

Había replicado, pero ¡de qué modo! Obediente —llena de celo— como una colegiala. Como sí alguien le hubiera servido una lección. Como si incluso respecto a sus propios niños se sintiera como una niña obediente. Trotábamos. Ante nosotros, las colas de los caballos y las grupas. ¡Sí! Quería casarse con un abogado. Quería tener hijos de él. ¡Y lo decía mientras allá, precediéndonos, se dibujaba la silueta del amante inmaturo!

Dejamos atrás un montón de grava arrojada al borde del camino, e inmediatamente después dos acacias.

—¿Quiere usted a Karol?

—Claro que sí... nos conocemos...

—Ya sé. Desde niños. Pero lo que yo pregunto es si no siente usted nada por él.

—¿Yo? Pues le quiero, claro.

—¿Claro? Claro será. Pues entonces, ¿por qué aplastó con él la lombriz?

—¿Qué lombriz?

—¿Y la pernera del pantalón? ¿La pernera que usted le remangó, frente a la cochera?

—¿Qué pernera? Ah, sí, los pantalones le venían largos. ¿Y qué hay con eso?

Una cegadora pared de mentira —de una mentira dicha con toda buena fe, que ella no percibía como mentira. ¿Pero cómo podía yo pedirle verdad? Aquel ser sentado a mi lado, menos visible, más impreciso, que no era ni siquiera una mujer, sino sólo el inicio de una mujer, aquella fugacidad que sólo existía para dejar de ser lo que era —que se mataba a sí misma.

—¡Karol la quiere a usted!

—¿El? El no me quiere a mí ni a nadie... Lo único que a él le interesa es... bueno, acostarse un poquito...

Y entonces dijo algo que la divertía; lo expresó del modo siguiente:

—Está verde todavía, y además... bueno, mejor que no hablemos de eso.

Era manifiestamente una alusión al pasado algo turbio de Karol, pero a pesar de todo me pareció percibir un tono de benevolencia —como si allí se escondiera el reflejo de una simpatía "orgánica", una cosa como de colegiales— no, no lo había dicho con repugnancia, sino más bien como si hasta cierto grado le resultara agradable... e incluso lo había dicho como con cierta confianza... Parecía como si, en tanto que novia de Waclaw, juzgara a Karol con severidad, pero como si a la vez le fuera leal en aquel sino tormentoso común a todos ellos, los nacidos bajo el signo de la guerra. En seguida me agarré a aquello y di la nota de aquella confianza, le dije con despreocupación y camaradería que también ella debía de haber pasado por muchas cosas y seguramente no era ninguna santa, de modo que, bueno, también podía acos-

tarse un poquito con él, ¿por qué no? Se lo tomó con mucha calma, con mucha más calma de la que yo había esperado, y casi con cierta servicialidad, con una extraña obediencia. En seguida estuvo de acuerdo conmigo en que "naturalmente que podía", tanto más que aquello ya lo había hecho con uno de los guerrilleros que habían pernoctado en la casa, el año anterior.

—Naturalmente, no diga nada de eso a mis padres.

¿Por qué pues la muchachita me comunicaba con tanta facilidad sus secretillos? ¿E inmediatamente después de su noviazgo con Waclaw? Pregunté si los padres no sospechaban nada (en cuanto al asunto del guerrillero), a lo cual ella repuso:

—Sospechar claro que sospechan, si incluso nos pillaron juntos. Pero *con razón* no sospechan nada...

"Con razón" —genial palabra. Con su ayuda se puede decir todo. Una palabra genialmente oscurecedora. Bajábamos entonces por el camino hacia Brzustowa, por entre tilos —una sombra desgarrada por el sol, los caballos frenan, los collares les aprietan el cuello, la arena chirría bajo las ruedas.

—¡Bueno! ¡Entonces! Si lo hizo con el guerrillero, ¿por qué no con éste?

—No.

La facilidad con que las mujeres dicen "no". Esa capacidad de rehusar. Ese "no" que siempre se tienen preparado —y cuando lo encuentran, son despiadadas. Pero... ¿acaso amaba a Waclaw? ¿Salía de allí aquella reserva? Dije algo por el estilo de que para Waclaw sería un duro golpe el enterarse de su "pasado"— él que tanto la adoraba y que era tan religioso, tan hombre de principios. Expresé la esperanza de que

nadie se lo diría, sí, era mejor que le ahorraran aquello... él, que creía en la completa avenencia espiritual con ella...

Me interrumpió ofendida:

—¿Pero usted qué se figura? ¿Que no tengo moral, yo?

—El tiene una moral católica.

—Yo también. Yo soy católica.

—¿Cómo? ¿Comulga usted?

—Claro.

—¿Cree usted en Dios? ¿Literalmente, católicamente?

—Si no creyera, no me confesaría ni comulgaría. ¡No fantasee usted! Los principios de mi futuro marido son los míos. Y su madre es como si fuera casi mi madre. ¡Ya verá usted qué mujer es! Para mí es un honor entrar en aquella familia.

Y al cabo de un rato añadió, mientras animaba a los caballos con un golpe de riendas:

—Por lo menos es seguro que si me caso con él no haré nada con otros.

Arena. Camino. Arriba.

La ordinariez de sus últimas palabras —¿por qué? "No haré nada con otros". Hubiera podido expresarse con más delicadeza. Pero el eco de aquella frase era doble... Encerraba el deseo de pureza, de dignidad —y a la vez estaba lo indigno, lo degradante, de la formulación misma... y de nuevo excitaba... me excitaba... porque de nuevo la acercaba a Karol. Y una vez más, como antes con Karol, me abatió una fugaz depresión —porque de ellos no había nada que esperar, ya que cuanto decían, cuanto pensaban, cuanto sentían, no era más que un juego de excitaciones, una perpetua

provocación mutua, una orgía de auto-satisfacciones narcisistas —y ellos eran las primeras víctimas de su propia seducción. ¿Aquella muchacha? Aquella muchacha que no era más que un necesitarse a sí misma, un atraerse, un único y enorme gustarse a sí misma, una incesante, flexible, blanda, codiciosa coquetería —allí se estaba sentada a mi lado, con su chal, con sus manitas menudas, demasiado menudas. "Si me caso con él no haré nada con otros". Sonaba severo, y era un meterse en cintura a sí misma —para Waclaw, gracias a Waclaw—, pero era también una confiada y en cierto modo seductora confesión de su propia debilidad. Excitaba pues precisamente en la virtud... Pero a lo lejos, delante de nosotros, el coche que subía por la cuesta, y en el pescante, junto al cochero, Karol... Karol... Karol... En el pescante. Cuesta arriba. A lo lejos. No sé si se debía a que se mostraba "a lo lejos" —o a que se mostraba "cuesta arriba"... Dada aquella disposición, en aquel "presentarse" de Karol, en su aparición, algo me provocaba, y, furioso, le señalé con el dedo y dije:

—¡Pero le gusta aplastar lombrices junto con él!

—Dale con las lombrices. ¿Qué líos se arma usted? El pisó la lombriz, y yo terminé de aplastarla.

—¡Usted vio muy bien que la lombriz sufría!

—¿A qué viene eso?

De nuevo, no había modo de enterarse. Ella, sentadita a mi lado. Al cabo de un rato pensé que había que dejarlo, retirarse... Mi situación era un baño en el erotismo de ellos —¡algo imposible! Tenía que ocuparme en otra cosa en cuanto fuera posible, en algo más adecuado— ¡tenía que ocuparme en cosas serias! ¿Tan difícil era pues volver al estado normal, que des-

pués de todo me era habitual, en el que se encuentra interesante e importante un montón de cosas muy distintas, y aquella payasada con la juventud se mira como despreciable? ¡Pero cuando una persona está excitada, le gusta precisamente la excitación, se excita por ella, y todo lo que queda fuera no es ya vida! Apuntando una vez más a Karol con el dedo que era comprometedor, expliqué recalcando mis palabras para acosarla y arrancarle una confesión:

—Usted no está aquí para usted misma. Está para otro. Y en tal caso, está para él. ¡Le pertenece a él!

—¿Yo? ¿A él? ¿Se vuelve usted loco?

Se echó a reír. ¡Aquella perpetua risa de ambos, aquella risa inacabable —de ella y de él—, aquella risa oscurecedora! Era para desesperar.

Lo rechazaba... riendo... Lo rechazaba mediante una risa. Aquella risa fue algo corta, cesó en seguida, apenas fue más que una insinuación de risa —pero en aquel corto instante entreví, a través de la risa de ella, la risa de él. Las mismas bocas rientes, y dientes en ellas. Aquello era "hermoso"... Por desgracia, por desgracia aquello era "hermoso"... Ambos eran "hermosos". ¡Por eso ella no quería!

7

Ruda. Bajamos de ambos coches ante la terraza del pórtico. Waclaw corrió hacia su futura esposa, para saludarla en el umbral de su casa —y a nosotros nos recibió con una cortesía seductora, muy calmosa. En el vestíbulo besamos la mano de la anciana señora, reseca y graciosa, que olía a hortalizas y a medicinas, y que nos estrechó los dedos con cuidado y atención. La casa estaba llena: la víspera había llegado inesperadamente una familia de cerca de Lwow, a la que habían alojado en el primer piso, y en el salón había camas, la criada corría de acá para allá, jugaban niños por el suelo, entre fardos y maletas. En vista de aquello, dijimos que nos volveríamos a pasar la noche a Powórna, pero doña Amelia dijo que "no íbamos a hacerle aquello", que de un modo u otro todos nos alojaríamos. También otras consideraciones aconsejaban un pronto regreso a casa, puesto que Waclaw nos contó, a los hombres, que dos guerrilleros habían pedido albergue para una noche y que de sus vagas insinuaciones se deducía que cierta acción se estaba preparando en la región. Todo aquello nos puso bastante nerviosos —pero nos sentamos en las butacas del crepuscular salón, de numerosos ventanales, y se inició un diálogo, y la señora se dirigió cortésmente a Fryderyk y a mí, preguntándonos por nuestro sino

y nuestras peripecias. Su cabeza, desmedidamente anciana y reseca, se levantaba por encima de su cuello como una estrella, y era decididamente algo extraordinario, y desde luego los aires de aquel lugar impresionaban: no, no habían exagerado los cantos de alabanzas a la anciana, y no tratábamos con una buena beata de aldea, de dimensiones provincianas, sino con una persona cuya atmósfera se imponía con fuerza avasalladora. No es fácil decir a qué se debía aquello. Como en Waclaw, pero con más hondura, se percibía un gran respeto por los seres humanos. Una cortesía resultante del más sutil sentimiento de los valores. Una sensibilidad casi transformada en espiritualidad, inspirada en una sencillez a la que no se veían fronteras. Y una peculiar rectitud. Pero todo ello era, en el fondo, inauditamente categórico, allí imperaba no sé qué razón suprema, absoluta, que despedazaba todo escepticismo, y para nosotros, para mí y seguramente también para Fryderyk, aquella casa de una tan decidida moralidad se nos convirtió de pronto en un maravilloso lugar de reposo, en un oasis. Porque allí regía un principio metafísico o incorpóreo —regía, dicho brevemente, el Dios católico, desprendido de la carne y muy en exceso majestuoso para andarse con Karol en pos de Henia. Era pues como si la mano de una madre razonable nos diera un cachete y nos llamara al orden, y todo volvía a su condigna medida. Henia con Karol, Henia más Karol, se convertían en lo que eran, en juventud ordinaria —mientras que Henia con Waclaw ganaba importancia, pero sólo en vistas al amor y al matrimonio. En cambio nosotros, los viejos, recobrábamos el sentimiento de nuestra vejez, e inesperadamente nos sentíamos tan encerrados

en el mismo que no había ni que hablar de ninguna amenaza desde allí, desde abajo. En una palabra, nos volvía aquel "serenarnos" que ya Waclaw nos había llevado a Podwórna, pero en grado mucho mayor. Cedía la oprimente presión de jóvenes rodillas en nuestros pechos.

Fryderyk revivió. Sacado de debajo de los malditos pies jóvenes que lo aplastaron, parecía creer de nuevo en sí mismo —y respiraba— y en seguida volvía a resplandecer con todo su brillo. Lo que decía no era de ningún modo brillante, cosas ordinarias dichas únicamente para sostener la conversación, pero toda bagatela cobraba peso al cargarse con su personalidad, con su conciencia. La palabra más común, por ejemplo "ventana" o "pan" o "gracias", estaba claro que cobraba un nuevo sabor al pasar por aquellos labios que tan bien "sabían lo que se decían". Dijo que "a nadie le gustan las cosas desagradables", lo cual también se hizo significativo, aunque sólo fuera un discreto encubrimiento de su significado. Se dejaba sentir en alto grado su peculiar "modo de ser", la idiosincrasia que era fruto de su evolución y sus experiencias —de pronto la percibimos con toda concreción— y por lo demás, si una persona tiene tanta importancia como ella misma se atribuye, en aquel caso nos encontrábamos ante un gigante, ya que era difícil darse cuenta cabal de qué inaudito fenómeno era él en su propio aprecio —no inaudito según las medidas sociales, sino como un puro ser, como una existencia. Y aquella solitaria grandeza suya era recibida con brazos abiertos por Waclaw y su madre, como si el alto aprecio de la misma les causara la mayor satisfacción. Incluso Henia, la invitada principal en

aquella casa, retrocedió muy hacia el trasfondo, y todo empezó a dar vueltas en torno a Fryderyk.

—Venga conmigo —dijo Amelia—, le enseñaré el panorama que tenemos de la terraza, se ve el río, antes de que sirvan el almuerzo.

Estaba tan absorta en él, que sólo a él se dirigía. Nos olvidaba, a Henia y a nosotros... Salimos con ellos a la terraza, desde donde, en efecto, se veía una pendiente que, en animado escalonamiento, bajaba hasta la lisura, apenas visible y al parecer muerta, de la cinta de agua. Era hermoso en verdad. Pero Fryderyk dijo sin querer:

—Un tonel.

Y se desconcertó... Porque en vez de admirar el paisaje se había fijado en algo que tan poco venía a cuento, en aquel tonel que no se distinguía por nada de particular, tirado al pie de un árbol. No supo cómo se había metido en aquel apuro, y no supo cómo salirse del mismo. Y doña Amelia repitió:

—Un tonel.

Le secundó con calma, pero con mucha convicción, como si quisiera corroborarla y estuviera en connivencia con él —como si tampoco a ella le fueran extrañas aquellas fortuitas iniciaciones en cualquier objeto fortuito— un inesperado verse clavada a cualquier cosa que se convertía en supremamente importante, a causa de la fuerza de aquella clavazón... ¡oh, aquellos dos seres tenían mucho en común! Para el almuerzo, se sentó a la mesa con nosotros aquella familia de refugiados, incluso los niños corriendo alrededor, y el almuerzo improvisado, no dieron buen resultado... Fue fatigoso, aquel almuerzo. Y continuamente se daba vueltas a la noria de la "situación",

tanto la general, resultado de la retirada alemana, como la local; pero yo me perdía en aquel lenguaje de las conversaciones rurales, tan distintas de las de Varsovia, sólo comprendía por aproximación, y no preguntaba, no quería informarme de nada, sólo sabía que no valía la pena, y después de todo estaba claro que, por poco que me importara, era fatal que al cabo me enteraría. En medio de aquella algarabía, yo iba bebiendo y sólo veía como doña Amelia, que infatigablemente dejaba caer informaciones desde la altura de su resecada cabeza, no paraba de dirigirse a Fryderyk con una cierta atención especial, con una extraordinaria concentración, incluso con avidez —parecía enamorada de él... ¿Amor? Era más bien la magia de siempre, la al parecer inagotable conciencia de sí mismo que él tenía, y que yo había experimentado muchas veces. ¡Era tan penetrante aquella conciencia, tan irrevocable! Y Amelia, con la sensibilidad seguramente aguzada por tantas meditaciones y tantos ejercicios espirituales, había olido en seguida con quién tenía que habérselas. Con un ser terriblemente reconcentrado, que no se dejaba engañar por nada, no se dejaba distraer de lo definitivo —fuera el que fuera su tamaño— un ser de seriedad extrema, en comparación con el cual todos los demás eran pueriles. En cuanto descubrió a Fryderyk, ella quiso saber, apasionadamente, cómo aquel huésped la acogería —si iba a aceptarla o a repudiarla, junto con la verdad que ella había descubierto en sí misma.

Claro que era capaz de imaginar que él no fuera creyente —ello se echaba de ver por una cierta cautela, por la distancia que ella guardaba. Ella sabía que entre ambos se abría aquel abismo, y a pesar de

todo esperaba que él la reconociera y la justificara. Todos aquellos a quienes ella había encontrado hasta entonces eran creyentes, pero no ahondaban bastante —en cambio aquél, el incrédulo, era de una hondura sin fondo, y por lo tanto no podía dejar de reconocer la hondura que en ella había; era "definitivo", y por consiguiente tenía que comprender lo definitivo en ella— tenía que "saberlo", que "entenderlo", que "sentirlo". Amelia se arrojó a contrastar lo definitivo suyo con lo del otro: tengo para mí que se sentía como un artista provinciano que por primera vez logra enseñar su producción a un entendido —pero su producción era ella misma, su propia vida era la obra para la cual pedía aprecio. Y sin embargo, según queda dicho, no era capaz de exteriorizar todo aquello, y probablemente no hubiera podido forzarse a hacerlo aunque no se diera el obstáculo del ateísmo en él. Pero no por ello dejaba de sentirse removida en toda su propia hondura al lado de la hondura ajena, y se esforzaba, con toda su tensión y su benevolencia, por darle por lo menos a entender cuánto contaba él para ella y cuánto esperaba ella de él.

Por lo que toca a Fryderyk, se comportaba como siempre, impecable y con el mayor tacto. Pero su bajeza, la misma que mostró cuando, mientras rastrillaba, confesó su derrota, comenzó a manifestarse progresivamente bajo el influjo de Amelia. Era la bajeza de la impotencia. Todo aquello recordaba muchísimo una copulación —espiritual, claro. Amelia reclamaba que él reconociera, si no el Dios de ella, por lo menos su fe, pero aquel hombre no era capaz de hacerlo, y estaba condenado al perpetuo terror del mero ser, de lo frío e incapaz de entrar en calor —él era lo que

era— y sólo observaba a Amelia para constatar que ella era lo que era. Lo cual, precisamente bajo la irradiación del calor de ella, se aparecía como una impotencia cadavérica. Y el ateísmo de él crecía bajo el influjo de aquel ateísmo, y estaban ya enredados en aquella fatal contraposición. Y asimismo su corporeidad crecía bajo el influjo de tanta espiritualidad, y por ejemplo su mano se volvía muy pero que muy mano (lo cual, no sé por qué, me hacía pensar en una lombriz de tierra). Se nos cruzaron las miradas, y la de él estaba desnudando a Amelia, exactamente como hace un Don Juan con una muchachita, y evidentemente pensaba cómo sería ella desnuda —no, desde luego, por ningún impulso erótico, sino simplemente para saber mejor con quién estaba hablando. Bajo aquella mirada, ella se encogió y de pronto se sumió en el silencio —había comprendido que para él ella no era más que lo que era para él, y nada más.

Esto ocurría en la terraza, después del almuerzo. Ella se levantó de su butaca y le dijo:

—Tenga la bondad de ofrecerme su brazo. Vamos a pasear un poco.

Se apoyó en el brazo. Acaso quería, de aquel modo, mediante el contacto físico, acostumbrárselo y vencer su corporeidad. Se fueron los dos muy juntitos, como una pareja de enamorados, y los seis que quedábamos nos fuimos tras ellos como un cortejo nupcial —y en verdad que aquello parecía una novela rosa: ¿no habíamos acompañado a Henia y Waclaw del mismo modo, poco antes?

Una novela rosa, pero trágica. Doy por supuesto que Amelia sintió un ligero estremecimiento desagradable cuando sorprendió aquella desnudadora mirada

de él, ya que nunca nadie la había tratado de aquel modo: desde sus años más tempranos, la rodearon el respeto y el afecto de todo el mundo. ¿Qué sabía él, pues, y qué especie de saber era aquél, para que pudiera tratarla de aquel modo? Ella estaba absolutamente segura de que la sinceridad de su esfuerzo espiritual, con el cual se había ganado la simpatía de las gentes, no podía ponerse en duda, y por consiguiente no temía por sí misma, temía por el mundo —ya que a la visión que del mundo tenía ella se oponía otra, no menos seria, dictada también por un instinto de retirada hasta las últimas y definitivas posiciones...

Aquellas dos seriedades caminaban juntas, cogidas del brazo, por un ancho prado, y el sol ya se ponía y se iba volviendo rojo y gigantesco, y largas sombras surgían de nosotros. Henia iba con Waclaw. Hipolit con María. Yo solo. Y Karol. Aquella pareja precediéndonos, sumida en su diálogo. Pero el diálogo era de poca monta. Hablaban de... Venecia. En cierto momento ella se detuvo.

—Mire alrededor, se lo ruego. ¡Qué hermoso es esto!

El contestó:

—Sí, desde luego. Muy hermoso.

Dicho sólo por asentir.

Ella tuvo un sobresalto, con súbita impaciencia. La respuesta no tenía valor alguno —era sólo el evitar una respuesta— aunque dicha atentamente e incluso con sentimiento —pero con el sentimiento de un actor. Ella, en cambio, reclamaba un sincero entusiasmo por el crepúsculo que era obra de Dios, y quería que él adorara por lo menos al creador en sus obras.

Toda la pureza de ella se encerraba en aquella exigencia.

—Pero por favor, mire de verdad, diga la verdad. ¿No es esto hermosísimo?

Entonces, llamado al orden, él se concentró, se esforzó manifiestamente, y en efecto puso toda la sinceridad que pudo, incluso una cierta emoción, en decir:

—¡Sí lo es, y mucho, sin duda que es hermoso, una maravilla!

Ella ya no podía pretender más. Estaba claro que él se esforzaba por hacer las paces. Pero siempre aquel fatal don suyo: cada vez que decía algo, parecía que lo dijera por no decir otra cosa... ¿Qué? Amelia se decidió a poner los naipes boca arriba, y sin dar un paso más afirmó:

—Usted es ateo.

Antes de pronunciarse sobre materia tan delicada, él arrojó sendas miradas a derecha e izquierda, como si inspeccionara el mundo. Y dijo, porque debía decirlo, porque no tenía otra cosa que decir, porque la respuesta ya venía dictada por la pregunta:

—Soy ateo.

¡Pero también aquello lo decía por no decir *otra cosa!* ¡Uno lo sentía! Ella cayó en el silencio, como si le hubieran amputado la posibilidad de una polémica. De ser él verdaderamente un no-creyente, ella hubiera podido luchar con él, y entonces se hubiera demostrado lo "definitivo" que había en sus principios, y sí, entonces habría ella peleado con él de igual a igual. Pero para él las palabras sólo servían como encubrimiento... de otra cosa. ¿De qué? ¿De qué? Si él no era ni creyente ni descreído, ¿qué era, pues? Se abría

un paisaje de desdibujamientos, una extraña cualidad "otra", por la que ella se extraviaba, aterida y perdiendo pie.

Dio la vuelta hacia la casa, y nosotros tras ella, arrojando sombras largas de quilómetros, que se tumbaban por aquella pradera alcanzando hasta lugares lejanos e ignorados, al borde de los campos de cáñamo. Un maravilloso crepúsculo. Ella tenía —yo lo habría jurado— lo que se dice el corazón en un puño. Caminaba sin prestar ya atención a Fryderyk, que sin embargo la seguía dócilmente —como un perrito. Ella perdía pie... era como si el arma se le hubiera caído de la mano. Nadie había atacado su fe —no tenía por qué defenderla— Dios estaba de más ante un ateísmo que era sólo un embozo —y ella se sentía sola, sin Dios, sin más defensa que la propia ante aquella existencia apoyada en algún principio no vislumbrado por ella. Y precisamente aquello —el dejar de vislumbrar— la comprometía a ella. Demostraba que cuando el espíritu católico echa a andar por el camino real, puede encontrarse con algo que no conoce, que nunca previó, que no domina. De pronto, ella se encontraba agarrada de un modo inesperado —¡y en Fryderyk, ella misma se transformaba en un ser inconcebible!

Por aquel prado, en aquel atardecer, nuestra paseante comitiva se arrastraba como una serpiente. Un poco retrasados, ligeramente desviados hacia la izquierda, iban Henía con Waclaw, ambos muy modosos, civilizados, sumidos en sus familias —él, hijo de su madre— ella, hija de sus padres —y el cuerpo del abogado no dejaba de sentirse a sus anchas junto a la niña de dieciséis años, ya que en suma ganaba el te-

ner dos madres y un padre. Y Karol iba solo, por su lado, con las manos en los bolsillos, aburriéndose, o tal vez ni siquiera se aburría, y no hacía más que posar los pies en aquella hierba, el izquierdo, luego el derecho, luego el izquierdo, luego el derecho, luego el izquierdo, en una anchurosísima verde inactividad, bajo el sol poniente que se hundía y caldeaba, en tanto que un airecillo refrescaba —e iba posando y posando los pies, ora aquí, ora allí, y muchas veces alargaba los pasos, y muchas veces los apresuraba, y finalmente llegó hasta la altura de Fryderyk (que iba con doña Amelia). Y por unos momentos caminaron uno al lado del otro. Karol dijo a Fryderyk:

—Usted podría darme una chaqueta.

—¿Para qué?

—La necesito. Cambalache.

—¿Y a mí qué, si la necesitas?

—¡La necesito! —repitió Karol con descaro, riendo.

—Te la compras —repuso Fryderyk.

—Ni un real.

—Yo tampoco.

—¡Usted podría darme una chaqueta!

La señora apresuró su marcha —Fryderyk también— y Karol también.

—¡Usted podría darme una chaqueta!

—¡Usted podría darle una chaqueta!

Era Henia. Se les había juntado. El prometido quedó un poco atrás. Ella iba con Karol, y la voz, y los movimientos, eran como los de él.

—¡Usted podría darle una chaqueta!

—¡Usted podría darme una chaqueta!

Fryderyk se detuvo, levantó los brazos cómicamente:

—¡Dejarme en paz, chiquillos!

Amelia se apresuraba cada vez más, sin mirar a su alrededor, con lo cual parecía que la persiguieran. Y, en verdad —¿por qué no había vuelto la cabeza una vez por lo menos? Aquel error tuvo como consecuencia el que se encontrara huyendo de una chusma de adolescentes (mientras su hijo quedaba en segundo plano). Pero la cuestión era de quién huía: ¿de ellos o de él, de Fryderyk? ¿O acaso de él con ellos? No parecía creíble que hubiera olisqueado algo de los asuntillos que se tramaban entre los jóvenes, no, para aquello no tenía olfato, y para ella eran demasiado inferiores —ya que Henia sólo cobraba importancia con Waclaw y en tanto que novia, pero Henia con Karol, aquello era una chiquillería, era juventud. Si, pues, huía, era de Fryderyk, de la confianza que Karol se tomaba con él —algo para ella incomprensible— algo que de pronto había nacido allí, junto a ella, que ella tocaba... Porque, asaltado por un joven, aquel hombre se reducía a la nada y perdía la seriedad que se había formado en relación a ella... ¡Y semejante familiaridad era apoyada por la voz de la novia de su hijo! ¡Y la huida de Amelia era una confesión de que lo notaba, de que había tomado nota!

Cuando se hubo alejado, aquellos dos empezaron a atosigar a Fryderyk por lo de la chaqueta. ¿Porque ella se había alejado? ¿O porque no eran capaces de imaginar otra broma? No necesito añadir que Fryderyk, aunque tambaleándose bajo el asalto juvenil y presentando el aspecto de alguien que de noche, en un suburbio, ha caído en el cerco de una pandilla de

gamberros, tomó las mayores precauciones para no sacar del cobijo a ningún "lobo de los bosques", para no llamar al desconocido lobo que él temía siempre. En seguida corrió a juntarse con Hipolit y María, para abogar aquellas impertinencias bajo su charla, e incluso llamó a Waclaw, para entregarse con él a una conversación ordinaria y reposante. Y todo el resto del atardecer se estuvo quieto como un ratoncillo, sin mirarlos una sola vez, a Karol ni a Henia, a Karol con Henia, y procuró disminuir la tensión y alcanzar tranquilidad. Seguramente temía aquel surtidor de profundidad que Amelia estuvo a punto de abrir. Lo temía incluso en combinación con la trivial y juvenil ligereza, con aquella falta de peso, sentía que aquellos dos órdenes no podían coexistir; de modo que temía una erupción y una irrupción de... ¿qué? ¿De qué? Sí, sí, tenía miedo de aquella mezcla explosiva, temía aquella A (o sea, "Amelia") multiplicada por (H — K). De modo que, ¡orejas gachas, la cola entre las piernas, y a callar, pst! Y a tanto llegó que cenando (lo cual tuvo lugar en familia, ya que a los refugiados de la región de Lwow se les llevó la cena arriba) brindó por la felicidad de los novios, deseándoles de todo corazón todas las prosperidades. En verdad, no se podía pedir más. Por desgracia, operó también entonces aquel mecanismo por el cual Fryderyk se enredaba tanto más cuanto más quería retirarse —pero entonces operó de modo especialmente violento, incluso dramático. Con sólo ponerse de pie, con el súbito surgir de su persona entre los sentados, despertó una indeseable inquietud, y doña María no pudo contener un "ay" nervioso —porque no se sabía qué iba a decir él, qué era capaz de decir. De todos modos

las primeras frases tuvieron un efecto calmante, fueron convencionales, salpicadas de humorismo —balanceando la servilleta dijo agradecer que endulzaran su soltería gracias a un noviazgo tan conmovedor, y con algunos períodos bien redondeados caracterizó de simpática manera a los novios... Hasta que no prosiguió su discurso no empezó a apuntar, detrás de lo que decía, lo que no decía —¡oh, el cuento mismo de siempre!... Y finalmente, para espanto del propio orador, se vio claro que el discurso sólo servía para distraer nuestra atención del discurso real que se iba desarrollando en silencio, y expresando lo que las palabras no abarcaban. Al través de las bien compuestas frases tomó la palabra su propio entero ser, y nada podía acallar aquella cara, aquellos ojos que expresaban no se sabía qué despiadados hechos —y él, sintiendo que se volvía horrible, y por lo tanto peligroso para sí mismo, hacía todos los posibles por agradar, y dejaba fluir una conciliadora retórica, de espíritu archimoral, archicatólico, y "la familia era una célula social", y dale que te dale con "las venerandas tradiciones". Pero a la vez abofeteaba la cara de Amelia y la de todos con su propia cara, absolutamente desprovista de ilusiones e irrevocablemente presente. La fuerza de su "lenguaje" era en verdad inaudita. Fue el discurso más descorazonador que he oído nunca. Y se podía ver cómo aquella fuerza, encerrada entre paréntesis, coceaba sin embargo al orador, como la de un caballo.

Concluyó hablando de felicidad. Dijo algo por el estilo de:

—Señores míos, merecen ser felices, de modo que serán felices.

Lo cual significaba:

—Hablo por hablar.

Doña Amelia dijo sin dejar pausa:

—¡Se lo agradecemos mucho, muchísimo!

El entrechocar de las copas disipó el terror. Amelia, infinitamente cortés, se concentró en sus deberes de ama de casa: "...tal vez alguien quiere un poco más de carne... tal vez un poquitín más de wodka...". Todos se pusieron a hablar, simplemente por oír sus propias voces, y entre el rumoreo nos sentimos más cómodos. Se sirvieron pasteles de queso. Al terminar la cena doña Amelia se levantó y pasó a las dependencias del servicio, pero los demás, ya animados por la wodka, nos quedamos a bromear, y contábamos a la señorita lo que antes de la guerra se acostumbraba a comer en tales ocasiones, y a qué requisitos tenía que renunciar. Karol reía como un buen muchacho, llenando las copas de todo el mundo. Observaré que Amelia, cuando volvió, se sentó de un modo raro —primero quedó de pie junto a la silla, y al cabo de un rato, como obedeciendo a una orden, se sentó— pero no tuve tiempo para cavilaciones, porque en seguida se cayó de la silla al suelo. Todos se levantaron de un salto. En el suelo vimos una mancha roja. De la cocina llegó griterío de mujeres, y luego tronó un disparo tras la ventana, y alguien, probablemente Hipolit, cubrió la lámpara con una chaqueta. Tiniebla y otro tiro. Violento cerrar de puertas. Amelia llevada a un sofá, febril actividad en la penumbra... La chaqueta que cubría la lámpara empezó a chamuscarse, la pisaron, no sé cómo todo se quedó de pronto tranquilo y callado, escuchamos, y Waclaw me puso en las manos un rifle de dos cañones y me empujó a la sala contigua, hasta la ventana: "¡Ojo avizor!". Oteé

la calmada noche de jardín y luna, y una hoja medio seca, en una rama a que daba la ventana, mostraba a cada instante su barriguita plateada. Con el arma bien agarrada, vigilé que no saliera nada de allí, del lugar donde se iniciaba la humedad de los troncos. Pero no se movió más que un pájaro, entre los matorrales. Hasta que al fin una puerta golpeó, alguien dio un grito... De nuevo conversaron, y comprendí que el pánico había pasado.

Doña María apareció junto a mí:

—¿Sabe usted algo de medicina? Venga usted. Se está muriendo. La han apuñalado... ¿Sabe usted algo de medicina?

Amelia estaba tendida en el sofá, con la cabeza en un almohadón, y estaba lleno de gente —aquella familia refugiada, criados... La inmovilidad de aquellas gentes me irritó, de ellos se desprendía una impotencia tal... la misma que a menudo se manifesta en Fryderyk... Se retiraron lejos de Amelia y la dejaron que hiciera sola su acto de despedida. No eran ya más que un público. El perfil de Amelia se destacaba, inmóvil como un canto de peña, y en las cercanías estaban Waclaw, Fryderyk, Hipolit— quietos de pie... ¿Tardaría mucho en morir? En el suelo, una jofaina con algodón y sangre. Pero el cuerpo de Amelia no era el único que yacía en aquel cuarto: también allá en la esquina, en el suelo, había otro... Yo no sabía nada, a qué venía aquello, ni siquiera podía distinguir lo que estaba allí tumbado, y sin embargo tuve una incierta impresión de algo erótico... de que un elemento erótico se había inmiscuido... ¿Karol? ¿Dónde estaba Karol? Con la mano en el respaldo de una silla, estaba de pie como los demás, pero Henia se había arrodillado, con

ambas manos en una butaca. Y todos se volvían hacia Amelia, hasta el punto de que no pude fijarme en aquel otro cuerpo, superfluo e imprevisto. Nadie se movía. Pero la miraban tensos, y en ellos se leía la pregunta de cómo iba a morirse —porque de ella había que esperar una muerte más digna que las ordinarias, y de ella la esperaban su hijo, e Hipolit y María, y el propio Fryderyk, que no desviaba de ella la mirada. Era paradojal que esperaran la actuación de una persona que no podía moverse, de un ser paralizado que a pesar de todo era el único destinado a actuar. Y ella lo sabía. De pronto doña María se marchó corriendo y volvió con un crucifijo, y fue como una llamada a la acción dirigida a la moribunda, y a nosotros se nos cayó del corazón el peso de la espera —por fin sabíamos que la función iba a empezar, y María se colocó con su crucifijo junto al sofá.

Entonces ocurrió algo tan escandaloso a pesar de su sutileza, que casi nos sentimos golpeados... La moribunda, en cuanto vio la cruz, ladeó la mirada hacia Fryderyk y la enredó con la de él. Era algo increíble, a nadie se le hubiera ocurrido la posibilidad de que fuera esquivada la cruz, que quedó en las manos de María como una cosa inútil —y precisamente al esquivarla cobraba una enorme importancia la mirada que doña Amelia dirigía a Fryderyk. No le perdía de vista. El pobre Fryderyk, aprisionado por la mirada de la agonizante, o sea por una mirada peligrosa, se puso rígido —quedó pálido y casi en posición de firmes— se miraban uno a otro. María seguía con su cruz, pero pasaban los minutos y seguía siendo inútil —aquel pobre crucifijo que no participaba en nada. Para aquella santa, ¿podía en el momento de la muer-

te volverse Fryderyk más importante que el Cristo? ¿Estaba realmente enamorada de él? Pero no era amor, se trataba de algo más personal: aquella mujer veía en él a un juez, no sabía resignarse a morir sin haberle convencido, sin haber demostrado que ella no era menos "definitiva" que él, que era igualmente fundamental como principio y como fenómeno, no menos importante. Hasta tal punto estimaba la opinión de él. Pero el que no volviera al Cristo para pedirle el reconocimiento y la justificación de su existencia, sino a él, a un mortal, sólo porque estaba dotado de una excepcional conciencia —aquello representaba para ella una asombrosa herejía, un desprenderse de lo absoluto en favor de la vida, una confesión de que no Dios sino el hombre tiene que juzgar a los hombres. Entonces yo no lo comprendía tal vez tan claro, y sin embargo me estremecí al ver cómo se ligaba con su mirada con un ser humano, mientras que Dios, en las manos de doña María, no merecía atención.

Su agonía, que en realidad no adelantaba bajo la presión de nuestra concentración y nuestra expectativa, se hacía más tensa a cada instante —y éramos nosotros los que la cargábamos con nuestra tensión. Pero yo conocía a Fryderyk bastante como para temer que, entonces que se le presentaba algo tan refinado como una muerte humana, no pudiera contenerse y cometiera una indecencia... Y sin embargo estaba en posición de firmes, tieso como en la iglesia, y lo único que se le hubiera podido reprochar era que de vez en cuando, sin querer, su mirada esquivaba la de Amelia para hundirse en las lejanías de la estancia, allí donde yacía aquel segundo cuerpo, para mí enigmático y que además no veía bien desde mi lugar; pero las desviacio-

nes, cada vez más frecuentes, de las miradas de Fryderyk me decidieron por fin a examinarlo... Me acerqué a aquella esquina. ¡Qué espanto, o qué emoción, cuando vi (un muchacho) cuya esbeltez era una repetición de la esbeltez (de Karol) —allí tumbado y vivo, y lo que es más, una personificación de la hermosura rubia, dorada, con inmensos ojos oscuros— y su tez morena y su delgadez se dispersaban por la indómita maraña de sus brazos y de sus pies descalzos!

Un rubito salvaje, felino, descalzo, campesino, pero colmado de hermosura, y que respiraba —un soberbio y sucio semidiós, que desparramaba por los suelos su acre seducción. ¿Aquel cuerpo? ¿Aquel cuerpo? ¿Qué tenía que ver aquel cuerpo con todo lo de allí? ¿Por qué yacía allí? Fuera como fuera... era una repetición de Karol, pero unos cuantos peldaños más bajo... Y de pronto aumentó la juventud en la estancia, no sólo en número (porque dos es una cosa, pero tres es otra), sino que también mudó su calidad, se hizo más fiera y más baja. Y en seguida, como percutido, se animó el cuerpo de Karol, robustecido, potenciado, y Henia, aunque piadosa y de rodillas, se precipitó con toda su blancura en la esfera de un pecaminoso y enigmático entendimiento con ambos. Al mismo tiempo, el adiós de Amelia se maculó, se volvió un poco suspecto— ¿qué la unía pues a aquel hermoso patán, por qué había mezclado a aquel (muchacho) en la hora de su muerte? Comprendí que aquella muerte tenía lugar en circunstancias equívocas, mucho más equívocas de lo que pudiera parecer...

Fryderyk, distraído, había metido una mano en el

bolsillo del pantalón, pero la retiró en seguida y se quedó con ambas manos colgantes.

Waclaw se arrodilló.

Doña María sostenía incansable la cruz, porque no podía hacer otra cosa —era imposible arrumbarla a un rincón.

Un dedo de Amelia se estremeció, se enderezó y empezó a hacer señas... Señas y señas... Se las hacía a Fryderyk, quien, lenta y cautelosamente, se le acercó. Ella añadió una seña con la cabeza, hasta que él se inclinó sobre ella, y entonces dijo la moribunda, en voz inesperadamente alta:

—No se vaya, se lo ruego. Verá usted. Quiero que lo vea. Todo. Hasta el fin.

Fryderyk inclinó la cabeza y se apartó a un lado.

Hasta entonces no dirigió ella su mirada al crucifijo, y probablemente rezó, a juzgar por los temblores que a menudo corrían por sus labios —y por fin la cosa marchó como debía: la cruz, ella rezando, nosotros concentrados— y duró infinitamente, y la huida del tiempo era la única medida del celo de aquellas oraciones sin fin, que no lograban desprenderse de la cruz. Y aquella inmóvil concentración, casi muerta y sin embargo vibrante, creciente con el tiempo, la santificaba, mientras Waclaw, Hipolit y su mujer, Henia, los sirvientes, la acompañaban arrodillados. Fryderyk se arrodilló también. Pero en vano. Porque a pesar de todo, y aunque ella estuviera tan absorta en la cruz, seguía imperando su voluntad de que él lo viera todo. ¿Por qué lo quería? ¿Para convertirle con un esfuerzo último, antes de la muerte? ¿Para mostrarle cómo se muere a lo católico? Quisiera lo que quisiera, allí la instancia última era Fryderyk y no el Cristo:

aunque ella rezara a Cristo, era para Fryderyk, y no servía de nada el que él hubiera caído de rodillas —él y no el Cristo se había convertido en el Juez y Dios supremo, y para él se ejecutaba aquella agonía. Qué penosa situación— y me sorprendió que él se escondiera la cara en las manos. Tanto más, que los minutos pasaban y todos sabíamos que con cada uno huía la vida— pero precisamente por ello prolongaba la agonizante la plegaria, para que se tensara como una cuerda, hasta el extremo. Y de nuevo se enderezó su dedo e hizo señas, entonces a su hijo. Waclaw se adelantó, rodeando a Henia con el brazo. El dedo apuntó derechamente a ambos, y la anciana dijo apresurada:

—Juradme en seguida, ahora... Amor y lealtad. Rápido.

Acercaron las cabezas a las manos de ella, Henia se echó a llorar. Pero otra vez se enderezó el dedo e hizo señas, aquella vez en dirección a la esquina —a la esquina donde estaba el yacente de la esquina... Se produjo un movimiento. Lo levantaron —y vi que estaba herido: en el muslo, me parece— lo llevaron hasta ella. Ella movió los labios, y yo creí que por fin iba a enterarme, a saber de qué se trataba a propósito de aquel (muchacho), y también sangrante —a saber qué había entre ellos... Pero de pronto ella tuvo un ahogo, uno y luego otro, y se puso pálida. Doña María alzó la cruz. Doña Amelia clavó la mirada en Fryderyk y murió.

SEGUNDA PARTE

8

El arrodillado Fryderyk se incorporó y se plantó en el centro del salón.

—¡Rendidle honores! —gritó—. ¡Veneradla!

Tomó de un jarrón unas rosas y las arrojó al pie del sofá, y luego tendió la mano a Waclaw.

—¡Un alma digna de los coros angélicos! ¡Tenemos que agachar todos la frente!

En labios de cualquiera de nosotros, tales palabras habrían sido teatro, y no digamos la gesticulación, pero él nos horadaba con todo aquello, poderoso como un rey a quien el patetismo está permitido —que da entrada a otra naturalidad, más alta que la ordinaria. ¡Un rey soberano y un maestro de ceremonias! Waclaw, arrastrado por la soberanía de aquel patetismo, separó del suelo sus rodillas y le estrechó la mano con calor. Al parecer, la finalidad de la intervención de Fryderyk era borrar todas las notables inconveniencias que oscurecían aquella muerte, y devolverle todo su esplendor. Dio unos pasos hacia las derecha, luego hacia la izquierda, como si desparramara por entre nosotros, y se acercó al yacente (muchacho).

—¡De rodillas! —ordenó—. ¡De rodillas!

La orden era por una parte una prosecución de las anteriores órdenes, y por lo tanto muy natural, pero por otra parte era una torpeza, ya que se diri-

gía a un herido imposibilitado para moverse; y la improcedencia aumentó cuando Waclaw, Hipolit y Karol, aterrorizados por su autoridad, se precipitaron a poner al (muchacho) en la postura exigida. ¡En verdad, era exagerado! Pero cuando las manos de Karol agarraron al (muchacho) por los sobacos, Fryderyk se encogió, enmudeció y se apagó.

Me sentí mareado y agotado... tantas impresiones... pero le conocía bien... y sabía que una vez más había empezado con nosotros un nuevo juego... Bajo la tensión producida por el cadáver, se desarrollaba alguna campaña orientada a algún fin escondido en sus artes imaginativas. Todo era intencionado, aunque tal vez la intención no la comprendiera ni él mismo; tal vez cupiera decir que él tenía sólo conciencia de la introducción a una intención —pero mucho me hubiera sorprendido que se tratara de un homenaje a Amelia— no, de lo que se trataba era de inmiscuir con nosotros aquel yacente, con todo su drástico y complicado sentido, de "sacarle a la luz", de presentarlo y de "enlazarlo" con Henia y Karol. ¿Pero qué enlace podía darse entre ellos? Sin ninguna duda, aquella fiereza de dorado centelleo sólo concordaba con nuestra pareja por el hecho de que también tenía dieciséis años, pero por lo demás yo no veía ninguna conexión, y creo que tampoco la veía Fryderyk —pero obraba ciegamente, dejándose guiar por la misma incierta sensación que tenía yo, la de que el yacente potenciaba a los otros dos... los endiablaba... Y por ello Fryderyk abría al yacente el camino hacia ambos.

Hasta el siguiente día (todo él ocupado con los preparativos para el entierro) no supe algo más sobre la fatal ocurrencia, que era muy enredada, extraña

BIBLIOTECA PUBLICA PILOTO
DE MEDELLIN PARA AMERICA LATINA

e inquietante. No era fácil reconstruir los hechos, presentaban desesperantes lagunas —tanto más que los únicos testigos, precisamente aquel tal Józiek, Józiek Skuziak, y la vieja criada Waleria, se extraviaban por el caos de sus cabezas sin experiencia ni cultura. Todo parecía indicar que doña Amelia, al llegar a las dependencias del servicio, oyó pasos por la escalera que bajaba a la cocina, y allí dio con el tal Józiek, que se había introducido en la casa para ratear algo. Al oír que ella subía, él entró por la primera puerta que encontró, y dio en la alcoba de la criada, despertando a Waleria que se apresuró a encender una cerilla. El curso ulterior del suceso se sabía principalmente por el tartamudeante informe de ella:

—Cuando tengo la cerilla encendida y veo que allí está uno, el susto que me pegué, tanto que ni moverme podía, y la cerilla que me quemó los dedos, todo el dedo que lo tengo quemado. Y la señora que se está en la puerta mirándole, y tampoco ella se movía nada. Se me apagó la cerilla. No se veía nada, la ventana estaba cerrada, yo que me quedo en la cama y miro bien y no veo nada, todo estaba a oscuras. Si por lo menos les oyera andar, pero nada, nada, como si no estuviera nadie. Yo tumbada, encomendándome al Señor, y nada, todo callado. Yo que miro al suelo, que la cerilla todavía brillaba, pero no daba luz, y luego se apagó. Nada, si por lo menos respiraran, pero nada. Y de pronto... —allí se atragantó, como si un obstáculo le interrumpiera el discurso— de pronto... así como suena... ¡la señora que se arroja! ¡Dale, a él!... Se le mete por las piernas, yo qué sé... ¡Y los dos por el suelo!... Yo qué sé, pobre de mí, líbreme el Señor, pero si por lo menos hubieran sol-

tado un taco... Pero nada, nada, no hacían más que rodar por los suelos... Yo bien quisiera ayudar, pero qué va, se me helaron las sangres, y entonces oigo un cuchillo que pincha en carne, una vez, dos veces, otra vez un cuchillo que da en carne, y luego los dos que se marchan y me dejan sola. Y nada más... Y entonces sí que me desmayo de veras. ¡Me desmayo!

Waclaw comentaba con vehemencia aquel relato:

—¡Es imposible! ¡No puede haber ocurrido así! ¡No puedo creer que mi madre... se comportara de tal modo! Esta mujer está chalada a fuerza de tontería. ¡Prefiero el cacareo de una gallina! —gritó—. ¡Mejor el cacareo de una gallina!

Y se secaba la frente.

Pero las declaraciones de Skuziak coincidían con lo dicho por Waleria: la señora fue la primera en arrojársele encima, y le tumbó a él, porque se le arrojó "entre los pies". Con un cuchillo. Y no sólo mostraba la cadera y el muslo cortados, sino también claras señales de mordiscos en el cuello y en los brazos.

—Mordía. Le arranqué el cuchillo de las manos, y entonces ella cayó encima del cuchillo, yo me arrojé a un lado y me desprendí, pero entonces el mayordomo me pega un tiro, y las piernas me fallan y caigo, y entonces me cogieron.

Que Amelia hubiera "caído encima" del cuchillo, aquello no lo creía nadie.

—Mentira —decía Fryderyk—. Y en cuanto a los mordiscos, Dios mío, en una lucha a muerte, en una pelea desesperada con un rufián armado... porque el cuchillo lo tenía él y no ella... bueno, fueron los nervios... No hay que sorprenderse. El instinto, ya saben ustedes, el instinto de conservación...

Así hablaba él. A pesar de todo, aquello era por lo menos desconcertante... y repelente... Doña Amelia, emprendiéndola a mordiscos con... Y en cuanto al cuchillo, la cosa estaba clara, porque resultó ser un cuchillo de cocina de Waleria, largo y afilado, que ella usaba para cortar el pan. Y daba la casualidad de que el cuchillo se encontraba en la mesilla de noche, junto a la cama, precisamente por donde entraba Amelia. De modo que Amelia había tanteado y agarrado el cuchillo en la oscuridad, y se había arrojado sobre él...

El asesino de Amelia iba descalzo, tenía grises las plantas de los pies, y en él centelleaban dos colores más bien vulgares —el oro de los rizados mechones que le caían sobre la negrura de los ojos, en una oscuridad como de charca en el bosque. Pero aquellos colores desaparecían junto al noble y puro brillo de los dientes, de una blancura que lo enlazaba con...

¿Y qué? ¿Y cómo? Pues que resultaba que doña Amelia, encontrándose en el oscuro cuchitril frente a aquel (muchacho), atenazada por una ansiedad creciente, no pudo resistir y... tanteó y... encontró el cuchillo. Y al agarrarlo, se volvió una fiera. Se precipitó a matarlo, y cuando los dos cayeron juntos mordió como una loca. He aquí lo que resultaba. ¿Ella? ¿Con su santidad? ¿A su edad? ¿Ella, la modélica, con su Dios, con principios, con todo su pasado, con su ley moral? ¿No era aquello una fantasía nacida en las tenebrosas cabezas de la cocinera y del mozo labriego, una leyenda brutal cortada según el patrón de ambos, una distorsión de lo ocurrido en la oscuridad, que nadie podría reconstruir nunca? La oscuridad del cuartucho se doblaba con la oscuridad de aquellos

cerebros y Waclaw, desmoralizado con tantas oscuridades que le dejaban sin suelo firme que pisar, no sabía lo que se hacía: aquello le mataba a la madre más de lo que había hecho el cuchillo, se la envenenaba y desfiguraba y no sabía cómo rescatarla, cómo desgajarla de aquella furia que dejó la huella de los dientes en el cuerpo de dieciséis años, de aquel cuchillo con que ella atacó. Que ella muriera de semejante modo, le hacía trizas la vida a él. Fryderyk se esforzaba por animarle, tan bien como sabía. Le decía:

—No podemos fiar en las declaraciones de esa gente. Para empezar, no vieron nada, ya que estaban a oscuras. En segundo lugar todo eso no se parece en nada a su señora madre, no casa con ella —y lo único que podemos asegurar, pero, esto sí, con absoluta certidumbre, es que no pudo ocurrir según lo cuentan. Tiene que haber ocurrido de otro modo, en el seno de aquella tiniebla tan impenetrable para ellos como para nosotros... Esto es absolutamente cierto, sobre este punto no hay lugar a la menor duda... aunque, naturalmente, cuando uno se encuentra a oscuras, pues... ("¿Pues qué, pues qué?", preguntó Waclaw, al ver que Fryderyk vacilaba)... bueno... pues la oscuridad, ya sabe usted... la oscuridad es algo... desquicia mucho... Hay que recordar que las personas vivimos en un mundo. A oscuras desaparece el mundo. Ya sabe usted, no tenemos nada alrededor, nos quedamos solos. Claro que lo sabe usted. Naturalmente nos lo sabemos de memoria, que cada vez que apagamos las luces, nos quedamos a oscuras, pero ello no empece que en ciertos casos la oscuridad nos ciega por completo, ya me entiende usted... Pero por muy a oscuras que estuviera, doña Amelia seguiría siendo doña Ame-

lia, digo yo. Aunque claro está que en tales casos la oscuridad encierra algo en su seno, algo... ("¿Qué?", preguntaba Waclaw, "¡dígalo por fin!")... Nada, nada, tonterías... ("¿Pero qué?")... Pero nada —sólo que... ese mozo, un patán desde luego, a lo mejor incluso analfabeto... ("¿Pero qué tiene que ver, que sea analfabeto o no?")... Nada, nada, sólo quiero decir eso, claro... que lo oscuro a lo mejor esconde juventud... contiene un muchacho descalzo... y con un joven es más fácil hacer ciertas cosas que con... quiero decir, que si se tratara de una persona de importancia, la cosa cambiaría... ("¿A qué viene eso?")... Quiero decir con ello, que con un joven es más fácil, sí, más fácil precisamente, y además con la oscuridad, hacer cosas de esas con un joven que con un viejo, y... ¡No me pregunte más! —gritó Fryderyk, y estaba verdaderamente asustado, porque la frente se le cubrió repentinamente de sudor—. Todo es así, naturalmente que son cosas teóricas... Pero su señora madre... venga, ¡qué absurdo, imposible, locura! ¿No es verdad, Karol? ¿Qué dices, Karol?

¿Por qué se dirigía a Karol? Si estaba asustado, era el último a quien debía elegir. Pero Fryderyk era de los que llaman al lobo del bosque, precisamente porque no quieren llamarle —mediante su propio imantado terror, el terror que magnifica, que crea. Y una vez que lo había llamado, no sabía hacer más que excitarlo, que ponerlo fiero. Su conciencia era tan torturante, tan imprevisible, precisamente porque él no la experimentaba como una luz, sino tan sólo como oscuridad— era para él un elemento tan ciego como el instinto, no confiaba en ella, se sentía sometido a su poder, pero no sabía adónde le guiaba. Y era mal psi-

cólogo, porque tenía demasiada inteligencia y capacidad imaginativa —en su ancha visión de las personas podía caber todo— y por lo tanto era también capaz de imaginar a doña Amelia en toda situación.

Por la tarde Waclaw marchó a "arreglar el asunto con la policía", o sea a calmar su celo investigador mediante un considerable soborno —si los funcionarios se metían en aquello, cualquiera sabía cómo podía terminar. El entierro tuvo lugar a la mañana siguiente: una ceremonia abreviada, incluso claramente precipitada. Un día después volvimos a Powórna, y con nosotros se vino Waclaw, dejando la casa a la buena de Dios. No me sorprendió —comprendí que no quisiera separarse de Henia. En el primer coche iban las mujeres con Hipolit y Waclaw, y detrás el tílburi guiado por Karol, con Fryderyk y yo, y otra persona: Józiek.

Nos lo llevamos porque no sabíamos qué hacer con él. ¿Dejarle suelto? Era un asesino. Y además Waclaw no lo hubiera dejado suelto por nada del mundo: aquella muerte no era asunto concluido, no se le podía echar tierra encima... Y sobre todo, todavía tenía la esperanza de obtener otra versión de la muerte, una versión más decente, no tan escandalosa... Por esto yacía en el coche, tendido en paja, ante el asiento delantero, el homicida menor de edad, y Karol, que hacía de cochero, le tenía a sus pies —por lo cual se sentaba ladeado y ponía los pies en el guardabarros. Fryderyk y yo íbamos detrás. El coche bajaba y subía por el fijo oleaje del terreno, el paisaje se abría y se cerraba, los caballos trotaban entre el cálido vaho de los cereales y entre el polvo. Pero Fryderyk, sentado detrás, tenía a aquellos dos enfrente, en la combina-

ción descrita y no en otra— y los cuatro en aquel coche que iba de loma en loma formábamos también una combinación, no por cierto la peor, una fórmula significativa, un extraño compuesto... Y cuanto más callábamos más dibujada quedaba la figura que formábamos. Era inmensa la modestia de Karol, parecía como si su juventud salida de madre se hubiera retraído ante los trágicos acontecimientos, y se estaba tan quieto como podía, y además modoso, dócil... incluso se le había ocurrido ponerse una corbata negra. Pero de todos modos allí estaban los dos, muy cerca de Fryderyk y de mí, a medio metro, en el pescante. Ibamos avanzando. Los caballos trotaban. La cara de Fryderyk estaba continuamente vuelta hacia ellos —¿qué diablos esperaba ver? Ambas figuras gemelas eran como una sola figura, tanto las unía la fraternidad de la edad. Pero Karol dominaba al yacente, por sus riendas, por el látigo, por los pies calzados, por las perneras remangadas— y entre ambos no había ni simpatía ni comprensión. Más bien el filo que todo joven esgrime contra otro, un involuntario filo, e incluso una brutal enemistad. Y se echaba de ver que Karol nos pertenecía a Fryderyk y a mí, que era de los nuestros, que estaba con hombres de su clase frente a aquel compañero del pueblo, al cual vigilaba. Pero los teníamos ante nosotros, y fueron muchas horas de camino arenoso (que a veces se ensanchaba por un vasto paisaje y a veces se encajonaba entre murallas calizas), y estaban los dos ante nosotros, y no se sabía cómo pero aquello fermentaba, creaba algo, se fijaba en algo... Mientras que allá, más lejos, aparecía en una loma el coche en que viajaba ella —la novia. Aquel coche se mostraba y se escondía, pero no permitía que

se le olvidara: muchas veces pasaba largo tiempo sin que se le viera, y luego reaparecía —y los alabeados cuadrados de los campos y las cintas de prados, atados a nuestro desplazamiento, se arrollaban y se desenrollaban— y en aquella geometría ahogada en perspectivas, aburrida, pendía la cara de Fryderyk, con su perfil pegado al mío. ¿En qué pensaba? ¿En qué pensaba?... Íbamos en pos del coche, perseguíamos al otro coche. Avanzábamos. Los caballos trotaban. Sí, seguramente en aquello pensaba Fryderyk —o tal pensaba que yo lo pensaba— con su perfil pegado al mío, y yo ignoraba en cuál de los dos había nacido la cosa. Entretanto, a medida que, durante largas horas, nos arrastrábamos por el paisaje hasta por fin llegar a Powórna, los dos compañeros de edad acabaron por situarse del todo "frente a Henia", unidos por su relación con ella, atados a ella por aquel largo desplazamiento, siguiéndola a ella y precediéndonos a nosotros.

Llevamos al prisionero a una habitación vacía cuyas ventanas estaban enrejadas. Sus heridas no eran más que superficiales, y habría podido escapársenos. Cansados hasta la inconsciencia, caímos en las camas; dormí con un sueño pesado toda la noche y hasta entrada la mañana, y al día siguiente me asaltaban impresiones vagas, tenaces como una mosca que le busca a uno la nariz. No conseguí agarrar la mosca zumbona y siempre huyente —¿qué clase de mosca sería? Antes del almuerzo ya me la encontré, cuando pregunté a Hipolit no sé qué detalle de los recientes acontecimientos, y en su respuesta se traslucía un casi imperceptible cambio de tono— no es que me tratara con brusquedad, pero adiviné cierta altivez o cierto des-

precio, o tal vez fuera orgullo, como si estuviera ya harto de todo o tuviera cosas más importantes en que pensar. ¿Cosas más importantes que un asesinato? Y luego también en la voz de Waclaw oí algo —¿cómo decirlo?—, algo seco y tal vez también un dejo de orgullo. ¿Orgullosos estaban? ¿Orgullosos de qué? El cambio de tonillo era tan sutil como asqueroso, porque ¿cómo podía Waclaw levantar la barbilla dos días después de aquella muerte? —Y mis nervios irritados me dictaron de pronto la sospecha de que, en alguna región de nuestra atmósfera, había surgido un nuevo centro de presión y se levantaba un viento nuevo— ¿pero de qué especie? Algo estaba cambiado. Parecía que algo hubiera cambiado de orientación. Hasta el atardecer no tomaron una configuración más precisa aquellos temores, y fue cuando observé a Hipolit que atravesaba el comedor diciendo, y luego repitiendo en un cuchicheo:

—¡Una asquerosidad, señor mío, una asquerosidad!

Luego se dejó caer en una silla, en silencio... hasta que se levantó, hizo enganchar y se marchó. Entonces estuve seguro de que alguna novedad despuntaba, pero no quise hacer preguntas, y me limité, cuando en el crepúsculo vi que Fryderyk y Waclaw daban vueltas frente a la terraza, conversando, a unirme a ellos esperando enterarme de lo que se tramaba. Ni mucho menos. Volvieron a comentar lo ocurrido la antevíspera —y en el tono de antes— era una conversación confiada, a media voz. Fryderyk, con la cabeza gacha, mirándose los pies, insistió en el accidente mortal, consideró, pesó, analizó, buscó... hasta que Waclaw, sobre ascuas, empezó a defenderse, suplicó que le deja-

ran tranquilo, dio incluso a entender que aquello era una falta de tacto.

—¿Cómo? —exclamó Fryderyk—. ¿Cómo debo interpretar sus palabras?

Waclaw imploró compasión. Todo era tan reciente, todavía no se había acostumbrado, no alcanzaba a concebirlo. Sabía lo ocurrido, pero le parecía no saberlo: ¡había sido tan súbito, tan espantoso! Y entonces Fryderyk se le arrojó al alma, como un águila.

Comparación tal vez demasiado aérea. Pero se echaba de ver que atacaba —y que atacaba desde lo alto. En todo lo que dijo no había consuelo ni piedad, muy al contrario, contenía la pasión de que el hijo bebiera hasta las heces el cáliz de la muerte de su madre. Igual como los católicos reviven, minuto tras minuto, el Gólgota del Cristo. Dejó sentado que él no era católico. Que ni siquiera tenía lo que llaman principios morales. Que no era virtuoso. Y siguió:

—¿Por qué pues, preguntará usted, en nombre de qué le exijo que agote esa experiencia? Contesto que única y exclusivamente en nombre de la evolución. ¿Qué es el hombre? ¿Quién puede saberlo? El hombre es un enigma (incluso semejante banalidad salió de sus labios como una afirmación vergonzosa y sarcástica, como un dolor), un abismo angélico y diabólico, más impenetrable que un espejo. Pero debemos (y aquel "debemos" sonaba a confidencial y dramático), debemos siempre vivir enteramente. Esto, sépalo usted, es inevitable. Es una necesidad de nuestra evolución. Estamos condenados a desarrollarnos. Esa ley se cumple en la historia de la humanidad como en la del individuo. No tiene más que mirar a un niño. Un niño *sólo* empieza, un niño *no* es —un niño es un niño, o

sea, dicho de otro modo, una introducción, una iniciación... Y un adolescente (casi escupió la palabra)... ¿qué sabe? ¿Qué puede sentir... aquello... aquel embrión? ¿Pero nosotros?— Y gritó: —¿Nosotros? ¿Nosotros?— y observó marginalmente: —Me entendí con su señora madre en seguida y hondamente. No porque fuera católica. Sino porque la guiaba una exigencia interna de seriedad... comprende usted... no tenía nada de frívola...

Le miró a los ojos —cosa que hasta entonces probablemente no había ocurrido ni una sola vez, y que desconcertó por completo a Waclaw —quien sin embargo no se atrevió a desviar la mirada.

—Ahondaba... hasta el meollo.

—¿Qué tengo que hacer? —gritó Waclaw, levantando los brazos— ¿qué tengo que hacer?

Hablando con cualquier otra persona, no se hubiera permitido gritar de aquel modo, levantar de aquel modo los brazos. Fryderyk le agarró por un brazo dando un paso adelante, y con el índice de la otra mano le apuntó.

—Haga usted lo que le dé la gana. A condición de que sus escrúpulos... sus escrúpulos de seriedad no sean menores que los de ella.

La seriedad como supremo e inesquivable postulado del ser adulto —ninguna indulgencia— nada que pudiera por un instante relajar la tensión de la mirada que buscaba tenazmente el meollo... Waclaw no alcanzó a defenderse contra tanto rigor —porque de rigor se trataba. De no serlo en verdad, hubiera él podido poner en duda la seriedad de aquella conducta, la sinceridad de aquella gesticulación consistente en arrojarse a los cuatro puntos cardinales... Pero todo

aquel teatro se representaba en nombre de la más rigurosa admonición a asumir y cumplir el supremo deber de la plena conciencia— lo cual lo hacía irrecusable para Waclaw. Su catolicismo no podía conciliarse con la salvajada del ateísmo —para el creyente el ateísmo es salvaje—, y el mundo de Fryderyk era para él un caos privado de su gobernante y por tanto de la ley, poblado sólo por la arbitrariedad sin límites del hombre... Y sin embargo, como católico, no podía dejar de venerar la misión moral, aunque la dictaran labios tan salvajes. Y además, Waclaw temblaba del miedo a llevar a cuestas la muerte de su madre —a no estar a la altura del drama, y de su propio amor y su respeto—, y aun más que al descreimiento de Fryderyk temía a su propia mediocridad, a lo que hacía de él un decente abogado muy "de confianza". Por ello detraía la decidida superioridad de Fryderyk, en quien buscaba un apoyo —¡oh, no importaba cómo, no importaba con quién, pero la cuestión era vivir aquella muerte! ¡Sobrevivirla! ¡Sorberle todo el jugo! De modo que necesitaba de aquella terrible avidez de experiencia.

—¿Pero qué voy a hacer con ese Skuziak? —exclamó—. Lo que yo me pregunto... ¿quién le juzgará? ¿Quién le castigará? ¿Tengo derecho a guardarle prisionero? Claro, a la policía no lo entregamos, era imposible ¡pero no podemos tenerle indefinidamente en aquel desván!

Al día siguiente planteó la cuestión a Hipolit, pero no obtuvo más que un desdeñoso gesto de la mano:

—¡No vale la pena excitarse, cascarse los sesos! Guardarlo en el desván, darlo a la policía, pegarle una

paliza y que salga pitando, si pudiera pitar, ¡qué más da!

Y cuando Waclaw intentó explicarle que de todos modos era el asesino de su madre, Hipolit prosiguió irritado:

—¡Qué bonito asesino! ¡Eso es un cagacalzones, no un asesino! Haga la que quiera, déjeme en paz, tengo otras cosas en que pensar.

Estaba decidido a no atender a nada, y daba la impresión de que el asesinato sólo le interesaba por un cabo, a saber, el cadáver de Amelia y le parecía trivial por el otro cabo, a saber, el asesinato. Y además se echaba de ver que en efecto tenía otras cosas en que pensar. Fryderyk, que se arrimaba a la estufa, tuvo de pronto alguna ocurrencia e hizo un gesto como si fuera a decir algo, pero lo único que dijo fue un zumbido de:

—¡Ajaaaaá!...

Lo hizo en voz baja. Lo zumbó solamente. Y como no estábamos acostumbrados a que zumbara, resonó más fuerte que si lo hubiera soltado a grito pelado —y allí se quedó el zumbante con su zumbido, mientras esperábamos que algo añadiera. No añadió nada. Entonces preguntó Waclaw, ya entrenado a rastrear las menores variaciones de Fryderyk:

—¿De qué se trata, qué le ocurre?

El preguntado recorrió con la mirada toda la habitación.

—Bueno, pues... con *alguien así,* pues todo da lo mismo... se puede hacer lo que se quiera... aquello que uno quiere...

—¡Cómo, qué con quién! —gritó Hipolit con indescriptible cólera—. ¿Cómo, qué con quién?

Fryderyk se excusó, un poco desconcertado.

—¡Con uno así, claro, éste es el caso, con uno así! Con él —todo da igual. Cual cualquiera quiera. Lo cual a uno le da gusto.

—¡Alto, un momento! Lo mismo dijo usted de mi madre —se inmiscuyó de pronto Waclaw—, que precisamente mi madre con él hubiera... con el cuchillo... porque...

Se puso a tartamudear. A lo cual Fryderyk, entonces ya visiblemente avergonzado:

—Nada, nada, yo sólo, claro... ¡No se hable más del asunto!

¡Qué actorazo! Las costuras de su disfraz se veían claramente, ni se tomaba la molestia de esconderlas. Pero con igual claridad se veía qué esfuerzo le costaba aquello, cómo palidecía *de verdad* y cómo temblaba, preso en las redes de su representación. Para mí, por lo menos, resultaba claro que su propósito era extraer el máximo dramatismo de aquel asesinato y de aquel asesino —pero tal vez no fuera un propósito, tal vez era una necesidad más fuerte que él, a la que se sometía con terrores y palideces. Desde luego, era teatro —pero aquel teatro le creaba a él y creaba también la situación. El resultado era que todos se sentían algo incómodos. Hipolit dio una vuelta en redondo y se marchó, Waclaw cayó en el silencio. Pero las cornadas del actor les habían cogido a todos, y Józiek en su desván se convirtió en un problema de dimensiones crecientes, y en general la atmósfera quedó envenenada por una intención determinada pero incomprensible (yo sabía a quién concernía, a quién apuntaba...).

Cada noche había que lavar las heridas de Józiek, y la tarea la asumió Fryderyk, que algo sabía de cui-

dar enfermos —con la ayuda de Karol. Y Heniucha sostenía el farol. Era otro proceso tan significativo como comprometedor, cuando los tres se inclinaban sobre él, pero de modo que cada uno de los tres tenía en la mano algo que justificaba aquel inclinarse-sobre-él, a saber: Fryderyk el algodón hidrófilo, Karol la jofaina y la botella del alcohol, y Henia el farol —pero el trino inclinarse sobre un muslo herido escapaba en cierto modo a los objetos que tenían en sus manos, y al cabo era única y exclusivamente un inclinarse-sobre-él. Y el farol relucía. Luego Waclaw se encerraba con el mozo y le interrogaba conciliador o con amenazas—. pero su bajeza y su oscura estupidez, con su patanería, formaban una especie de autómata, y repetía siempre lo mismo, que ella se arrojó sobre él, le mordió —¿y qué iba a hacer él? Y cuanto más se acostumbraba a las preguntas, más se acomodaba en las respuestas como en su casa:

—La buena señora me mordió. Aquí se ve, digo.

Cuando Waclaw volvía de tales interrogatorios, agotado como después de una enfermedad, Henia se sentaba a su lado, callada y fiel... haciéndole compañía... Pero Karol ponía la mesa u hojeaba revistas viejas... Y cuando yo miraba a Henia, procurando verla "con Karol", me frotaba los ojos al no reconocer ya los encantos de antaño, ya no encantadores. ¡Nada había entre ellos, nada, nada, nada! ¡Sólo estaba con Waclaw! ¡Pero con ése, había que ver qué codiciosa! ¡Qué apetencia! ¡Qué espantosa concupiscencia! ¡Con qué ganas se le restregaba, como si fuera un hombre con una muchacha! Perdonen ustedes, un servidor no quería ofender, sólo quiero decir que ella, desbordante de sensualidad, se abrazaba al alma de él —¡qué

deseaba su conciencia, que su dignidad, su responsabilidad, su honor eran objeto de deseo, que ella relamía todo lo que en él estaba maduro, e incluso parecía que la calva le sedujera más que el bigote! Pero eso del modo más natural, con toda la pasividad congénita en ella— absorbía la madurez pegándosele y haciéndole compañía. Y se entregaba a la ternura de la mano viril, nerviosa y sutil, la mano crecida ¡ella, que también buscaba la seriedad ante la muerte dramática, a cuya altura no alcanzaba la temprana inexperiencia de su cuerpo, ella que se adhería a la madura altura del otro! ¡La maldita! Porque en vez de estar majestuosa y soberbia con Karol (lo cual muy bien hubiera podido), prefería tantear y hacerse un lío con el abogado, y buscaba sus fealdades cuidadosamente cuidadas. El abogado se lo agradecía y la acariciaba sin decir nada. Y la lámpara relucía. Así pasaron unos días. Una tarde nos comunicó Hipolit que se esperaba a otra persona, el señor Siemian, que venía de visita... Y con un susurro, mirándose las uñas, dijo:

—Viene de visita.

Y cerró los ojos.

Tomamos nota, sin hacer preguntas ociosas. Un tono de melancólica resignación en su voz no lograba disimular que tras la "visita" se disimulaba una red en la que todos estábamos enredados, que nos apiñaba a todos, pero que a la vez nos hacía extraños unos a otros —una conspiración. Cada cual podría decir sólo lo que se permitiera —lo demás iba a ser silencio oprimente, y suposiciones. Se dejó sentir una amenaza que ya llevaba unos días disolviendo la unidad de nuestras emociones tras los trágicos sucesos de

Ruda, y el peso, aquel peso que nos aplastaba, se desplazó desde el pasado próximo al futuro inmediato y peligroso. Al atardecer, cuando llovía una de esas lloviznas venteadas y cortantes que se transforman en un chaparrón pueblerino para toda la noche, llegó una calesa, y por la puerta, casualmente abierta, del vestíbulo entreví a un hombre alto, que llevaba abrigo, que tenía un sombrero en la mano, que seguía a Hipolit, que sostenía una lámpara, que iba hacia la escalera que llevaba arriba, donde le habían preparado una cama. Una súbita corriente de aire, que por poco le arranca a Hipolit la lámpara de la mano, cerró la puerta de golpe. Le reconocí. Sí, a aquel hombre le conocía yo de vista, aunque él no me conocía —y de pronto aquella casa se me hizo una trampa. Por casualidad yo sabía que aquél era uno de los peces gordos de la resistencia, un jefe que tenía en su historial muchas audaces hazañas, y a quien los alemanes buscaban... Sí, él era, y si era el, su llegada a la casa representaba la llegada de lo incalculable, estábamos a su merced, ya que su audacia no era sólo asunto personal suyo —si se exponía a un peligro, nos exponía a todos, podía atraernos, enmarañarnos— y si algo exigía no podríamos rehusárselo. Porque nos ataba la patria, éramos compañeros y hermanos —pero con una fraternidad fría como el hielo, todos allí éramos instrumento para todos los demás, y a cada cual le estaba permitido servirse del instrumento, con la mayor temeridad, por la causa común.

Aquella persona pues, tan cercana y tan amenazadoramente extraña, había pasado ante mí como un peligro fantasmal, y desde entonces todo se crispó en enigmática inquietud. Me daba cuenta del riesgo que

nos traía, y sin embargo no lograba librarme de un mal sabor causado por tanta bambalina —acción, resistencia, jefe, clandestinidad—, como sacado de una mala novela, como una tardía encarnación de un lamentable sueño de adolescencia —y hubiera preferido que cualquier cosa, antes que aquello, viniera a destrozarnos: en aquel instante, la patria y todo el romanticismo a ella adherido me parecían un mejunje insoportable, hecho adrede para revolver el estómago. Pero no cabía hacerse el delicado ni rehusar lo que el destino nos servía. Conocí al "jefe" cuando bajó para la cena. Parecía un oficial, y por otra parte lo era —de caballería, polaco fronterizo, probablemente de Ucraína, con delgado rostro oscuro de pelo aunque recién afeitado, elegante e incluso atractivo. Nos saludó a todos —y se echaba de ver que no era la primera vez que estaba en la casa. A las mujeres les besó la mano.

—Ya, ya me he enterado —¡qué desgracia! ¿Y los señores son de Varsovia?...

De cuando en cuando cerraba los ojos, y parecía como si hiciera un inacabable viaje en tren... Se le sentó casi al cabo de la mesa, y sin duda se presentaba allí como algún perito, o como algún funcionario encargado de controlar las vacas o de planificar la siembra —precaución necesaria para el servicio. En cuanto a nosotros, los comensales, en seguida se notó que estábamos todos más o menos informados —aunque la conversación se arrastraba soñolienta y vaga. Pero hacia el cabo de la mesa ocurrían extrañas cosas, y precisamente con Karol, sí, con nuestro (joven) Karol, a quien la presencia del recién llegado sumió en una obediencia tensa y obsequiosa, en una servicialidad reptil —y que, atragantándose de pura leal-

tad, afilado, se veía de pronto cercano a la muerte, guerrillero, militar, conspirador, con manos y hombros henchidos por una fuerza asesina pero callada, preparado a dispararse como un perro al oír la orden, y dócilmente preciso, adiestrado con técnica. No era él solo, por lo demás. Y no sé si era él el causante, pero toda aquella miseria romántica, tan repelente unos instantes atrás, sanó de pronto, y todos nos unimos en la verdad y en la fuerza, y estábamos en aquella mesa como una patrulla que espera la orden, decididos ya a la eventualidad de la acción y de la lucha. Clandestinidad, combate, enemigo... eso se dotaba de una verdad más fuerte que la de la vida cotidiana, e irrumpía en nosotros como un viento refrescante, se borraba la dolorosa diferencia de Henia y Karol, todos nos sentíamos camaradas. ¡Y sin embargo, aquella fraternización no era limpia! ¡No... era también un tormento e incluso un asco! Porque, a ver, ¿no éramos nosotros, los mayores, un poco cómicos ya y algo repulsivos en aquella lucha —como acostumbraba a ser el amor hecho a cierta edad— casaba aquello con la hinchazón de Hip, con la etiquez de Fryderyk, con el desvanecimiento de doña María? La patrulla que formábamos era de reservistas, y la unión se nos deshilachaba en andrajos —melancolía, desgana, atrabilis, asco, eran los únicos calores que empollaban nuestra fraternidad de luchadores corajudos. De vez en cuando me parecía asombroso que a pesar de todo pudiera haber espíritu de lucha y coraje. Y de vez en cuando hubiera podido gritarles a Karol y Henia: ¡eh, apartaros, iros, no os quedéis con nosotros, huid de nuestra porquería, de nuestra farsa! Pero ellos (ella también) querían acercársenos, se nos arrimaban —nos

querían— y se nos entregaban, estaban a la orden, dispuestos con nosotros, por nosotros, en nuestro lugar, a una señal del Jefe. Duró toda la cena. Así lo sentí yo. ¿Lo sentí yo, o fue Fryderyk?

Cualquiera lo sabe, y uno de los más nebulosos enigmas de la humanidad —y uno de los más difíciles— es precisamente esto, que se da una tal "unificación" de las edades, un modo y una manera y un proceso mediante los cuales la juventud es de pronto asequible para la vejez, y recíprocamente. La clave del enigma era en aquel caso el oficial, que en cuanto tal estaba ya destinado a los soldados y a los jóvenes... Y la cosa se manifestó todavía con más claridad cuando, tras la cena, Fryderyk propuso a Siemian examinar al asesino del desván. Por lo que a mí respecta, yo no creo que aquella propuesta fuera fortuita, percibí que la permanencia en el desván de Józiek, el joven asesino, se había vuelto acuciante y pesada desde que Karol estaba entregado al oficial. Allá nos fuimos —Siemian, Fryderyk, yo, Henia con Karol con la lámpara. En el cuartucho enrejado, yacía en la paja —dormido y ovillado— y cuando le rodeamos se movió y se cubrió los ojos con la mano. Chiquillo. Karol le alumbró. Siemian hizo con la mano una seña de que no le despertáramos. El lo examinaba en calidad de asesino de doña Amelia, y sin embargo Karol no alumbraba en calidad de asesino —sino más bien como si lo mostrara al jefe no para asesino, sino para soldadito— como si presentara a un camarada. Y lo alumbraba casi como a un recluta, como si hubiera que reclutarlo... Y Henia estaba pegada a él y veía cómo él lo alumbraba. Me chocó como si fuera algo especial, algo desmedidamente notable, el que allí un

soldado ante un oficial alumbrara a un soldado —lo cual era entre ellos, los militares, compañeril y fraternal, pero también cruel, también la entrega de una presa. Y todavía más significativo me pareció el que un joven ante un mayor alumbrara a un joven —aunque no supe comprender bien qué significaba...

En aquel desván con su ventana enrejada tuvo lugar una muda explosión de aquellos tres alrededor de la lámpara a la luz de ésta —explotaron en silencio, con un sentido ignorado, discreto, presupuesto. Siemian los abarcó con una mirada, sólo un instante, pero me bastó para saber que aquello no le era del todo desconocido.

9

¿Expliqué ya que cuatro islitas, separadas por canales verdes de liquen, formaban una prolongación del estanque? Unos puentes franqueaban los canales. Un senderito, en el borde extremo del jardín, serpenteando entre setos de avellanos, jazmines y tuyas, permitía dar la vuelta a aquel archipiélago húmedo de aguas estancadas. Yendo para allá una vez, me pareció que una de las islitas era diferente de las otras... ¿por qué?... Fue una impresión fugaz, pero el jardín estaba ya demasiado implicado en el juego para que fuera posible desdeñarla. Y sin embargo... nada. La maleza de aquella islita, con los plumeros de los árboles —estaba muerta. Era un día tórrido, a la hora de la merienda, el canal estaba casi seco, brillante su piel de lodo con verdes ojos de agua, y unos juncos se erizaban en los bordes. Dada nuestra situación, todo lo inquietante tenía que inspeccionarse sin demora, de modo que pasé a la otra ribera. La islita jadeaba de calor sofocante, por ella se había propagado una hierba alta y espesa, llena de hormigas, y, en lo alto, copas de árboles encerradas en su peculiar existencia. Me adentré por la maleza y... ¡Un momento! ¡Alto! ¡Una sorpresa!

Allí estaba un banco. Y en el banco ella, Henia, sentada, pero con unas piernas nunca vistas —ya que

una de ellas se enfundaba en media y zapato, y la otra se desnudaba hasta más arriba de la rodilla... Y todavía eso no sería tan extravagante, pero es que él, tumbado, ante ella tumbado en la hierba, también tenía desnuda una pierna, con la pernera del pantalón arremangada hasta más arriba de la rodilla. No lejos de él, un zapato y un calcetín. Ella ladeaba la cara y la mirada. El no la miraba tampoco a ella, ya que con un brazo se cubría la cabeza. No, claro, tal vez no habría sido tan escandaloso, de no formar una escena tan incompatible con el ritmo natural de ellos, tan cuajada en extraña inmovilidad, tan poco suya... Y aquellas piernas tan enigmáticamente desnudas, sólo una de cada par, brillando con su carnosa corporeidad bajo el húmedo bochorno que estremecían las zambullidas de las ranas... El con una pierna desnuda, y ella con una pierna desnuda. Tal vez habían chapuceado por el agua... No, se encerraba algo más —no había explicación... El con una pierna desnuda, y ella con una pierna desnuda. La de ella se movió un poco, se estiró. El pie se posó en el pie de él. Nada más.

Yo miraba. Comprendí mi completa estupidez. ¡Oh, oh! Cómo habíamos podido ser tan ingenuos —con Fryderyk— para creer que entre ellos "no había nada"... ¡Yo, dejarme engañar por las apariencias! Allí, allí tenía la demostración, cortante como un hacha. De modo que allí se encontraban, en aquella isla... Un enorme chillido de liberación, de saciedad, se levantó mudo de aquel lugar —y el tocarse-ellos perduró sin movimiento, sin ruido alguno, sin siquiera una mirada (ya que no se miraban). El con una pierna desnuda, ella con una pierna desnuda. Bueno...

Pero... Aquello no podía ser. Allí había algo artificioso, algo incomprensible, algo perverso... ¿Por qué, aquella frialdad en su ardencia? Por una fracción de segundo, me embargó la idea completamente loca de que *tenía que ser de tal modo,* que *entre ellos debía ocurrir precisamente de tal modo,* que resultaba más real que si... ¡Disparates! Y luego tuve otra ocurrencia, pensé que en aquello se escondía no sé qué fantasmagoría, una comedia, que por algún prodigio habían presentido que yo iría allí, y que lo hacían adrede —por mí. ¡Porque aquello me estaba destinado, era cortado justo a la medida de mis sueños de ellos, de mi vergüenza! ¡Para mí, para mí, para mí! Y espoleado por tal idea —de que aquello se hacía por mí—, avancé por la maleza, sin tomar más precauciones. Y entonces se completó el cuadro: Fryderyk estaba al pie de un pino, sentado en el lecho de agujas. Era —¡para él!

Me detuve... El, al verme, les dijo:

—Tendremos que repetirlo.

Y entonces, aunque todavía no entendía nada, me heló un aire que salía de la joven desvergüenza de los dos. Depravación. No se movían —su joven frescor era horriblemente frío.

Fryderyk se me acercó desbordando amabilidad.

—¡Qué tal, cómo le va, mi querido Witoldo! (El saludo era del todo innecesario: hacía apenas una hora que nos habíamos separado.) ¿Qué dice usted de esta pantomima? (Les señaló con un gesto orondo.) No lo hacen mal, verdad —¡jajajá! (La risa era también innecesaria —pero chillona.) ¡Cuando no hay perdices, tiramos a las codornices! ¿No sé si está usted enterado de mi debilidad por el arte escénico? Tam-

bién fui actor por un tiempo. ¿Acaso no está usted al corriente de ese detalle de mi biografía?

Me cogió del brazo y me guió andando en círculos por la hierba, gesticulando con la máxima teatralidad. La pareja nos miraba sin decir nada.

—Tengo cierta idea... *mise en scène*... ideas para un film... Pero muchos planos son algo picantes, necesitan trabajarse, hay que experimentar con material viviente. Basta por hoy. Podéis vestiros.

Sin mirarles, me llevó hacia el puente, hablándome a gritos y con animación de sus variadas ideas. En su opinión, el método seguido hasta entonces, de escribir obras o guiones "haciendo abstracción de los actores", estaba totalmente caducado. Había que empezar por los actores, "conjuntarlos" de un modo u otro, y mediante aquella conjunción elaborar la arquitectura de la obra. Ya que ésta "sólo tiene que sacar a la superficie lo que en potencia ya está en los actores, como seres vivientes que son, dotados de su propia escala de posibilidades". Un actor "no debe encarnar un imaginario héroe escénico, representar a alguien que no es él —todo lo contrario, la figura escénica tiene que acomodársele, cortarse a su medida, como un traje".

—Pruebo —dijo riendo— a obtener algo por el estilo con esos niños, les he prometido algún regalito, pero ¡le aseguro que no es fácil trabajo! ¡Qué vamos a hacerle, uno se aburre en estos malditos campos, hay que ocuparse en algo, aunque sólo sea para mantenerse en forma! Naturalmente, preferiría que esto no se pregonara, porque —qué sé yo— acaso sea un poco atrevido para el Hipito y su Hipita, no me gustan los comadreos...

Y hablaba a gritos, para que se le oyera de lejos, y yo, caminando a su lado y mirando al suelo mientras el descubrimiento se me metía oreja adentro como una pulga, apenas le escuchaba. ¡Sinvergüenza! ¡Charlatán! ¡Zorro! ¡Qué malabarismos hacía con ellos —qué jueguecito se había inventado!... Y todo se derrumbaba hacia un abismo de cinismo y de perversión, y el fuego de tanta depravación me consumía, y me retorcía en los tormentos de los celos... Y los ardientes focos de la imaginación me iluminaban sus fríos desbordamientos, diabólicamente inocentes —especialmente los de ella, de ella— porque era de ver, aquella fiel prometida metiéndose entre hierbajos para tales ensayos... a cambio de un futuro "regalito".

—Claro, muy interesante, un experimento teatral, desde luego —contesté—. ¡Sí, en verdad, un interesante experimento!

Y le dejé en cuanto pude, para meditar el asunto —porque el desenfreno no estaba sólo en ellos, y resultaba que Fryderyk no había estado ocioso, con más éxito del que yo hubiera imaginado— ¡había logrado proponerles francamente semejante ocurrencia! Iba a lo suyo, sin pausa. ¡Y a mis espaldas, por su propia cuenta! No le era obstáculo la patética retórica en que se había enmarañado con Waclaw, de resultas de la muerte de la anciana —él obraba—, y la cuestión era: ¿hasta dónde había llegado por aquel camino? ¿Y hasta dónde lograría llegar? Tratándose de él, la cuestión de los límites se hacía particularmente delicada —especialmente desde que me había complicado a mí. Tuve miedo. El sol se ponía de nuevo —aquella casi imperceptible volatilización de la luz, el ahondamiento y la saturación de los tonos oscuros, con el

acusarse de los agujeros y los rincones por donde brotaba la savia de la noche... Ya el sol estaba detrás de los árboles. Me acordé de que había dejado un libro en la terraza, y fui a buscarlo... Y en el libro encontré un sobre en blanco, y en el sobre un papel escrito a lápiz, con letra confusa:

"Escribo para que nos entendamos. No quiero encontrarme solo del todo, solo adelante.

Cuando uno está solo, no puede tener la certidumbre, por ejemplo, de no haberse vuelto loco. Siendo dos —ya es distinto. Dos se dan seguridad y garantías objetivas. ¡Siendo dos no se vuelve uno loco!

No tengo ese miedo. Porque sé que no podría volverme loco. Aunque quisiera. Es cosa excluida para mí, soy un anti-loco. Quiero asegurarme contra otra cosa, tal vez más seria, a saber, una cierta anomalía por así decir, una cierta multiplicación de las posibilidades, que se produce cuando uno se aleja y se desvía del camino único, el lícito... ¿Comprende? No tengo tiempo para precisiones. Si tuviera que dispararme de la tierra a otro planeta, o aunque sólo fuera a la luna, preferiría que otro me acompañara —si no por otra cosa, para que mi humanidad pudiera mirarse en algo.

Seguiré escribiéndole, informando. Estrictamente confidencial —extraoficial— secreto también para nosotros, quiero decir quemar el papel y no hablar con nadie, ni conmigo. Como si nada... Para qué excitar ¿a otro, o a sí mismo? Mejor no hacer ostentaciones.

Incluso es mejor, que nos viera en la isla. Lo que han visto dos, ya no lo ha visto uno solo. Pero quisiera mandar al diablo todo ese trabajo, en vez de interesarse y de aguijonearse, lo hacían fríos como acto-

res... sólo para mí, porque yo lo deseaba, y si alguna vez se excitan, es conmigo, no entre ellos. ¡Qué mala suerte! Ya lo sabe usted, que los vio. Pero no importa. Encenderemos la mecha.

Usted lo ha visto, pero ahora conviene que lleve allí a Waclaw. ¡Tiene que verlo! Por favor, dígale: 1.° *Paseando, usted los vio encontrarse en la isla;* 2.° *Piensa es su deber prevenirle;* 3.° *Ellos no saben que fueron vistos. Y mañana le lleva a él al espectáculo, se trata de que los vea a los dos, sin verme a mí, planearé todos los detalles y le escribiré, recibirá usted instrucciones. ¡Tajante! ¡Suma importancia! ¡Mañana mismo! ¡Debe saber, ver!*

¿Que qué plan tengo? Ninguno. Sigo las líneas de tensión, ¿comprende? Sigo las líneas del apetito. Ahora me interesa que los vea, y que también ellos sepan que los ha visto. ¡Hay que clavarlos en su traición! Luego veremos lo que sigue.

Cumplir. No contestar. Las cartas las dejo junto a la puerta de la tapia, debajo de un ladrillo. Quemar la carta.

Y el otro, ese no. 2, *Józiek, qué hacer con él, cómo, en qué combinación combinarlo con ellos, para que el juego se haga, se haga, se haga... Viene que ni cortado a la medida. Me casco la cabeza, no sé, pero ya saldrá, ya ataremos el cabo, todo se anudará, todo se andará, ¡adelante! Por favor, cumplir exactamente.*"

La carta me ardía en la mano. Me puse a pasear por la habitación, y al fin me fui con ella al campo —donde me saludó el sopor de la tierra henchida, los flancos de las lomas ante un fondo de cielos despedazados, y la creciente opresión pre-nocturna de todas

las cosas. Un paisaje que me sabía de memoria, que ya sabía que estaba allí —pero la carta me aguijoneaba hacia los paisajes, oh, la carta me pinchaba, y yo meditaba, ¿qué hacer, qué hacer? Waclaw, Waclaw— pero aquello no lo quería hacer yo por nada del mundo, no era cosa para hecha. ¿No se habría vuelto Fryderyk loco? ¿No sería que me necesitaba para que yo diera legitimidad a su locura? Era realmente la última oportunidad de romper con él —y se me presentaba una solución muy fácil, ya que podía entenderme con Waclaw e Hipolit... Y ya me oía hablarles: "Miren, algo penoso... Temo que Fryderyk... sufre trastornos psíquicos... hace tiempo que lo observo... con todos esos malditos desastres, claro, no es el primero ni será el último... Pero hay que andar con cuidado, tengo la impresión de que se trata de una manía, una manía erótica, y mucho me temo que en cuanto a Henia y Karol..." Así iba a hablar. Y cada una de mis palabras le expulsaría del redil de los hombres normales, haría de él un loco —y todo podía hacerse sin que él lo supiera, transformándole en objeto de discreta cautela y discreta vigilancia. No sabría nada —no sabiendo, no podría defenderse— un endemoniado se transformaría en un loco —y listos. Y yo recobraría mi equilibrio. No era demasiado tarde. Todavía no había hecho yo nada comprometedor, aquella carta era la primera corporeización de mi complicidad... Por esto me pesaba tanto. Y por esto había que decidirse —y mientras volvía a la casa, cuando los árboles eran ya manchas de contornos deshilachados y materia de penumbra, llevaba conmigo la decisión de hacerle inofensivo y arrojarlo al dominio de la locura vulgar. Pero un ladrillo blancuzco brillaba junto a la

puerta —y miré debajo— y allí me esperaba ya otra carta.

"¡La lombriz! ¡Usted se acuerda! ¡Lo ha comprendido! ¡Lo ha sentido como yo!

¡La lombriz es Waclaw! Se han unido encima de la lombriz. Se han unido encima de Waclaw. Pisando a Waclaw.

¿No quiere colaborar? ¿No quiere? Ya verá, de Waclaw haremos una cama para que se junten.

Hay que introducir a Waclaw, irremisiblemente. Debe ocurrir: 1.° que él lo vea. Continuará."

No leí la carta hasta subirla a mi cuarto. Lo humillante era que ya sabía lo que diría —como si me la hubiera escrito yo. Sí, Waclaw tenía que ser la lombriz pisada en común, tenía que darles el pecado, hacerles pecadores, arrojarlos a la noche llameante. Ya estaba bien, ¿qué se oponía, por qué *no querían hacerlo* juntos? Oh, yo lo sabía —y no lo sabía— era cosa sabida, pero huidiza —algo joven que escapa al pensamiento adulto... Pero en todo caso era no sé qué reserva, no sé qué moralidad, no sé qué ley interior a la que obedecían... Por lo tanto, Fryderyk no debía de equivocarse al opinar que en cuanto pisaran juntos a Waclaw, en cuanto se desencadenaran con Waclaw, algo se desharía. Cuando fueran amantes para Waclaw, serían amantes para sí mismos. Y para nosotros, los demasiado viejos, era ésa la única posibilidad de aproximación erótica... ¡Empujarlos hasta que cayeran en la traición! ¡Caídos allí, ambos a la vez y nosotros con ellos, se producirían la mezcla y la unidad! Lo comprendí. Y comprendí también que el pe-

cado no los volvería feos, sino todo lo contrario, que tanta juventud y tanto frescor cobrarían más fuerza al ennegrecer, arrastrados a la maldad por nuestras manos maduras. Sí, estaba seguro. Ya era hora de acabar con la juventud dócil y con la gracia cotidiana —se trataba de forjar una nueva juventud, trágicamente empapada por nuestra maturidad.

Entusiasmo. ¿Acaso no me entusiasmaba? ¡Oh, claro que sí, qué duda cabe! Yo que ya estaba más allá de la hermosura, excluido de la centelleante red del encanto —yo que no encantaba, yo que nada ganaba, a quien la naturaleza miraba con indiferencia... ah sí, todavía era capaz de entusiasmo, pero también veía claro que mis entusiasmos ya no iban a entusiasmar a nadie... Por ello me arrojaba sobre la vida como un perro apaleado y tiñoso... Pero si en aquella edad se presenta una ocasión de frotarse con la juventud, aunque sea a precio de depravación, y si resulta que la fealdad tiene sus usos, asimilada por la hermosura... ¡Una tentación que barre toda resistencia, irresistible en el sentido más literal! Un entusiasmo sí, incluso una locura taladrante —pero por otra parte... ¡Pero a ver! ¡Un momento! ¡No! ¡Qué locura! ¡Cosas así no se hacen! ¡Es demasiado personal —demasiado privado y peculiar— y sin precedentes! ¡Y adentrarse por aquel demoníaco y extraño camino con él, con un ser que me daba miedo, porque me daba cuenta de que era un extremista, que nos llevaría demasiado lejos!

¿Y, como Mefistófeles, destruir el amor de Waclaw? ¡No, fantasía indigna y estúpida! ¡Yo no era capaz de tales cosas! ¡Por nada del mundo! ¿Entonces qué? Retirarme, acudir a Hipolit, a Waclaw, construir un

caso clínico, convertir al endemoniado en un loco, al infierno en un hospital... Y ya me iba a hacerlo, a encadenar de una vez aquella desmesura que merodeaba. ¿Merodeaba? ¿Por dónde? ¿Qué hacía en aquel instante? El hecho de que en aquel momento él estaba haciendo algo ignorado de mí me hizo saltar como un resorte, salí de la casa, me rodearon los perros —no había nadie, nada salvo la casa de la que yo acababa de salir— que me imponía su existencia y se me presentaba como un objeto. Las ventanas de la cocina relucían. También, en el primer piso, la ventana de Siemian (ya lo había olvidado). Yo, ante la casa, de pronto sobrecogido por la altura de las estrellas, extraviado entre los árboles. Vacilé, temblé, y a poca distancia estaba el portal, y junto al portal el ladrillo, y allá me fui: como si cumpliera un deber, allá fui, y al llegar cerca miré si alguien se agazapaba en los arbustos. Bajo el ladrillo, otra carta. ¡Qué vocación literaria!

"¿Lo comprende todo claramente?

Ya he entrevisto algunos puntos.

1.° ADIVINANZA. *¿Por qué no quieren juntarse?... ¿Eh? ¿Lo sabe usted? Yo lo sé. Porque sería demasiada* PLENITUD *para ellos. Demasiada* TOTALIDAD. PARCIALIDAD / INTEGRIDAD: *¡he aquí la clave!*

¡Gran Dios! ¡Tú eres la integridad! Pero eso es más grande que Tú, y por la presente me despido de Ti.

2.° ADIVINANZA. *¿Por qué se nos acercan? ¿Por qué flirtean con nosotros?*

Porque quieren hacerlo ellos gracias a nosotros. A través de nosotros. Y también —a través de Waclaw.

Por nosotros, Witoldito, querido mío, por nosotros, por nosotros. ¡He aquí por qué coquetean con nosotros!

¿Vio nunca algo semejante? ¿Que nos necesiten para eso?

3.° *¿Sabe qué es lo peligroso? Que yo me encuentro en la plenitud de mi desarrollo intelectual y moral, pero he caído en manos frívolas, incomprensivas, apenas crecidas. ¡Dios mío! ¡Están creciendo! Ligeras, ligeras, casi sin tocarme, me empujan hacia algo que tendré que* agotar, enteramente, *con el pensamiento y con el sentimiento. Ligeras y frívolas me ofrecerán el cáliz que tendré que beber hasta las heces...*

Siempre pensé que me esperaba algo de esa índole. Yo y el Cristo crucificado en una cruz de dieciséis años. ¡Adiós! Ya nos veremos en el Gólgota. ¡Adiós!"

Qué vocación literaria! De nuevo me sentaba a la mesa de mi cuarto. ¿Traicionarle? ¿Entregarle? ¡Pero quería decir traicionarme y entregarme!

¡Yo con él!

Aquello no era sólo cosa suya. Era también mía. ¿Convertirme a mí mismo en loco? ¿Cerrarme a mí mismo la única ocasión de entrar —de entrar adónde? ¿Adónde? ¿Qué era aquello? Me llamaron para la cena. Al encontrarme en aquella cotidiana reunión alrededor de la mesa, revivieron todas las circunstancias que nos rodeaban, la guerra y los alemanes, las tierras y las preocupaciones, y me asaltaron... Pero me tocaban como a distancia... y ya no tenían vida.

Fryderyk también estaba en su lugar —y discutía, mordisqueando pasteles de queso, la situación militar. Varias veces me preguntó mi opinión.

10

La iniciación de Waclaw tuvo lugar completamente de acuerdo con el programa. Ningún imprevisto la complicó, y todo transcurrió en calma.

Dije que quería "enseñarle una cosa". Lo llevé al borde del canal, al preciso lugar desde donde, por un claro entre los árboles, podía verse la escena. Allí el agua del canal era bastante honda —precaución necesaria para que no saltara a la isla y descubriera la presencia de Fryderyk.

Mostré.

La escena que Fryderyk había inventado en su honor era la siguiente: Karol bajo un árbol, ella tras él, ambos levantando la cabeza, con la mirada fija en la copa del árbol, tal vez mirando un pájaro. Y él levantaba la mano. Y ella levantaba la mano.

Las dos manos, elevadas encima de las cabezas, se entrelazaban "involuntariamente". Y al unirse, obedecieron a un tirón hacia abajo, brusco y violento. Los dos, inclinando las cabezas, se miraron las manos. Y de pronto cayeron los dos —no se sabía qué les había hecho caer— tal vez las manos tiraron de ellos.

Cayeron, yacieron juntos un momento, pero en seguida se incorporaron. Y se quedaron de pie como si

no supieran qué hacer. Ella se alejó despacio, él la siguió, y desaparecieron tras los arbustos.

Una escena muy calculada, con toda su aparente simplicidad. La simplicidad del enlace de las manos sufría una brusca catástrofe —la caída— y lo natural se transformaba en una complicación convulsiva, una desviación de la norma, tan brutal que por unos momentos parecían muñecos entregados a los elementos. Pero sólo duraba unos momentos, y cuando se levantaban y se alejaban tranquilos, daban a entender que ya estaban acostumbrados a aquello... Que no era la primera vez que les ocurría. Que ya lo conocían.

Exhalaciones del canal. Bochorno. Humedad. Ranas inmóviles.

Eran las cinco, y el jardín desvanecía. Calor.

—¿Por qué me ha llevado allí?

Lo preguntó cuando volvíamos a la casa. Contesté:

—Era mi deber.

Meditó.

—Se lo agradezco.

Cuando estábamos ya junto a la casa, dijo:

—No creo que eso... tenga mayor importancia... Pero de todos modos le agradezco que me lo haya hecho notar... Hablaré con Henia.

Nada más. Se fue a su cuarto. Quedé solo, decepcionado como ocurre siempre que algo ha tenido lugar —ya que la ejecución es siempre turbia, no del todo clara, sin la grandeza ni la limpieza de la intención. Cumplida la misión, me quedaba sin trabajo —¿qué hacer?— vaciado por el hecho que yo había dado a luz. Oscurecía. De nuevo oscurecía. Salí a afrontar los campos y la lluvia, con la cabeza gacha, sólo por

andar, pisando la acostumbrada, calma y sobria tierra. Al volver miré bajo el ladrillo, pero no me esperaba nada, sólo el ladrillo, oscuro de humedad, frío. Llegué hasta la puerta de la casa y me detuve, incapaz de entrar en el círculo de lo que allí se desarrollaba. Pero en aquel instante me sobrecogió la ardencia de su contacto, de su sangre temprana y despierta, de su enlace, con tal fuerza que me precipité a la puerta para volverlos a ver inmediatamente. Irrumpí. Y me encontré con una de aquellas inesperadas revueltas que a veces nos arrojan fuera del camino...

Hipolit, Fryderyk y Waclaw estaban en el despacho —y me llamaron. Sospeché que la conferencia se relacionaba con lo de la isla, y me acerqué con cautela... Pero algo me dio a intuir que se trataba de otro asunto. Hipolit, sombrío, se sentaba tras la mesa, y me miró. Waclaw paseaba por la estancia. Fryderyk estaba medio tumbado en una butaca. Silencio. Waclaw dijo:

—Tenemos que comunicarlo al señor Witoldo.

—Quieren liquidar a Siemian —explicó Hipolit como en un aparte.

Seguí sin comprender. Luego vinieron más complicaciones, que me colocaron en una situación nueva —y otra vez marcada por el teatral sello de la conspiración patriótica—, y el propio Hipolit sentía la impresión, porque se puso a hablar en voz ronca, como si nos hiciera un favor cada vez que abría la boca. Y enérgico. Supe que la noche anterior Siemian se había entrevistado "con personas llegadas de Varsovia", para precisar los detalles de una acción que él tenía que dirigir en la región. Pero el diálogo "se puso violento, señores míos", porque al parecer Sie-

mian dijo que él no dirigía más acciones, que se retiraba de la resistencia y "se volvía a casa". ¡Violento en verdad! Se produjo un tumulto, se pusieron a acosarle, y al fin él se derrumbó, se puso muy nervioso, dijo que había hecho cuanto era capaz de hacer —que "había perdido el valor"— que "el valor se le había vuelto miedo" —y que: "déjenme en paz, estoy deshecho, sólo tengo miedo, ni yo mismo sé por qué". Que no servía, que sería una ligereza confiarle ninguna misión en tales circunstancias, que lo declaraba lealmente y pedía le licenciaran. Una verdadera insensatez. Tras una violenta disputa, empezó a apuntar la sospecha, vaga al principio pero cada vez más precisa, de que Siemian se había vuelto loco o por lo menos tenía el sistema nervioso destrozado —y se levantó una oleada de pánico: ninguno de los secretos que se le habían confiado estaba ya seguro, se podía temer que lo contara todo... Y por causa de ciertas circunstancias concomitantes, aquello era una catástrofe, una derrota, casi un fin del mundo, y en aquella tensión, en aquella desesperación, se tomó la espantada y espantosa decisión de liquidarlo inmediatamente.

Hip contó que querían ir a buscar a Siemian a su cuarto y pegarle un tiro, pero que él, Hipolit, había pedido un plazo hasta la noche siguiente, alegando que por consideración a nosotros, los huéspedes, tenía que planearlo bien y ejecutarlo con técnica. Se lo habían otorgado, pero no más de veinticuatro horas. Temían que presintiera sus intenciones y se diera a la fuga. Además, Powórna era el lugar más indicado para la ejecución, ya que Siemian había ido con el mayor secreto y nadie iría a buscarle allí. Se había

decidido que volverían aquella misma noche para "arreglarlo".

¿Por qué aquella verdad de nuestra lucha contra el enemigo y agresor tenía que presentarse siempre tan grotescamente disfrazada —como en un teatrillo de mala muerte— aunque en ella había muerte, y había sangre, reales a más no poder?

Pregunté, queriendo comprender mejor, acostumbrarme a la nueva situación:

—¿Qué hace ahora?

Hipolit me contestó:

—Está arriba. En su cuarto. Ha pedido caballos e insiste en marcharse a su casa. Pero no puedo darle caballos.

El tono de Hipolit mostraba el espantoso cambio producido en nuestra relación. Dejé de ser invitado, me reclutaban, me unían a ellos en una dureza y una crueldad dirigidas contra nosotros mismos tanto como contra Siemian. ¿A nosotros qué nos había hecho? Y hete aquí que antes del amanecer, arriesgando nuestros propios cuellos, teníamos que degollarle.

—De momento no hay que hacer nada. Volverán a las doce y media. Mandé al guarda a Ostrowiec con un encargo que le dije era urgente. Los perros quedarán atados. Yo solo les recibiré y les llevaré a su... les llevaré arriba: y luego que hagan lo que quieran. Sólo he puesto la condición de que no tiene que haber ruido, que no quiero que se me despierte toda la casa. El cadáver será eliminado... ya tengo el plan: en el granero. Mañana uno de nosotros dirá que acompaña a Siemian a la estación, y listos. Si todos guardamos la calma, puede hacerse sin complicaciones y sin que nadie se entere.

Fryderyk preguntó:

—¿En aquel viejo granero, detrás de la cochera?

Preguntaba en tono neutro, de conspirador, de verdugo —y de todos modos me alivió verle movilizado— como un borracho reclutado. ¿No se emborracharía ya más? Y de pronto aquella escena de la isla me pareció sana y decente, en comparación con lo que entonces emprendíamos. Pero no duró mucho el alivio.

Al concluir la cena (en ausencia de Siemian, que desde unos días atrás "se encontraba mal", y le subían la comida), fui por si acaso hasta el portal, y debajo del ladrillo blanqueaba un papel.

"*Complicación. Qué latazo.*

Hay que esperar. Ni chistar.

Hay que ver el qué y el cómo. Qué curso seguirán las cosas. Si hay líos y hay que largarse, nosotros por ejemplo a Varsovia, ella a otra parte, no hay nada que hacer —todo se viene abajo.

Pero tal vez no.

Hay que conocer a la vieja p... ¿Comprende a quién me refiero? A ella, la naturaleza. Cuando nos pega un arrastron inesperado como éste, no hay que protestar, nada de resistir, obedecer, resignarse, faire bonne mine... *pero interiormente no renunciar, no perder de vista* nuestra *meta: para que* ella *sepa que tenemos una meta* nuestra. Ella *suele ser muy decidida al principio, muy resuelta, pero luego, como si dejara de interesarle, lo deja, y uno puede volver a trabajar a escondidas e incluso contar con su indulgencia... ¡Cuidado! Tome mi conducta por norma de la suya. Que no haya contradicciones. Escribiré. Quemar* sin demora".

Aquella carta... Aquella carta que, todavía más que la anterior, era de loco. Pero yo la comprendía tan bien, su locura. ¡Era tan legible para mí! Esa *táctica* que él empleaba en sus relaciones con la naturaleza —no se me hacía nada extraña. Y estaba claro que él no perdía de vista su meta: había escrito aquello para no ceder, para recalcar que uno tiene que ser leal a sus propios propósitos. Y quién sabe si me había escrito a mí, o si le había escrito a *ella,* para que *ella supiera* que no teníamos intención de ceder —a través de mí, hablaba con *ella.* Pensé que cada palabra de Fryderyk, como cada acto suyo, sólo en apariencia se dirigía a su destinatario, pero en realidad formaba parte de un inacabable diálogo con los Poderes... un astuto diálogo, en el que la mentira servía a la verdad, y la verdad a la mentira. Me escribía fingiendo hacerlo a escondidas de *ella* —pero escribía en realidad para que *ella* se enterara. Y contaba con que a *ella* no le engañaría, aquella astucia —tal vez la haría sonreír...

El resto de la velada se nos pasó esperando. Mirábamos a hurtadillas el reloj. La lámpara iluminaba apenas. Como cada noche, Henia se había ovillado pegada a Waclaw; él, como de costumbre, la ceñía con el brazo; y percibía que "la isla" no había alterado los sentimientos de él. Se sentaba junto a ella, impenetrable, y en vano quise captar hasta qué punto pensaba en Siemian, y si lograba alcanzarlo el estrépito de Karol, que en algún lugar estaba tirando cajas y apilándolas. Doña María cosía (ni a ella ni a los "niños" se les había dicho nada). Fryderyk con las piernas extendidas y los brazos en los de la butaca. Hipolit en una silla, cejijunto. Todos excitados y cansados.

Puestos aparte por Siemian, por aquella misión secreta, los hombres formábamos un grupo cerrado. Pero a Henia se le ocurrió preguntar:

—¿Qué es ese jaleo que armas, Karol?

—Déjame en paz —contestó él.

Y sus voces resonaron *in blanco,* no se comprendía qué significaban, y su efecto era incierto —ni pestañeamos.

Hacia las once se retiraron, junto con la señora, y nosotros, los hombres, empezamos a menearnos. Hipolit preparó picos y palas, un saco, cuerdas. Fryderyk revisó las armas, Waclaw y yo salimos a inspeccionar. Las ventanas de la casa estaban a oscuras, salvo una en el primer piso —la de Siemian—, y a través de los visillos nos llegaba un pálido polvo de luz y de miedo, de miedo y de luz. ¿Cómo podía ser que de pronto el valor se le volviera miedo? ¿Qué le había ocurrido a aquel hombre, para que se derrumbara tan inesperadamente? ¿Transformarse de caudillo en cobarde? ¡Miren ustedes qué mala pata! Y la casa me parecía llena con dos distintas posibilidades de la locura: con Siemian en el piso, con Fryderyk en la planta (haciendo jueguecitos con la naturaleza)... Cada uno a su manera, ambos estaban acosados, pegados a la pared. De vuelta a la casa, tuve que retener una carcajada al ver que Hipolit examinaba dos cuchillazos de cocina y examinaba los filos. ¡Dios mío! Aquel apacible obeso convertido en esbirro y preparándose para la degollina parecía salir de una farsa barata —y la torponería de nuestra honestidad metida en asesinatos y no sabiendo cómo salir de allí se tornaba una función de aficionados, más cómica que siniestra. Por lo demás, todo se hacía *por si acaso,*

nada tenía carácter decisivo. Pero de pronto el brillo de los cuchillos me cegó como una cosa irrevocable: ¡los dados habían caído, los cuchillos se habían desenvainado!

¡Józiek!... y los ojos de Fryderyk, clavados en los cuchillos, no permitían dudar de que lo estaba pensando: Józiek... el cuchillo, idéntico al cuchillo de doña Amelia, casi el mismo, allí entre nosotros —el cuchillo nos remitía a aquella atrocidad, era un comienzo de repetición— ya estaba allí, ya se movía por el aire —una analogía suspecta por lo menos, una rima ominosa. El cuchillo. Waclaw lo miraba también, tenso —de modo que los dos, Fryderyk y Waclaw, habían dado con el cuchillo y ya lo manipulaban. Ya estaban de servicio, ya habían entrado en acción —por lo cual se encerraron en sí mismos y volvimos a entregarnos a los preparativos y a la espera.

Había que acabar el trabajo —¡pero qué cansados estábamos ya, asqueados por melodrama de la historia, ansiosos de aire fresco! Hacia la medianoche, Hipolit marchó a su cita con la gente del ejército clandestino— Waclaw estaba arriba, vigilando la puerta de Siemian —quedé solo con Fryderyk, y nunca se me había hecho tan pesado el estar con él. Me di cuenta de que algo tenía que decirme— aunque el hablar no se nos permitía —de modo que callaba— y aunque nadie nos veía, nos tratábamos como si no nos conociéramos, pero precisamente tanta cautela hacía surgir de la noche una tercera presencia de ignorado carácter. Y su cara —tan cerca de la mía, la cara de mi cómplice— y tan amurallada frente a mí... Uno junto al otro juntos estábamos, y eso era todo, y estuvimos y estuvimos, hasta que los pesados pasos y el jadeo

de Hipo nos anunciaron su regreso. Venía solo. ¿Qué ocurrió? ¡Una complicación! Un fallo. Una torcedura. Los que debían presentarse no llegaron. Llegó otro y se marchó. Y en cuanto a Siemian, dijo Hip, pues...

—No queda más remedio que hacerlo nosotros. Ellos no pueden, tienen que darse el bote. Es la orden.

¡¿Cómo?! Pero de las palabras de Hipolit surgía una coerción, un imperativo, y no había que esquivarlo con ningún pretexto: de nosotros dependía el sino de muchos hombres, no se podía correr ningún riesgo, "no hay orden, no, no escrita, faltaba tiempo, ¡no hay tiempo, nada de perder tiempo hablando, hay que hacerlo! ¡Y que nos haya tocado a nosotros!"... Ahí teníamos la orden, brutal, pánica, nacida en regiones de muy alta tensión. ¿Ponerla en entredicho? Cargaría sobre nosotros la responsabilidad por todas las consecuencias, y podían ser catastróficas, porque no en vano se habían adoptado medidas tan violentas. Cualquier vacilación nuestra parecería una deserción —cuando ansiábamos arrojarnos al combate. De modo que nadie podía permitirse siquiera una apariencia de vacilación, y si Hipolit nos hubiera llevado en seguida al cuarto de Siemian, probablemente le habríamos liquidado en un santiamén. Pero aquella complicación inesperada nos daba un pretexto para dejarlo para la otra noche, ya que había que repartir los papeles, preparar, asegurar... Y estaba claro que si se podía aplazar, se debía aplazar... De modo que se me confió la vigilancia de la puerta de Siemian hasta el amanecer, cuando Waclaw vendría a relevarme, y nos dimos las buenas noches porque al fin y al cabo éramos personas bien educadas. Hipolit hacia su cuarto llevándose la lámpara, y los demás estabamos

todavía al pie de la escalera, cuando no sé qué figura atravesó las sombras. Waclaw tenía una lámpara eléctrica, y proyectó un rayo de luz. Karol. En camisón.

—¿De dónde vienes? ¿Qué haces, paseando de noche? —exclamó Waclaw en voz ahogada, sin dominarse los nervios.

—Estaba en el lavabo.

Podía ser verdad. Y seguramente Waclaw no hubiera lanzado tan inesperadamente un tan desgarrador gemido, de no extraer él mismo, con su propia lámpara, al muchacho de la tiniebla. Pero en cuanto lo extrajo, gimió. Nos sorprendió con su gemido. No menos sorprendente fue el tono extraordinariamente vulgar y desafiador con que Karol preguntó:

—¿Y usted qué busca?

Estaba dispuesto a pegar. El novio apagó instantáneamente la lámpara.

—Me excuso sinceramente —oímos en la tiniebla—. Pregunté porque sí.

Y se fue veloz, en la oscuridad.

No tuve que salir de mi cuarto para vigilar a Siemian: él estaba al lado. No se le oía moverse, pero tenía la lámpara encendida. No me acosté por miedo a dormirme: me senté ante la mesa, y todavía me latía en las sienes el ritmo galopante de los acontecimientos incomprensibles —ya que por encima de la riada de hechos se cernía una mística esfera de acentos y de significados, como el rielar de un torbellino. Llevaría una hora soleándome con tales brillos, cuando vi que me esperaba un papel deslizado bajo la puerta.

"A propósito del reciente tiroteo W - K. ¡Qué iras! K le hubiera pegado.

Ya saben que él los vio. Por eso.

Lo saben porque se lo he dicho. Les he contado que usted me ha contado que Waclaw los vio, que pasó casualmente frente a la isla. Que los vio (no a mí) por casualidad, paseando por el sendero.

Como es fácil imaginar, se han reído, o sea que han reído juntos, porque se lo he dicho juntos, y como estaban juntos han tenido que reírse... porque estaban juntos *y además ante mí. Ya están* fijados *como los sonrientes torturadores de W. Se entiende en la medida en que, en tanto que juntos, de pareja, como pareja —porque ya lo ha visto cuando cenábamos: ella, sólo en cuanto ella, o sea en singular, es fiel a su novio. Pero juntos se ríen de él.*

Y ahora el cuchillo.

Este cuchillo efectúa la combinación S (Siemian) —S' (Skuziak).

De lo cual se sigue: (SS')— W. Mediante A. Mediante el asesinato de Amelia.

Pero a su vez: W — (KH). O bien: (KH) — (SS').

¡Qué química! ¡Cómo se une todo! Son uniones todavía imprecisas, pero ya se nota una tendencia *en dicho sentido... Y pensar que yo no sabía qué hacerme con ese Skuziak —y ahí se nos mete él mismo con el* cuchillo. *Pero cuidado. ¡No asustarle! No hay que forzar... no hay que adelantarse— nademos con la corriente, como si nada, aprovechando sólo toda ocasión para acercarnos a la meta.*

Hay que colaborar con Hip en la acción clandestina. Sin dejar traslucir que nuestra acción clandestina es otra. Haga como si le hubieran empalado en la guerra de la independencia, en la guerrilla, en el di-

lema Polonia-Alemania, como si se tratara... ¡cuando de lo que se trata es de que

HENIA CON KAROL!

Pero no hay que revelarlo. Que nadie se fije. Ni chistar. Con nadie. Ni uno mismo. No insinuar —no provocar. ¡Silencio! Tiene que hacerse solo.

Hacen falta valor y tenacidad para perseverar en nuestra empresa, *aunque parezca una porquería lubrica. ¡La porquería deja de ser porquería si persevera! Adelante, porque si retrocedemos, la porquería nos ahoga. ¡No se desanime —no traicione! No hay escape. Mis más atentos saludos. Con mi mayor respeto. A quemar el papel."*

Quemar, ordenaba. Pero ya estaba escrito: SE TRATA DE QUE HENIA CON KAROL. ¿A quién se dirigía? ¿A mí? ¿O a Ella, a la naturaleza?

Llamaron a la puerta.

—Adelante.

Era Waclaw.

Me levanté para cederle la silla. Me senté en la cama.

—Le pido mil perdones, ya comprendo que estará cansado. Pero me he convencido de que no lograría dormirme si antes no hablaba con usted. No como hasta ahora. Con más sinceridad. Espero que no se ofenderá. No se figurará usted de qué se trata. De... de lo de la isla.

—No puedo hacer gran...

—Ya sé, ya sé. Le pido mil perdones por haberle interrumpido. Ya sé que usted no sabe nada. Pero desearía saber qué piensa. Yo no logro fijar las ideas. ¿Qué piensa usted? ¿Qué... piensa usted?

—¿Yo? ¿Qué puedo pensar? Sólo se lo mostré porque creí que era...

—Desde luego. Y se lo agradezco muchísimo. Pero me gustaría conocer su punto de vista. No es que tenga importancia —porque se conocen desde niños y... Es más ingenuidad que... ¡A su edad, además! Tal vez años atrás hubo algo... entre ellos... tal vez cosas medio de niños, ya sabe usted, confianzas, unas caricias, y tal vez... haya tomado una forma un poco específica —¿un poco extraño, no le parece? Y ahora a veces revierten. Una sensualidad que empieza, que brota. Pero también pudiera ser una especie de ilusión óptica, porque miramos de lejos, a través de arbustos. No puedo dudar de los sentimientos de Henia. No tengo derecho. No tengo razones. Sé que me quiere. De ningún modo puedo comparar nuestro amor con esas... chiquilladas. ¡Qué locuras!

¡El cuerpo! Sentado frente a mí. ¡El cuerpo! Estaba en bata —estaba con su cuerpo corpulento, desarrollado, grasiento y blancuzco, colonieado y bateado. Con su cuerpo como una maleta, o acaso como un neceser. ¡El cuerpo! Yo, airado contra el cuerpo y por consiguiente corpóreo, le observé burlón y me burlé de él sin contemplaciones, casi silbándole. Nada de piedad. ¡El cuerpo!

—Créalo usted o no, la verdad es que casi ni me acordaba... Pero... una cosa me inquieta. Y no sé si será ilusión... Quisiera consultárselo. Le pido me excuse anticipadamente, si resulta... demasiado fantástico. Confieso que ni sé cómo decirlo. Aquello que hacían... ya comprende, caer tan de pronto, luego levantarse... Tiene que reconocer que... es decididamente raro. ¡*Así* no se hace!

Calló, tragó saliva, y me avergonzó que la tragara.

—¿Esta impresión tiene usted?

—No era normal. Ya me comprende, si se hubieran besado —pero de manera normal... Si él, pongamos por caso, la hubiera echado al suelo... normalmente. Incluso si la hubiera poseído normalmente ante mis ojos. Me hubiera... desconcertado menos que aquella... la rareza de aquellos gestos...

Me agarró la mano. Me miró a los ojos. Me dio asco. Y me puse a odiarle...

—Dígalo con franqueza, ¿tengo razón o no? ¿O acaso no lo vi como debiera? ¿Tal vez la rareza es mía? Ni yo mismo lo sé. ¡Por favor, explíquemelo!

¡El cuerpo!

Escondiendo cuidadosamente mi malicia despreocupada pero inexorable, dije —casi nada— pero una nada que vertía aceite en las llamas:

—Bueno, el caso es... Hasta cierto punto tal vez...

—¡Pero no sé qué importancia darle! ¿Si... cuenta? ¿Hasta qué punto? Antes que nada dígame: ¿no cree usted que él y ella?...

—¿Qué?

—¡Perdone! Pienso en el *sex-appeal*. Lo que llaman *sex-appeal*. Cuando los vi juntos por primera vez... hará un año... me fijé en seguida. Atractivo. El atractivo sexual. El y ella. Pero entonces yo no pensaba todavía en serio en Henia. Y luego, cuando había despertado mis sentimientos, él retrocedió al último plano, perdió importancia al lado de mis sentimientos, y ya no me acordé de él. ¡Era una puerilidad! Pero ahora...

Inspiró aire.

Se levantó.

—Se arrojaron al suelo... no como debieran arrojarse. Y luego se levantaron —y tampoco era aquello. Y se marcharon, y tampoco como... ¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre? ¿Qué significa? ¡*Así* no se hace!

Se sentó.

—¿Qué hay que creer? ¿A qué se debe?

Me miró.

—¡Cómo se me desborda la imaginación! ¡Hable! ¡Diga algo! ¡No me deje solo con eso! —Sonrió mortecinamente: —Le ruego me perdone.

De modo que buscaba mi compañía y no quería quedarse solo, como el otro: en verdad que me cortejaban. Pero en contraste con Fryderyk, él suplicaba realmente que no le confirmaran su locura, y mientras le latía el corazón esperaba mi negativa, y que lo arrojara todo al mundo de las pesadillas. De mí dependía tranquilizarle o no... ¡El cuerpo! ¡Si sólo me hubiera hablado en forma de alma! ¡Pero el cuerpo! ¡Y mi ligereza! Y para lograrlo, para despeñarlo al infierno para siempre, bastó, como antes, murmurar unas pocas palabras:

—Debo reconocer... Puede que... Me resulta difícil... Acaso...

Esto dije. Contestó:

—¡Me ama, sé con certeza que me ama, me ama!

Se defendía, a pesar de todo.

—¿Amar? No lo dudo. ¿Pero no le parece que entre ellos el amor es superfluo? El amor lo necesita con usted, no con él.

¡El cuerpo!

Quedó callado largo rato. Estaba inmóvil. Callé también. El silencio nos rodeaba. ¿Fryderyk? ¿Dormía? ¿Y Siemian? ¿Y Józiek en su desván? ¿Qué

hacía? ¿Dormiría? La casa parecía enganchada a muchos caballos, cada uno de los cuales tiraba por su lado. Waclaw sonrió embarazado.

—Es verdaderamente penoso —dijo—. Hace unos días perdí a mi madre. Y ahora...

Meditó.

—Realmente no sé cómo excusarse por irrumpir en su habitación. Yo solo —no podía resistirlo. Quisiera decirle aun otra cosa, si me lo permite. A mí mismo me sorprende muchas veces que ella... sienta algo por mí. Cuando se trata de mi sentimiento, es otra cosa. Yo siento por ella lo que siento porque está hecha para el amor, para el amor para que sea amada. ¿Pero qué puede amar en mí? ¿Mi sentimiento, mi amor por ella? No, no sólo eso, también me quiere *a mí mismo,* pero, ¿por qué? ¿Qué ama en mí? Ya ve usted cómo soy. No me hago ilusiones, no me gusto demasiado, y realmente no sé, no alcanzo a comprender, qué ha visto en mí, y debo confesar que incluso me inquieta, y si tuviera que reprocharle algo sería... que me acepte tan complaciente. ¿Me creerá usted si le digo que en los momentos de más ardoroso éxtasis casi estoy resentido por el éxtasis mismo, porque se entrega al éxtasis conmigo? Y nunca me he sentido natural con ella, siempre me parecía que era un favor, una concesión que me hacía, hasta el punto que he tenido que recurrir al cinismo para aprovechar mis "facilidades", la tan buena disposición de la naturaleza. Pero a pesar de todos los pesares —me quiere. Es un hecho. Merecidamente o no, facilidades o no, me quiere.

—Le quiere. Sin duda.

—¡Espere! Ya sé lo que va a decir: que el otro

está fuera del amor, en otro terreno. ¡Y es verdad! Precisamente por esto lo que me ocurre es tan... inmoralmente bárbaro, desmedidamente refinado en su crueldad —no se concibe qué milagro demoníaco lo ha logrado. Si me engañara con otro hombre...

Cambiando de registro, me miró y dijo:

—Mi novia se entiende con otro. ¿Qué significa? ¿Y cómo defenderme? ¿Qué puedo hacer?

Al cabo de un rato:

—¿Y sabe lo que me parece? Que no se ha entregado a él. Y que esto es más temible que si vivieran juntos. Qué idea, parece una locura, ¿verdad? ¡Pero!... Porque si se entregara a él yo podría defenderme, pero así... no puedo... Y cabe imaginar que, al no habérsele entregado, todavía es más suya. ¡Porque entre ellos ocurre de otro modo, de otro modo! ¡Es otra cosa! ¡Es otra cosa!

Y otra que él ignoraba. Que lo que había visto en la isla ocurría para Fryderyk y *gracias a* Fryderyk —era una especie de bastardo que habían dado a luz con Fryderyk. Y qué satisfacción— dejarle en la ignorancia, que no tuviera ningún atisbo de que yo, el hombre con quien se confiaba, estaba del otro lado, con el elemento que lo destrozaba. Aunque el (demasiado joven) elemento no era el mío. Aunque yo era compañero de Waclaw, no de ellos —y al destrozarle a él me destrozaba a mí mismo. Pero —¡qué maravillosa ligereza!

—Es la guerra —dijo—. Es resultado de la guerra. ¿Pero por qué tendré yo que pasar la guerra con mocosos? Uno me mata a la madre, el otro... Es demasiado, realmente demasiado. Una exageración. ¿Desea saber lo que voy a hacer?

Como no contesté, repitió con énfasis:

—¿Quiere saber cuál será mi norma de conducta?

—Le escucho. Hable.

—No cederé ni un palmo de terreno.

—Ajá.

—No le permitiré que la seduzca —ni a mí.

—¿Qué quiere decir?

—Sabré defenderme y guardar lo mío. Yo la amo. Ella me ama. Es lo único que cuenta. Lo demás tiene que desvanecerse, lo demás no debe tener importancia, porque yo lo quiero así. Soy capaz de quererlo. Sepa usted que en el fondo no creo en Dios. Mi madre era creyente, yo no lo soy. Pero quiero que Dios exista. Lo quiero, y es más importante que estar solamente convencido de su existencia. Ya que es así, también soy capaz de querer y de imponer mi derecho, mi moralidad. Llamaré a Henia al orden. Todavía no le he hablado, pero mañana mismo tendré una conversación con ella y la llamaré al orden.

—¿Qué le dirá?

—Conservaré la dignidad y la obligaré a ser digna. La respetaré, y la obligaré a respetarme. Actuaré de tal modo, que no podrá retirarme su sentimiento y su fidelidad. Yo creo que el respeto y la consideración, me entiende usted —obligan. Y con el mozo ese también tomaré las medidas convenientes. Me he desequilibrado un poco, pero no volverá a ocurrirme.

—¿Quiere usted... equilibrar?

—¡Esto es! ¡Equilibrar! Les llamaré al equilibrio.

—Sí, pero el equilibrio es cuestión de pesos. Lo que más equilibra es lo que más pesa. ¿Pero qué pesa más? Puede ser una cosa para usted, otra para ellos. Cada cual se busca su sistema de pesos y medidas.

—¿Cómo se entiende? Yo peso, ellos no. Qué pueden pesar, si están hechos de chiquilladas, tonterías, disparates. ¡Idiotas!

—¿Y si para ellos las chiquilladas tuvieran peso?

—¿Cómo? Ellos tienen que pesar lo que a mí me pesa. ¿Qué saben ellos? ¡Yo sé! ¡Les obligaré! No negará usted que peso más que ellos: mis principios son lo pesado.

—Espere... Yo creía que usted se atribuía peso por sus principios, pero ahora resulta que sus principios son pesados porque lo es usted. Personalmente. Como persona. Como mayor.

—¡Si no a palos, a puñadas! —gritó—. ¡Da lo mismo! Perdóneme por favor lo siento muchísimo. Eso de las confesiones a hora tardía... Le estoy muy agradecido.

Salió. Me dio risa. ¡Cómo había mordido! Y se retorcía como un pez.

¿Sufría? ¿Sufría? Sí, claro, sufría, pero era un sufrimiento obeso, mortecino, calvo...

La gracia estaba de la otra parte. Yo también estaba de la otra parte. Todo lo que de allí emanaba era encantador, y —ya que uno sabía ganárselo— voluptuoso... El cuerpo.

¡El becerro aquél, que aparentaba defender la moral y cargaba sobre ellos con todo su peso! Me cargaba también a mí. Imponía aquella moralidad suya, sin más razón que la de que era "la suya" —más pesada, más vieja, más desarrollada... la moralidad de un hombre. ¡La imponía por la fuerza!

¡Qué becerro! Me repugnaba. Sólo que... ¿No era yo como él? Yo —un hombre... Lo estaba pensando, cuando de nuevo llamaron a la puerta. Estaba seguro

de que sería otra vez Waclaw— ¡pero era Siemian! De puro sorprendido casi le tosí en la cara —¡era lo que menos me esperaba!

—Perdone que le moleste, pero oí voces y comprendí que no dormía. ¿Permite que me sirva un vaso de agua?

Bebió despacio, a sorbitos, sin mirarme. Sin corbata, con la camisa abrochada pero arrugada —y los cabellos llenos de brillantina, pero despeinados, y a cada instante pasaba los dedos por ellos. Vació el vaso, pero no se marchó. Allí se quedó plantado manoseándose el cabello.

—¡Qué arabesco! —murmuró—. Es increíble...

Allí seguía plantado, como si yo no estuviera. Deliberadamente no dije nada. A media voz, sin dirigirse a mí, dijo:

—Necesito ayuda.

—¿En qué puedo servirle?

—¿Ya sabrá que tengo los nervios destrozados? —preguntó con indiferencia, como si no se tratara de él.

—Debo confesar... No comprendo...

—A la fuerza tiene que estar usted al corriente —dijo con inicio de risa—. Sabe quién soy. Y que ya no sirvo.

Se enmarañó los cabellos y esperó mi réplica. Podía esperar indefinidamente, porque cayó en la meditación, o más bien parecía concentrado en alguna idea pero sin meditarla. Decidí enterarme de lo que quería, y dije que sí, que estaba al corriente...

—Es usted simpático... Y además ya no podía aguantar, encerrado ahí... —apuntó a su cuarto con el dedo—. ¿Cómo decírselo? Decidí dirigirme a al-

guien. Decidí dirigirme a usted. Tal vez porque me cae simpático, o tal vez porque sólo esta pared... Ya no puedo estar más tiempo solo. ¡No puedo, y basta! Permita que me siente.

Se sentó con movimientos de convaleciente —cautelosos, como si no lograra gobernar sus miembros y tuviera que meditar cada gesto.

—Quisiera pedirle una información —dijo—. ¿Se trama algo contra mí, aquí?

—¿Cómo? —pregunté.

Se decidió por reír y luego dijo:

—Perdone, yo quería hablar con sinceridad... Pero primero debo explicar por qué me presento. Tendré que contarle algo de mi vida. Por favor, escúcheme sin prevención. Naturalmente, debe saber ya mucho de mí. Habrá oído contar que era hombre valeroso, puede decirse que incluso peligroso... Sí... Pero ahora, desde hace muy poco, me ocurre eso... He perdido la compostura, comprende. Una ligera debilidad. Un día estaba sentado junto a la lámpara, y de pronto se me metió en la cabeza la pregunta: ¿cómo has tenido tanta suerte hasta ahora? ¿Y si mañana no la tienes y te pillan?

—Muchas veces tiene que haber pensado eso.

—¡Claro que muchas veces! Pero entonces no fue sólo eso —sino que pensé también otra cosa— que no debía pensar en aquello porque podría aflojarme, abrirme, qué sé yo, hacerme accesible al peligro. Pensaba que valía más no pensar. Pero en cuanto lo pensé, no pude ya librarme de la idea, me agarró, y dale y dale, pensando que me llegaría la mala suerte y que no tenía que pensarlo porque me traería mala suerte, y así sin parar de darle vueltas. ¡Oh, me agarró!

—Nervios.

—No son nervios. ¿Quiere saber lo que es? Es una conversión. La conversión del valor en miedo. No hay nada que hacer.

Encendió un cigarrillo. Inhaló el humo y lo exhaló.

—Mire, hace tres semanas yo tenía todavía una finalidad, una misión, una causa, tenía tal o cual objetivo... Ahora no tengo nada. Todo me ha resbalado a los pies como, con perdón sea dicho, unos calzones. Ahora sólo pienso en que no me ocurra nada. Y tengo razón. ¡El que teme por sí mismo tiene siempre razón! Lo peor es que tengo razón —¡nunca hasta ahora tuve razón! Pero qué quiere usted. Hace cinco días que estoy aquí. Pido caballos, y no me los dan. Me tienen como encerrado. ¿Qué quieren ustedes hacer conmigo? Doy vueltas por el cuarto... ¿Qué se proponen?

—Cálmese. Son nervios.

—¿Quieren liquidarme?

—No exagere.

—No soy tan tonto. He fallado... Fue una idiotez descubrirles mi miedo —ahora lo saben. Cuando no tenía miedo no me temían. Ahora que tengo miedo me he vuelto peligroso. Lo comprende. No soy de fiar. Pero me dirijo a usted, de hombre a hombre. He tomado la siguiente decisión: presentarme ante usted y hablar claro. Es mi última posibilidad. Acudo a usted rectamente, porque no tengo otra salida. Escúcheme. Es el más vicioso de los círculos. Ustedes me temen porque yo les temo, y yo les temo porque me temen. No puedo salir si no es saltando, con lo cual —caigo sobre usted, aunque no le conozco... Usted es

inteligente, un escritor— compréndame, déme una mano para escapar.

—¿Qué quiere que haga?

—Que me permitan marcharme. Dejarles en paz. Sólo en esto sueño. Largarme. Me iría a pie —pero serían ustedes capaces de seguirme, alcanzarme por los campos y... Convénzanse de que si me dejan que me marche no volveré a meterme en nada, que ya estoy harto, que no puedo más. Quiero —calma. Calma. Una vez separados, no habrá más dificultades. Hágalo, se lo suplico, porque, comprenda, no puedo más... O ayúdeme a escapar. Me dirijo a usted, porque no puedo quedar solo contra todos, como un proscrito —déme una mano, no me deje solo. No nos conocemos, pero le he elegido a usted. Me dirijo a usted. Para qué perseguirme, cuando me he vuelto inofensivo— y no hay más que hablar. He llegado al fin.

Era un escollo inesperado, aquel hombre que se echaba a temblar. Yo estaba todavía lleno de Waclaw —y luego la vomitona de aquel hombre— ¡basta, basta, basta! —que imploraba piedad. En un atisbo fugaz apreció la fatal magnitud del problema: no podía echarle, porque su muerte se potenciaba con su vida temblorosa ante sí. Se había dirigido a mí, se me había acercado, y adquiría proporciones gigantescas, su vida y su muerte se empinaban hasta los cielos, abrumándome. Pero a la vez, su aparición, distrayéndome de Waclaw, me devolvía a la causa, a nuestra misión a las órdenes de Hipolit, y él, Siemian, no era más que el objeto de nuestra acción... Y en cuanto objeto quedaba fuera, excluido de nosotros: yo no podía ni reconocerle ni entenderme con él, ni siquiera hablar realmente con él —tenía que guardar las distancias,

no dejarle acercarse, maniobrar, ser político... o sea que por un instante el pensamiento se me encabritó como un caballo ante un obstáculo inesperado... porque invocaba mi humanidad y se me acercaba como a un hombre, pero a mí no me estaba permitido mirarle como a un hombre. ¿Qué podía contestarle? Lo más importante era: ¡que no se me acercara, que no me penetrara!

—Señor —dije—, estamos en guerra. El país está ocupado. Una deserción en tales circunstancias es un lujo que no podemos permitirnos. Cada uno de nosotros tiene que vigilar a los demás. Usted lo sabe.

—Quiere decir que... ¿Que usted no quiere... hablar de verdad conmigo?

Emperó unos momentos, como si le complaciera el silencio que nos iba dividiendo.

—Mire —dijo—, ¿se le han caído alguna vez los pantalones?

No contesté, aumentando la distancia.

—Mire —dijo paciente—, a mí se me ha caído todo. Ya no me queda nada, voy desnudo como un gusano. Hablemos sin ambages. Si en plena noche me presento a usted, un desconocido, creo que no es cosa de hablar como farsantes. ¿No quiere?

Calló y esperó mis palabras. No dije nada.

—Me importa un bledo lo que usted piensa de mí —siguió apático—. Pero me he dirigido a usted, para darle a escoger entre salvarme o asesinarme. ¿Qué prefiere?

Entonces eché mano de una mentira manifiesta, tan manifiesta para él como para mí —y con ello le excluí de nosotros definitivamente:

—No no sé que nada le amenace a usted. Es una exageración. Son nervios.

Aquello le cortó las raíces. No contestó —pero tampoco se movió, no se marchaba, se estaba... pasivo. Como si le hubiera dejado sin fuerzas para marchar. Y pensé que podía quedarse horas de aquel modo, sin moverse —para qué iba a moverse— quedaría... aplastándome. No sabía cómo componérmelas con él —y ni siquiera él podía ayudarme, porque yo lo había expulsado, desterrado, y sin él me encontré frente a él— yo solo... Como si fuera un objeto en mi mano. Pero entre nosotros no había más que indiferencia, frío desagrado: ¡me era extraño, me repugnaba! Un perro, un caballo, una gallina, un gusano incluso, me hubieran resultado más simpáticos que aquel hombre, ya entrado en años, gastado, con su historia entera escrita en el cuerpo: un hombre no soporta a otro hombre. ¡No tenía seducción para mí, no por cierto! No era capaz de ganarme para su causa. ¡No podía ganar favor, no podía agradar! Me repugnaba tanto por su espíritu como por su cuerpo, tanto como Waclaw, más todavía —y yo le repugnaba tanto como él me repugnaba, y nos hubiéramos arremetido y enredado los cuernos como dos ciervos viejos— y el hecho de que yo, gastado como él, le repugnara a él, aumentaba mi asco. ¡Primero Waclaw y luego él —qué seres repugnantes! ¡Y yo con ellos! Un hombre no soporta a otro si no es en forma de renunciamiento, en tanto que renuncia a sí mismo en favor de otra cosa —del honor, de la virtud, de la patria, de la lucha... Pero un hombre que sólo es un hombre —¡qué monstruosidad!

Sólo una cosa me obsesionaba —que se fuera. Luego reflexionaría —pero primero que se fuera. ¿Por

qué no haberle dicho que estaba dispuesto a ayudarle? No me hubiera comprometido a nada, porque me habría sido fácil presentar mi promesa como una maniobra astuta —quiero decir, en el caso en que me decidiera a liquidarle, a entregarle a Hipolit— cosa muy conveniente para nuestra misión, para nuestra unidad, por lo cual estaba permitido ganar su confianza y guiarle al matadero... ¿Si uno liquida a un hombre, qué daño se le hace engañándole?

—Oigame. Antes que nada, tiene que dominarse los nervios. Es lo más importante. Baje mañana a almorzar. Diga que tuvo una crisis nerviosa pero que ya se le pasa. Que recobra la forma. Haga como si fuera una cosa pasada. Por mi parte, hablaré con Hipolit y procuraré arreglarle la partida. Y ahora vuelva a su habitación, que no nos sorprendan juntos...

Al decirlo, no tenía la menor idea de lo que decía. ¿Verdad o mentira? ¿Ayuda o traición? Ya veríamos —¡de momento que se fuera!

Se levantó y se enderezó; no percibí en él ni una sombra de esperanza, ni tampoco un estremecimiento; no se esforzó por dar las gracias, ni por hacerse simpático siquiera con una mirada... Sabiendo que no lograría nada, que sólo le cabía existir —ser como era— ser su existencia ingrata y deshecha —cuya aniquilación iba a ser más repugnante todavía. Chantajeaba con sólo su existencia... ¡oh, qué diferente de Karol!

¡Karol!

Cuando se hubo marchado, escribí una carta a Fryderyk. Era un informe —le daba cuenta de mis dos visitas nocturnas. Y con aquel documento, me alisté expresamente para nuestra privada acción militar. Me adhería por escrito. Quedaba trabado el diálogo.

11

Al día siguiente, Siemian apareció a la hora de almorzar.

Yo me levanté tarde y bajé cuando ya se sentaban a la mesa —y entonces se presentó Siemian, afeitado, brillantineado yaromatizado, con un pañuelo en el bolsillo del pecho. Era la aparición de un cadáver— ¿qué habíamos hecho durante dos días, sino matarle ininterrumpidamente? El cadáver besó la mano de la señora con la gracia de un oficial de caballería, y tras saludarnos a todos explicó que "la indisposición que le obligara a recluirse empezaba a disiparse" y que se encontraba mejor —y que ya le pesaba el quedarse arriba "cuando allí estaba toda la familia reunida". Hipolit le llevó una silla con sus propias manos, le pusieron un cubierto, insensiblemente volvimos a tratarle con la consideración de antes, y se sentó —tan superior y aplastante como el día de su llegada. Sirvieron la sopa. Pidió una copa de wodka. Menudo esfuerzo debía ser —hablar de cadáver, comer de cadáver, beber de cadáver— actividad extraída por la fuerza a su creciente apatía, sólo por la fuerza del terror.

—Todavía no tengo gran apetito, pero voy a probar esta sopita... Otra copita de wodka la bebería con gusto, si me permiten.

Qué almuerzo... enturbiado pero lleno de oculto dinamismo, rico en crescendos desenfrenados y penetrado de significados contradictorios, confuso como un palimpsesto... Waclaw junto a Henia —y probablemente ya le había hablado y "llamado al orden", porque se trataban con la mayor consideración, ella ennoblecida y ennoblecido él— muy nobles los dos. Fryderyk— gárrulo como siempre, sociable, pero claramente cediendo terreno ante Siemian, que insensiblemente recobraba el poder... Yo, al corriente de que, de puro miedo, su desesperación se enmascaraba de energía, lo miraba como un número de farsa. Al principio sólo mostró la animación de un oficial de fronteras, medio cosaco y medio salteador —pero progresivamente se insinuó aquella fría y apática indiferencia que mostraba la noche anterior. Se hizo más tenebroso y más feo. Y en su interior debía de producirse un insoportable conflicto, cuando, de puro miedo, encarnaba ante nosotros al antiguo Siemian, que él no era ya, al que temía más que a nosotros y a cuya altura no llegaba— aquel "peligroso" Siemian, nacido para mandar, para servirse de los hombres, para hacer que hombres mataran a hombres. "Una rodaja de limón por favor" —muy fronterizo, un poco ruso, pero se moría de miedo y despreciaba a todo el mundo, y él lo sentía, y su ferocidad manaba de su miedo. Fryderyk debía de saborear con avidez aquella crecida de ferocidad y de miedo en una misma persona. Pero el juego de Siemian no se hubiera desmandado de no ser por Karol, que se le había unido y apoyaba con todo su cuerpo la fuerza feroz.

Karol comía la sopa, untaba el pan con mantequilla —pero Siemian se había en seguida apoderado

de él, como el primer día. De nuevo estaba el joven dominado, y sus manos eran militares, exactas. Ningún gesto delataba la posesión —pero, simplemente, se había producido— y era como el cambio en un rostro por efecto de la iluminación. Tal vez Siemian no lo pensara siquiera, pero entre el joven y él se estableció en seguida una relación, y su tono sombrío, aquella nube cargada de fuerza imperante (ya sólo fingida), empezó a sorber a Karol y a encerrarlo en tinieblas. Y Waclaw colaboraba, al estar sentado junto a Henia, y noble... Waclaw, íntegro, pidiendo amor y virtud... miraba cómo el muchacho entenebrecía al caudillo —y el caudillo al muchacho.

Waclaw tenía que sentir que todo aquello se orientaba contra el respeto que él defendía y que le defendía —ya que entre el caudillo y el joven no se acumulaba más que desprecio— ante todo desprecio de la muerte. El joven se entregaba a vida o muerte al caudillo porque éste no temía ni morir ni matar —por lo cual era señor de los demás hombres. Detrás de aquel desprecio seguían todas las posibles desvalorizaciones, océanos de desvalorización, y la juvenil capacidad de desprecio se mezclaba con el tétrico desdén del jefe— y se justificaban el uno al otro, los que no temían ni a la muerte ni al dolor —el uno porque era joven, el otro porque era caudillo. El proceso se agigantó más allá de toda norma, porque los procesos artificiales son de difícil dominio— y sólo de puro miedo se presentaba Siemian como un jefe: para salvar el pellejo. Y aquel jefe de artificio, convertido en verdad por un adolescente, le aterraba a él más que a nadie. Fryderyk debía de saborear con delicia aquella potenciación de tres personas: Siemian, Karol, Waclaw. La

posibilidad de una explosión... en tanto que ella, Henia, se inclinaba apacible sobre su plato.

Siemian comió... por demostrar que era tan capaz de comer como cualquiera... y probó a hacerse simpático mediante su encanto de las estepas, que estaba envenenado por su frialdad de cadáver, y al llegar a Karol se transformaba en violencia y sangre. Fryderyk lo sorbía. Pero ocurrió que Karol pidió un vaso y Henia se lo dio —y acaso aquel momento en que el vaso pasó de una a otra mano se prolongó un poquitín, sólo un poquitín— pudo parecer que la separación de sus manos se demoraba una fracción de segundo. Podía ser. ¿Y si era? La insignificancia de aquella sospecha aplastó a Waclaw como un mazazo —se volvió gris— y Fryderyk los recorrió con la mirada —¡oh, con qué indiferencia!

Sirvieron la compota. Siemian se hundió en el silencio. Se volvía más repugnante por momentos. Parecía que su surtido de cortesías se había agotado, que por fin había renunciado a gustar, y que los portales de la ferocidad se abrían de par en par. Henia se puso a hacer dibujos con el tenedor, y Karol por su parte tocó el suyo —en realidad no se aclaró si pensó en ponerse a hacer dibujos o si sólo el tenedor por casualidad, cosa muy natural ya que lo tenía debajo de la mano— pero Waclaw se puso de nuevo gris, porque —¿era casualidad? Claro que podía ser casual, y además era tan nimio que apenas fue perceptible. Pero no cabía excluir... sí, tal vez tras aquella insignificancia se escondiera un juego— ligero, muy, muy ligero —tan microscópico que (la joven) podía entregarse al mismo con (el muchacho) sin que ello afectara a su virtud en relación al novio. Y acaso les excitara aque-

lla ligereza— el hecho de que el más mínimo movimiento de sus manos pegara a Waclaw como un puñetazo —acaso no podían ya renunciar al juego, que apenas era nada y sin embargo era para Waclaw un horrendo pogrom. Siemian comía la compota. Aunque Karol se entregara a tales impertinencias encaminadas a Waclaw, aquello no afectaba en nada su lealtad hacia Siemian, porque jugaba como un militar dispuesto a la muerte, y por consiguiente frívolo. Y también aquello alcanzaba el grado de desenfreno que da el artificio— porque el jugueteo con los tenedores no era más que una prolongación del juego teatral en la isla, su flirt era de teatro. Yo me encontraba, en aquella mesa, entre dos mixtificaciones, más fascinado que por todo lo que la realidad pudiera lograr. Un seductor artificial y un amor artificial.

Nos levantamos. Había concluido el almuerzo.

Siemian se acercó a Karol.

—Oye... mozo... —dijo.

—Diga —contestó Karol ilusionado.

El oficial miró a Hipolit con ojos difuminados, fríos y desagradables.

—¿Y si habláramos? —dijo entre dientes.

Yo también me había acercado a oír el diálogo, pero me frenó con un breve:

—Usted no...

¿Qué era aquello? ¿Una orden? ¿Había acaso olvidado la noche anterior? Pero lo dejé y me quedé en la terraza, mientras él se alejaba por el jardín con Hipolit. Henia posó la mano en el hombro de Waclaw, como si nada hubiera ocurrido entre ellos —de nuevo fiel. Pero no sin que Karol posara la mano en el marco de la puerta (la mano de él en la puerta— la

de ella en el hombro). Y el novio propuso a la señorita: "Vamos a pasear", y ella le hizo eco: "Vamos". Fryderyk miró a los novios y luego a Karol, y dijo: "¡Ridículo!". Le contesté con una imperceptible sonrisa, visible sólo para él.

Un cuarto de hora más tarde volvió Hipolit y nos convocó al despacho.

—Hay que terminar con él —dijo—. Esta noche hay que liquidarlo. ¡Aprieta!

Y, dejándose caer en el sofá, repitió para sí mismo, cerrando los ojos con voluptuosidad:

—¡Aprieta!

Al parecer Siemian había vuelto a pedir caballos, pero ya no suplicando, sino en términos tales que Hipolit no creía poder creerlo.

—¡Es un sinvergüenza, señores! ¡Un asesino! Quería caballos, le he dicho que hoy es imposible, que mañana tal vez... y entonces me ha agarrado la mano entre las suyas y ha apretado, apretado les digo, como verdadero asesino... y me ha dicho, ¡textual!, que si los caballos no estaban aquí mañana a las diez en punto... ¡Aprieta, como les digo! Hay que liquidarlo esta noche, porque si no mañana me obligará a darle los caballos.

Y añadió en voz baja:

—Me obligará.

Fue una sorpresa para mí. Al parecer Siemian no había logrado representar el papel según convinimos la víspera: en vez de hablar con calma y procurar que el asunto marchara sin choques, había tempesteado... debía de estar poseído, aterrorizado, por el antiguo "peligroso" Siemian, resucitado durante el almuerzo, con sus amenazas y su ferocidad (que no podía domi-

nar, ya que le aterraban a él más que a nadie)... O sea que se había vuelto de nuevo peligroso. Pero yo quedaba libre de responsabilidades, ya que había presentado mi informe a Fryderyk. Hipolit se incorporó.

—Entonces, señores, ¿cómo vamos a hacerlo? ¿Quién?

Sacó cuatro cerillas de una caja, y rompió una. Miré a Fryderyk, creyendo que me haría seña de hablar y referir mi conversación con Siemian. Pero estaba horrendamente pálido. Tragó saliva.

—Perdonen —dijo—. Yo no sé si...

—¿Cómo? —dijo Hipolit.

—La muerte —repuso Fryderyk, sin mirarle a los ojos—. ¿Ma-tar-lo?

—¿Qué remedio? Tenemos órdenes.

—¿Ma-tar-lo?

No miraba a nadie. Estaba solo con su palabrita. Nadie más: él y ma-tar-lo. Su palidez de yeso delataba que él sabía lo que era matar. Lo sabía —en aquel preciso momento— hasta el trasfondo del alma.

—Yo... eso... no... —dijo.

E hizo un gesto con la mano, una especie de movimiento lateral con los dedos... De pronto se volvió a Waclaw.

Y pareció como si su palidez, como un sobre, diera a leer una dirección: antes de que hablara, comprendí que no tenía pánico, que maniobraba —sin perder de vista a Henia y a Karol— ¡acercándose a ellos! ¿No tenía miedo? ¿Perseguía su fin?

—¡Ni usted tampoco! —arrojó a Waclaw.

—¿Yo?

—¿Cómo lo haría?... ¿Con un cuchillo? Tiene que ser con un cuchillo, no de un tiro, demasiado ruido

—¿y cómo podría hacerlo con un cuchillo, cuando hace tan poco que su señora madre con un cuchillo...? ¿Usted? ¿Usted con su señora madre y lo católicos que son? ¿Cómo se las compondría para ser capaz...?

Se enredaba en sus propias palabras, pero las vivificaba la expresión del rostro que chillaba "no" y se pegaba al rostro de Waclaw. No cabía duda —él "sabía de qué hablaba". Sabía lo que quiere decir "matar", y estaba al borde del derrumbamiento, no podía llegar más allá... ¡No, no era una función, no era táctica, en aquel momento se hacía realidad!

—¿Desierta? —le arrojó Hipolit con frialdad.

Por toda respuesta, sonrió bobamente.

Waclaw tragó saliva, como si le obligaran a comer un manjar repulsivo. Supongo que hasta entonces se lo tomaba como yo, o sea como una acción guerrera: aquel asesinato era una muerte entre tantas otras, una muerte más —pero se la sacaban del anonimato y se la presentaban por separado— ¡el acto, desmedido y aterrador, de matar él mismo! También él palideció. ¡Su madre, además! ¡El cuchillo! El cuchillo idéntico al que mató a la madre... Mataría con un cuchillo recién sacado del cadáver de su madre, haría los mismos gestos, atacaría igual, y el cuerpo de Siemian sería el de su madre... ¿Pero acaso, bajo su frente arrugada, la madre se le estaba confundiendo con Henia? Y no la madre, sino Henia resultó lo decisivo. Debió de verse a sí mismo en el papel de Skuziak, asestando el golpe... Y entonces, ¿cómo iba a lograr afirmarse frente a Henia y Karol, cómo oponerse a su alianza, a la Henia en los brazos del (muchacho), a la adolescente Henia en los brazos de él, a la insolente juvenilísima Henia?... Matar a

Siemian, hacer lo que hizo Skuziak —¿y luego qué quedaría de él? ¿Iba a convertirse en un Skuziak? ¿Qué podría oponer a la fuerza de los dos jóvenes? Si Fryderyk no hubiera aislado el asesinato y no lo hubiera elevado a dimensiones gigantescas... Pero desde entonces era el asesinato personal de Waclaw, el cuchillo atacaba su dignidad, su honra, su virtud, todo lo que le servía para luchar contra Skuziak en defensa de su madre, contra Karol en defensa de Henia.

Por todo lo cual, seguramente, se volvió a Hipolit y comunicó bobamente, como si se tratara de algo ya sabido:

—No puedo hacerlo...

Fryderyk me interpeló casi triunfal, en un tono que dictaba la respuesta:

—¿Y usted? ¿Asesinará usted?

De modo que... ¡Era una táctica! Algo se proponía al fingir miedo y al obligarnos a seguirle. Inconcebible: aquel pánico, pálido y sudoroso, tan definitivo, no era más que un caballo con el cual galopaba... ¡en dirección a las rodillas y los brazos jóvenes! ¡Utilizaba su cobardía para finalidades eróticas! ¡Se utilizaba a sí mismo como si fuera su propio caballo! Pero su carrera me arrastró a galopar con él. Por lo demás, ni que decir tiene que yo tampoco sentía deseos de asesinar. Me alegré que se me diera permiso para rehuir el encargo —ya la unidad y la disciplina se nos habían descompuesto. Contesté:

—No.

—Joder —replicó Hipolit, grosero——. No le demos vueltas. Yo me ocupo de eso. Sin ayuda.

—¿Usted? —dijo Fryderyk—. ¿Usted?

—Yo.

—No.

—¿Cómo?

—Nnnno...

—Oiga —dijo Hipolit—. A ver si tenemos sensatez. No podemos chaquetear. Hay que tener sentido del deber. ¡Es un deber, señores míos! ¡Estamos de servicio!

—¿Por sentido del deber, a-se-si-na-rá usted a un inocente?

—Es una orden. Recibimos la orden. ¡Se trata de una misión militar, señores míos! No abandonaré la formación, hay que avanzar juntos. ¡Tiene que hacerse! ¡Es la responsabilidad! ¿Qué quieren ustedes? ¿Que le dejemos largarse?

—Esto es imposible —otorgó Fryderyk—. Ya sé que es imposible.

Hipolit le miró con asombro. ¿Acaso había esperado que Fryderyk dijera: "Dejemos que se largue"? ¿Había contado con aquello? Si lo esperaba, la respuesta de Fryderyk le desengañó.

—¿Qué propone, pues?

—Ya sé, naturalmente... caso de necesidad... el deber... órdenes son órdenes... No se puede... Pero usted no será capaz... No, a-se-si-nar, no... Nnnnno... ¡No podría usted!

Hipolit, al chocar con aquel "nnnno", insinuante, susurrado —se sentó. Aquel "nnnno" sabía lo que es matar— y aquel saber se erguía ante Hipolit, encabritando su desmedida dificultad. Agobiado por el cuerpo de aquel "nnnno", Hipolit nos miró como desde una ventana, pidiendo auxilio. Ya no cabía "liquidar ordinariamente" a Siemian, tras nuestra denegación horrorizada. La cosa se había vuelto demasiado

asquerosa, bajo el peso de nuestro asco. Y ya no cabía la superficialidad. Aunque Hipolit no fuera ni muy sensible ni muy profundo, era de todos modos un hombre de cierta clase, de cierta esfera, y si nos habíamos puesto profundos él no podía quedarse superficial —simplemente por razones sociales. En determinadas circunstancias no puede uno ser "menos profundo" ni "menos sutil": sería una descalificación social. De modo que el respeto humano le obligaba a la profundidad, a tocar con nosotros el fondo de la noción de "asesinar", a mirarla como la mirábamos —como un horror. Se sentía, como nosotros, aterrado. ¿Matar con sus propias manos? ¡No, no, no! Pero en tal caso sólo cabía "no matar" —¡y "no matar" significaba desertar, traicionar, chaquetear, faltar al deber! Abrió los brazos. Se encontraba entre dos pesadillas— y una de ellas tenía que devorarle.

—Karol puede encargarse.

¡Karol! ¡De modo que apuntaba a eso, el viejo zorro! ¡Charlatán! ¡Galoparse a sí mismo, como un caballo!

—¿Karol?

—Claro. El se encargará. Si usted se lo manda.

Lo dijo como si fuera lo más natural —todas las dificultades se habían desvanecido. Como si se tratara de mandar a Karol de compras a Ostrowiec. No sé cómo lo logró, pero el cambio de tono de su voz parecía justificado.

Hipolit se mareaba.

—¿Cargarle eso al chico?

—¿A quién si no? Nosotros no lo haremos, no es cosa para nosotros... ¡Y tiene que hacerse, no hay

escape! Para él no habrá problema. ¿Por qué no había de hacerlo? Mándeselo.

—Sí, claro, si se lo mando lo hace... ¿Pero...? ¿Cómo?... Por así decir, tendría que hacerlo... ¿en vez de nosotros?

Waclaw intervino nervioso:

—Olvida usted que hay peligro... Es una responsabilidad. ¡No podemos pedir ayuda, sería una monstruosidad cargarle el riesgo!

—Con el riesgo cargaremos nosotros. Si se descubre, diremos que somos los autores. ¿De qué se trata, al fin y al cabo? De tomar un cuchillo y de clavarlo... El lo hará más limpiamente.

—Pero repito que no tenemos derecho a servirnos de él, a inmiscuirle sólo porque tiene dieciséis años... a dejarnos representar por él...

Le atenazaba el pánico. Cargar a Karol con un asesinato que él, Waclaw, no era capaz de cometer, Karol, explotar su juventud, Karol —porque era un muchacho...

—¡Sería una inmoralidad! —arrojó iracundo.

Estaba colorado como si se descubrieran sus más ocultas verguenzas. Hipolit, en cambio, iba acostumbrándose a la idea.

—Posiblemente... en realidad es lo más sencillo... Ante la responsabilidad nadie retrocede. Sólo se trata de no ensuciarse... con el hecho en sí mismo... No es trabajo para nosotros. Es para él.

Y se tranquilizó, como tocado por una varita mágica —como si finalmente se hubiera hallado la única solución natural. Lo veía como concorde con el orden cósmico. El no chaqueteaba. El estaba allí para dar órdenes —Karol para cumplirlas.

Recobró la calma y la razón... Se volvió aristocrático.

—¡Cómo no se me había ocurrido!... ¡Naturalmente!

Un espectáculo en verdad asombroso: dos hombres, y uno de ellos muerto de vergüenza ante lo que devolvía al otro la dignidad. La "explotación de un menor" llenaba a uno de vergüenza y al otro de orgullo, y mientras uno perdía su hombría el otro la recobraba con creces. ¡Pero Fryderyk —qué genio era! Haber logrado meter a Karol en el asunto... hacer que el asesinato ardiera e iluminara no sólo a Karol sino también a Henia, a ambos con sus brazos, con sus piernas— ¡y el futuro cadáver brillaba con sensualidad virginal, torpe y brusca! La ardencia estalló —el asesinato era ya un suicidio por amor. Y todo —la muerte, nuestro miedo, nuestro asco, nuestra impotencia— sólo para que se apoderara una mano joven, demasiado joven... Sentí como si no estuviéramos proyectando una ejecución, sino una aventura de aquellos dos cuerpos inmaturos, vacilantes. ¡Qué delicia!

De pronto, Waclaw dijo que estaba de acuerdo. En otro caso hubiera tenido que encargarse él de la misión, porque los demás estábamos fuera de concurso. Y además era probable que se estuviera armando un lío —seguramente se le había introducido el catolicismo en sus cálculos, y debía de creer que un Karol asesino sería para Henia tan repulsivo como lo sería él, Waclaw, en el papel de asesino— falsa conclusión debida a que olía las flores con el alma y no con la nariz, a que creía demasiado en la hermosura de la virtud y en la fealdad del pecado. Olvidaba que acaso lo feo tuviera otro sabor en Karol que en él. Abraza-

do a tal ilusión, dijo que estaba de acuerdo —porque además no podía estar de otro modo que de acuerdo, si no quería estar en muy incómoda posición, peleado con todos nosotros.

Fryderyk, temiendo que las opiniones pudieran cambiar, se lanzó en cuanto pudo en busca de Karol —y yo con él. No estaba en la casa. A Henia la encontramos revisando la colada, pero a ella no la necesitábamos. Nos íbamos poniendo nerviosos. ¿Dónde estaba Karol? Lo buscábamos con impaciencia creciente, sin decirnos nada, como dos extraños.

Estaba en la cuadra, con los caballos —le llamamos— se nos acercó sonriente. Me acuerdo muy bien de aquella sonrisa, porque al llamarle me di cuenta de nuestra temeridad. El joven adoraba a Siemian. Le era leal. ¿Cómo lograríamos obligarle a aquello? Pero la sonrisa nos trasladó a otro paisaje, donde todo era amistoso y amable. Aquel niño tenía ya conciencia de su superioridad. Sabía que si algo buscábamos en él era su juventud —y sabiéndolo, se nos acercó burlón pero dispuesto a divertirse. Su actitud era una fuente de felicidad, un signo de total confianza. Y lo extraño era que aquel goce, aquella sonriente ligereza, eran la más adecuada introducción a la brutalidad inminente.

—Siemian ha cometido una traición —explicó Fryderyk, conciso—. Tenemos pruebas.

—Ajá —dijo Karol.

—Hay que liquidarlo esta noche. ¿Estás dispuesto?

—¿Yo?

—¿Tienes miedo?

—No.

Estaba junto a una vara de la que pendía una silla

de montar. Su lealtad por Siemian no apuntó siquiera. Al oír que se trataba de una ejecución, se puso tímido e incluso púdico. Se encerró en sí mismo, tenso. Estaba claro que no iba a protestar. Lo mismo le daba ejecutar a Siemian que matar por orden de Siemian —lo que le unía al caudillo era la muerte, fuera de quien fuera. Ante Siemian él era un militar obediente— pero militar y obediente era también al revolverse contra Siemian cumpliendo nuestra orden. Su deslumbramiento ante el jefe se mudaba en una ágil capacidad de matar. No estaba asombrado.

Y sin embargo el (muchacho) nos recorrió con una mirada fugaz. Algún secreto se disimulaba en la mirada (como si preguntara: ¿queréis cazar a Siemian... o acaso a mí?). Pero no dijo nada. Se había vuelto discreto.

—¿Y si no abre la puerta? Se encierra con llave.

—Ya encontraremos un modo de que la abra.

Karol se alejó.

Y el hecho de que se alejara me puso furioso. ¿Adónde iba a encerrarse? ¿En sí mismo? ¿Qué quería decir —en sí mismo? ¿Qué era aquel mundo suyo, donde tan fácil resultaba morir como matar? Oh, se alejó con soberbia, callado y obediente... Y no me cupo duda de que se alejaba en busca de Henia, con manos en las que habíamos puesto un cuchillo. ¡Henia! El joven, un joven con un cuchillo, un joven asesino, estaba más cerca que nunca de conquistarla y de poseerla— y de no ser por Hipolit, que nos convocó a un nuevo consejo de guerra, hubiéramos corrido en pos del (muchacho), para espiarle. Pero pasó tiempo antes de que pudiéramos salir del despacho de Hipolit y salir al jardín, en su busca, en su busca —pero no lle-

gamos siquiera al jardín, porque nos detuvo la voz de Waclaw, ahogada, extrañamente desmudada— ¡algo ocurría! Retrocedimos. Una escena parecida a la de la isla. Waclaw a dos pasos de Henia —no comprendíamos de qué se trataba, pero algo ocurría entre ellos.

Karol se apoyaba en el aparador.

Al vernos dijo Waclaw:

—La he abofeteado.

Se marchó. Ella dijo:

—¡Pega fuerte!

—Pega fuerte —repitió Karol.

Reían. Se burlaban. Malignos, pero divirtiéndose. No demasiado —no demasiado— sólo ligeramente divertidos. ¡Qué elegancia en su burla! Y se fijaban más en que él "pegaba fuerte", que en los golpes que recibían.

—¿Qué mosca le ha picado? —preguntó Fryderyk—. ¿Por qué se excita?

—¿Por qué va a ser? —contestó ella.

Entornó los ojos burlescamente, muy coqueta, y comprendimos que se trataba de Karol. Lo maravilloso fue que ni siquiera lo señaló con la mirada: bastaba que se pusiera coqueta —sabía que sólo "con" Karol nos gustaba. Con qué facilidad nos comprendíamos— y me di cuenta de que ambos estaban seguros de nuestra benevolencia. Traviesos, discretos, y decididamente asentados en la convicción de que nos fascinaban. Disipado todo equívoco.

Al parecer Waclaw no había sabido contenerse —otra vez debieron de provocarle con una mirada casi imperceptible, con un roce... ¡sus provocaciones pueriles! Fryderyk preguntó de pronto:

—¿Karol no te ha dicho nada?

—¿De qué?

—De lo de esta noche... Siemian...

Hizo un burlesco gesto significando un degüello —un gesto cómico de no ser tan serio. Se divertía con lúgubre seriedad. Se sentó. Ella no sabía nada, Karol no la había enterado. Fryderyk le anunció la inminente "liquidación", y que Karol iba a ejecutarla. Habló como si se tratara del asunto más ordinario. Ambos (Karol también) escuchaban —¿cómo decirlo?— sin ofrecer resistencia. No podían escuchar de otro modo, porque necesitaban gustarnos, y aquello cohibía su reacción. Salvo que, al concluir Fryderyk, ella no dijo nada —él tampoco— y el silencio de ambos fue creciendo. No se comprendía qué significaba. Pero el (muchacho), arrimado al aparador, se entenebrecía, y ella también ensombrecía.

Fryderyk aclaró:

—La dificultad mayor podría ser que, de noche, Siemian no abriera la puerta. Tendrá miedo. Tenéis que ir los dos. Tú, Henia, llamarás con cualquier pretexto. A ti te abrirá. Ni siquiera se le ocurrirá no abrirte. Le dirás por ejemplo que le llevas una carta. Y cuando abra te apartas, y Karol entra... Es el mejor procedimiento... ¿Qué os parece?

Lo decía sin poner demasiado empeño, "por si acaso", lo cual era justificado —ya que la idea era un poco aventurada. No era nada cierto que Siemian abriera sin más la puerta a la joven, y Fryderyk podía apenas disimular la verdadera intención de la propuesta: complicar a Henia, para que los dos... Lo organizaba exactamente como una escena en la isla. No me admiraba tanto la ocurrencia como la manera

de darle vida —lo proponía sin rodeos, como sin querer la cosa, aprovechando el momento en que los teníamos bien dispuestos, aliados y fáciles de convencer— ¡los dos, los dos! Era manifiesto que Fryderyk contaba con la "buena voluntad" de la pareja —con su disposición a agradarle— contaba una vez más con la "ligereza" que ya Karol había mostrado. Sólo quería que pisaran "juntos" aquella lombriz... Pero ya no había modo de esconder el propósito erótico, sensual, amoroso —¡saltaba a la vista! Y por un momento me pareció como si las dos caras del asunto entraran en conflicto, porque por una parte la propuesta era repugnante, ya que significaba envolver a aquella niña en el pecado, en el asesinato... pero por otra parte era "excitante y embriagadora", puesto que se encaminaba a que "juntos"...

¿Qué predominaría? Me sobró tiempo para meditarlo, porque tardaron en contestar. Vi con toda claridad, al tenerlos a los dos ante nosotros, que *en relación* recíproca no gozaban en lo más mínimo, que carecían de toda ternura y se afilaban como navajas —pero les ataba uno a otro nuestro embeleso, y nuestra esperanza...— y no lograban resistirse. No eran capaces de oponerse a la hermosura que descubríamos en ellos. Y su sumisión era su destino —estaban allí para someterse. Era otro acto "contra sí mismos", la especie de actos que es propia de la juventud, con que la juventud se dibuja, y que por consiguiente pierden todo significado objetivo. Para ellos ni Siemian ni su muerte tenían ninguna importancia: sólo importaban ellos.

La (muchacha) se limitó a contestar:

—¿Por qué no? Puede probarse.

Karol sonrió de pronto, como un tonto:

—Si sale bien se hará, si no, pues no.

Comprendí que necesitaba ser tonto.

—Sí, así. Tú llamas, te apartas de un salto, yo le pincho. Puede salir bien, bueno, si abre.

Ella rio y dijo:

—No tengas miedo, si llamo, abre.

Al parecer también se había instalado en la memez.

—Todo esto, naturalmente, que quede entre nosotros —dijo Fryderyk.

—¡No tema!

Así terminó el diálogo —tales conversaciones no pueden prolongarse. Pasé a la terraza, y de allí al jardín. Quería respirar aire fresco: la rapidez con que progresaban los acontecimientos me mareaba. La luz se desvaneció. Los colores perdieron su brillo vítreo, el verde y el rojo dejaron de pinchar —sombreado reposo del color, en espera de la noche. ¿Qué escondía la noche?... Aquel... pisar la lombriz— pero la lombriz no era Waclaw, sino Siemian. No me sentía seguro de que todo transcurriera bien. De pronto me encendía un negro fuego, y luego me sentía apagarme, malhumorado, desesperado incluso, porque todo era demasiado fantástico, arbitrario y huero de realidad —un juego de manos, sí, era por nuestra parte "jugar con fuego". Entre los arbustos, de pronto perdí por completo el hilo guiador... Y entonces vi acercarse a Waclaw.

¡Tengo que explicarle! ¡Por favor, compréndalo! No debí pegarle, pero fue una cochinada —¡una verdadera cochinada, se lo aseguro!

—¿Qué?

—Me hizo una cochinada... Y gorda, aunque pe-

queñita... Pero no me he engañado... ¡Pequeñita pero gorda, la cochinada! Estábamos hablando, en el comedor. Ha entrado él. El amante. En seguida he sentido que me hablaba a mí pero se dirigía a él.

—¿Se dirigía a él?

—A él —no con palabras, pero... con todo. Toda. En apariencia hablaba conmigo, pero estaba pegada a él, se le había entregado. Ante mis ojos. Hablando conmigo. ¿Puede creerse? Era una cosa... He visto que hablaba con él y estaba con él— y tan... tan completamente. Como si yo no estuviera. Le pegué una bofetada. Y ahora qué hago. Dígame usted qué hago.

—¿No habría modo de arreglarlo?

—¡Pero la he abofeteado! He puesto los puntos sobre las íes. ¡He abofeteado! Todo está fijado, definitivamente, todo confirmado. ¡He abofeteado! Ni yo mismo comprendo cómo pude... Le digo una cosa. Que me parece que de no haber permitido que le designaran a él para esa... liquidación... no la habría pegado a ella.

—¿Por qué?

Me miró cortante.

—Porque ahora mis cuentas no están claras —respecto a él. He permitido que él me sustituya. He perdido mis razones morales, y por esto pego. Pego, porque mi sufrimiento ya no tiene valor. Ya no es digno. Se ha deshonrado. Y por esto pego, pego, pego... y a él no sólo le pegaría: ¡a él le mataría!

—¡Qué cosas dice usted!

—Le mataría —y ahora mismo... ¡Sería una nimiedad! ¿Matar a... eso? Como pisar un gusano. ¡Una pequeñez! ¡Una pequeñez! Pero por otra parte... matar a... eso, ¡qué escándalo! ¡Y menuda vergüenza! Es

mucho más difícil que con un adulto. ¡Es imposible! Sólo debemos matarnos entre adultos. ¿Y si le cortara el cuello?... ¡Supóngalo! No se asuste. Lo digo en broma. ¡Todo son bromas! Si bromean conmigo, ¿por qué no había de bromear yo? ¡Dios de los cielos, sálvame de la broma en que he caído! ¡Dios mío, Dios mío, mi único refugio! ¿Qué iba a decir? Ah, sí, pues que quiero asesinar... pero Siemian... tenía que hacerlo yo —todavía puedo arrebatarle esa muerte a ese mocoso... ¡Si no se la quito, mis cuentas no están claras, no están claras!

Se quedó echando cuentas.

—Ya no hay manera. Me he comprometido. ¿Cómo arrebatarle su misión? Ahora todos se darían cuenta de que no lo hago por sentido del deber, sino por impedir... para no perder la superioridad moral ante ella. ¡Y toda mi moralidad serviría sólo para poseerla a ella!

Abrió los brazos.

—No veo qué puedo hacer. Temo que no hay ya nada que hacer.

Todavía dijo algo notable.

—¡Estoy desnudo! ¡Me siento desnudo! ¡Dios mío! ¡Me han desnudado!... Yo, a mi edad, ya no debería andar desnudo. La desnudez —¡es cosa de jóvenes!

Y luego:

—No me engaña a mí solo. Engaña a la virilidad. A la virilidad entera. Porque no me engaña con un hombre. ¿Pero es acaso una mujer? Se lo digo yo, abusa de que no es todavía una mujer.

Y más:

—Lo que me pregunto es: ¿quién se lo ha enseñado? Repito lo que ya dije: no pueden haberlo inventado

ellos solos. Aquello, lo de la isla. Lo que ahora hace conmigo... esas provocaciones... Demasiado bien tramado. Espero que usted me entiende: no han podido inventarlo, demasiado bien tramado. ¿De dónde? ¿De libros? ¡Yo qué sé!

• • •

Del suelo subió una salsa espesa, oscureciendo la mirada, y mientras las copas de los árboles se mecían todavía por un cielo regocijado, ya los troncos se desdibujaban, huyentes. Levanté el ladrillo. Una carta.

"Por favor, hable con Siemian.

Dígale que esta noche usted y Henia le guiarán a un lugar en el campo donde esperará Karol con un coche. Que Henia le llamará para llevarle al punto de la cita. Lo creerá. Sabe que Karol le es leal, y Henia también. ¡Lo creerá con pasión! Es el mejor modo de lograr que abra la puerta cuando ella llame. Muy importante. ¡No lo olvide!

Por favor no olvide que ya no podemos volvernos atrás. Atrás sería caer en la cochinada.

Skuziak —¿qué hacemos con él? ¿Qué? No encuentro la solución. No puede quedar al margen, tienen que ser los tres... ¿Pero cómo?

¡Cuidado! No forzar nada. Más vale delicadamente, con sentimiento, no irritar, nada de riesgos inútiles. Bendita suerte, hasta ahora todo sale bien —no estropearlo. Vigílese. ¡Cuidado!"

* * *

Fui a la habitación de Siemian.

Llamé. Cuando supo que era yo abrió, pero en seguida se arrojó otra vez tumbado en la cama. ¿Cuánto tiempo llevaría de aquel modo? En calcetines —las botas, cuidadosamente limpias, relucían en el suelo, entre montones de colillas. Fumaba cigarrillo tras cigarrillo. La mano, de fina muñeca, larga, con un anillo al dedo. No mostró deseos de hablar. Estaba tumbado y miraba al techo. Le dije que quería avisarle: no tenía que hacerse ilusiones. Hipolit no iba a darle caballos.

No contestó.

—Ni mañana ni pasado mañana. Y además pudieran ser ciertas sus sospechas de que no le dejará escapar.

Silencio.

—Por lo cual vengo a proponerle... un plan de fuga.

Silencio.

—Le ayudaré.

No contestó.

Yacía como un montón de tierra. Pensé que estaba asustado —pero no era miedo, era cólera. Una cólera malvada. Es (pensé) porque estoy enterado de su vergüenza. Estoy enterado de su debilidad, y por esto se le transforma en cólera.

Le expuse el plan. Le anuncié que Henia llamaría y le guiaría.

—Hijo de...

—¿Tiene dinero?

—Sí.

—Todo va bien, pues. Esté preparado —poco después de la medianoche.

—Hijo de...

—Esa palabrita no le ayuda en nada.

—Hijo de...

—No sea grosero. A lo mejor cambio de idea.

—Hijo de...

Le dejé. Aceptaba nuestra ayuda, permitía que le salváramos, pero no lo agradecía. Tumbado en la cama, tenso, todavía pretendía dominarnos —un jefe, un caudillo— pero ya no violentaba a nadie. La fuerza había huido de él. Y él sabía que yo lo sabía. Si, poco tiempo antes, tenía que esforzarse por ser simpático ya que era peligroso y capaz de dominar por la fuerza, entonces que era débil mostraba una virilidad agresiva y rabiosa, pero con las garras cortadas, obligada a pedir piedad... Y sabía que aquella agresividad le hacía antipático, desagradable... y por ello se rascaba un muslo con el pie enfundado en su calcetín... levantaba la pierna y meneaba los dedos del pie —un gesto declaradamente egoísta— como si yo no estuviera... Y no podía aguantarme... Y se ahogaba en un océano de aversión, quería vomitar... y yo también. Salí. El peculiar cinismo de los hombres me envenenaba como un cigarrillo. En el comedor di con Hipolit, y fue como un choque. ¡Hubiera vomitado por nada, por un pelo, por uno de aquellos pelitos que me crecían en las manos! ¡En aquellos momentos no podía soportar a ningún hombre!

De ellos —los hombres— estábamos cinco en la casa. Hipolit, Siemian, Waclaw, Fryderyk y yo. Brrr... No se da en el mundo animal nada que alcance tanta

monstruosidad —¿qué caballo, qué perro puede rivalizar con tanto desenfreno en los rostros, con tanto cinismo en el cuerpo? ¡Qué catástrofe! Pasados los treinta años, los seres humanos se hunden en el horror. *Toda la hermosura estaba en ellos, en los jóvenes.* Yo, un hombre, tenía que refugiarme entre mis semejantes, los hombres, porque me repugnaban y me arrojaban al otro lado.

* * *

La señora estaba en la terraza.

—¿Por dónde andan todos? —preguntó—. ¿Desaparecieron?

—No sé... Yo estaba arriba.

—¿Y Henia? ¿No ha visto a Henia?

—¿No estará en el huerto?

Mariposeó con los dedos.

—No sé si a usted le parece... A mí me parece que Waclaw se siente muy nervioso. Abatido. ¿Acaso entre ellos hay algo que, yo no sé, que no anda como debiera? Algo se habrá estropeado. Empieza a no gustarme. Tengo que hablar con Waclaw... o quizá con Henia... yo qué sé... ¡Dios mío!

Estaba inquieta.

—Yo no sé nada. Pero que esté abatido... al fin y al cabo, ha perdido a su madre.

—¿Cree usted que es por su madre?

—Claro. ¡Una madre es una madre!

—¿Verdad que lo es? Yo también pienso que es por su madre. ¡Ha perdido a su madre! ¡Ni Henia pue-

de reemplazarla! ¡Una madre es una madre! ¡Una madre!

Aleteó con los dedos. Y se tranquilizó por completo, como si la palabra de "madre" fuera tan poderosa que despojara de toda importancia a la palabra "Henia", como si fuera lo más sagrado del mundo... ¡Madre! También ella era una madre. ¡Y se puso a no ser otra cosa, a ser sólo madre! Aquel ser pretérito, que entonces no era más que madre, me miró con una penetrante mirada de pluscuamperfecto y se alejó con su risa madonil —vi que no había que temerla, que no nos estorbaría— sólo era capaz de ser madre. Mientras se alejaba, danzaban sus pretéritos encantos.

* * *

Durante la cena, a causa de la señora, hablamos de cosas banales. Luego no supe qué hacer. Parecía lógico que en las horas que precedían a un crimen hubiera mucho que hacer, pero nadie estaba atareado, todos se dispersaron... Tal vez porque lo que se preparaba era tan confidencial y tan brutal. ¿Y Fryderyk? ¿Por dónde andaba Fryderyk? También él había desaparecido, y me pareció que me quedaba ciego, como si me hubieran vendado los ojos, sin saber qué ocurría. Tenía que encontrarlo —y me puse a buscar. Salí al exterior. Iba a llover, una humedad cálida empapaba el aire, andrajos de nubes colgaban del cielo, ráfagas de viento se arremolinaban por el jardín y caían muertas. Anduve casi a tientas, adivinando el camino, con la audacia que da el avanzar por lo desconocido, y

sólo de cuando en cuando la conocida silueta de un árbol me cercioraba de que me encontraba donde esperaba encontrarme. Pero aquella invariabilidad del jardín me sorprendía y me inquietaba... Hubiera sido más natural que el jardín se volviera del revés. El pensamiento me mareó como una canoa en alta mar, y perdí de vista la tierra firme. No encontré a Fryderyk. ¿Fryderyk? ¿Fryderyk? ¿Fryderyk? Necesitaba su presencia. Sin él todo era incompleto. ¿Dónde se escondía? ¿Qué hacía? Volví a la casa, pero di con él entre los arbustos, frente a la puerta de las cocinas. Me saludó silbando como un chulo. Me pareció que no estaba muy satisfecho de verme, e incluso que estaba avergonzado.

—¿Qué hace aquí? —pregunté.

—No le veo solución.

—¿A qué?

—A aquello.

Señaló a la ventana del desván. Y al mismo tiempo me mostró lo que tenía en la mano: la llave, precisamente, de aquel desván.

—Ahora ya podemos hablar —dijo en voz alta y natural—. Las cartas son ociosas. Ahora ya no podrá, esa... ya me entiende... la naturaleza... no puede ya jugarnos una jugarreta, ya hemos llegado casi a la meta, la situación está delineada... ¡Podemos prescindir de ella!

Lo dijo en un tono extraño. Un curioso halo le rodeaba. ¿Inocencia? ¿Santidad? ¿Pureza? Y se echaba de ver que ya no tenía miedo. Arrancó una ramita y la tiró al suelo —antes lo hubiera pensado tres veces, si tirarla o no tirarla...

—Me he apoderado de la llave para obligarme a encontrar una solución. En cuanto a ese... Skuziak.

—¿Y tiene alguna idea?

—Claro.

—¿Se puede saber?

—Por ahora... todavía no... Lo descubrirá en el momento debido. O tal vez sí, se lo digo ahora. ¡Mire!

Mostró la otra mano, y sostenía un cuchillo, un gran cuchillo de cocina. Desagradablemente sorprendido, pregunté:

—¿Y esto a qué viene?

Súbitamente y por vez primera, comprendí con toda certidumbre que trataba con un loco.

—No se me ha ocurrido ninguna combinación mejor —confesó como si se excusara—. Pero con eso bastará. *En el instante en que un joven matará a un viejo, también un viejo matará a un joven* —¿lo capta usted bien? La situación se redondea. Estarán juntos, los tres. El cuchillo los une. Hace tiempo que sé que los unen el cuchillo y la sangre. Evidentemente, tiene que ser simultáneo. En el preciso instante en que Karol hunda el cuchillo en Siemian, hundiré el mío en Józiiii... ¡ek!

¡Qué ocurrencia! ¡Un loco! Un enfermo —un alienado— ¡asesinar al joven! Y sin embargo, incomprensiblemente, al nivel de cierto abismo aquella locura era lo más natural y evidente —aquel loco tenía razón, había que hacerlo, aquello los uniría, formaría un todo "redondo"... Cuanto más sangrienta y horrenda fuera aquella insensatez, más los uniría... Y por si fuera poco, aquella invención enferma, apestosa a hospital, degenerada y epiléptica, la asquerosa ocurrencia de un intelectual— ¡exhalaba un inesperado aroma de

matorrales en flor, y entusiasmaba! ¡Me embargaba el entusiasmo! El aroma venía de otra región, de la "de ellos". Aquella sangrienta crecida de juventud tonante, y aquella unión (del joven con la joven) mediante el cuchillo... ¡Tanto daba que se cometiera una crueldad con ellos o que la cometieran ellos —cada crueldad les potenciaba el sabor, como una salsa!

El jardín invisible se henchía y desbordaba de embelesos —aunque estaba húmedo, aunque estaba oscuro, y aunque allí estaba aquel loco— e inhalé aquel frescor, bañé de pronto en un elemento prodigiosamente ácido, desgarrador y seductor. ¡Todo, todo, volvía a ser joven y sensual, incluso nosotros! Pero... ¡no, no, no, no había que permitirlo! ¡Aquello pasaba decididamente de la raya! Era monstruoso —imposible— aquella matanza del chico en el desván, no, no, no... Fryderyk se echó a reír.

—¡Cálmese! Sólo he querido comprobar si no tiene dudas de que tengo la cabeza bien sentada. ¡No faltaba más! Una fantasía gratuita... de puro irritado porque de verdad no sé qué hacer con ese Skuziak. ¡Qué idiotez!

Idiotez. En verdad. Al confesarlo él, aquella idiotez apareció ante mis ojos como una gran pierna de cordero asada, y me avergonzó haber caído en la trampa. Entramos en la casa.

12

Poco queda por contar. El hecho es que todo transcurrió sin tropiezos, de mejor en mejor, hasta el final que... bueno, que superó todas nuestras esperanzas. Y fue tan fácil... Casi me parecía risible el que una dificultad tan agobiante terminara con tan imprevista ligereza.

Mi papel consistía de nuevo en vigilar el cuarto de Siemian. Me tendí en la cama, sosteniéndome la cabeza con las manos —y escuché. Nos adentrábamos por la noche, y según todas las apariencias la casa entera dormía. Estaba atento a los pasos de la parejita asesina por la escalera, pero era todavía temprano, faltaba un cuarto de hora. Silencio. En el vestíbulo estaba de guardia Hipo, y Fryderyk en la puerta exterior. Finalmente, al dar la media, un peldaño crujió bajo los pies de ellos, seguramente sin zapatos. ¿Desnudos? ¿O en calcetines?

¡Inolvidables instantes! Otro leve crujido de la madera. Por qué subían tan furtivamente —hubiera sido más natural que la muchacha no se disimulara, sólo él era clandestino— pero no cabía sorprenderse de que la atmósfera de conspiración les contaminara... Y debían de tener los nervios en tensión. Me parecía verlos, subiendo peldaño tras peldaño, ella delante, él siguiéndola, tanteando con el pie para que

los crujidos no se repitieran. Me sentí amargado. Aquella furtiva subida en pareja, ¿no era un pobre sustitutivo para otra hazaña furtiva, cien veces más codiciada, más digna de sus tanteos?... Y sin embargo, estaban en camino —no hacia Siemian, sino hacia su muerte— no eran menos corpóreos, pecaminosos y ardorosos de amor, y su disimulo no era menos expectante... ¡Otro crujido! La juventud se acercaba. Era inefablemente delicioso, porque bajo sus plantas un hecho horrendo florecía, un aire aromático se alzaba... sólo que, aquella furtiva juventud... ¿era acaso pura, fresca y simple y natural, inocente? No. Era "para viejos": si se habían adentrado por la aventura, fue por docilidad, por complacernos a nosotros, por flirtear con nosotros... Y mi madurez "para" la juventud tenía que coincidir, por encima del cadáver de Siemian, con la juventud "para" la madurez —¡qué cita, demonios!

Pero se encerraba felicidad —y orgullo— ¡qué orgullo! —y algo más, una especie de aguardiente— en su complicidad con nosotros. Por inspiración nuestra, y seguramente por su propia necesidad de obedecernos, se exponían a tanto peligro —¡y subían a escondidas!— ¡iban a cometer tamaño crimen! ¡Era divino! ¡Era inaudito! Despedía la más fascinadora de las hermosuras terrestres. Tendido en la cama, casi enloquecía pensando que nosotros, Fryderyk y yo, éramos la inspiración de aquellos pies —otro crujido, mucho más cerca, y luego silencio, un estallido de silencio, y pensé que acaso perdían el valor, o que tal vez aquella ascensión furtiva les desviaba de la meta, les encaminaba el uno hacia el otro, y que, abrazados, olvidándolo todo, se entregaban al cuerpo prohibido...

A oscuras. En la escalera. Sin aliento. Posible. ¿Era cierto? ¿Lo era?... Pero no, otro crujido decía que mis esperanzas eran vanas— y resultaba claro que mi esperanza quedaba excluida, excluida por completo, que no estaba cortada a la medida de ellos. Eran demasiado jóvenes. ¡Demasiado jóvenes! Silencio en la escalera, y pensé que se habrían acobardado, que ella habría asido la mano de él y tiraba hacia atrás, que de pronto se había alzado la masa gigantesca de su misión, del asesinato. ¿Lo miraban cara a cara, y les daba miedo? ¡No! ¡Nunca! También aquello quedaba excluido. Por las mismas razones. Les atraía aquel abismo porque se sentían perfectamente capaces de salvarlo de un salto —su ligereza asumía las más sangrientas empresas porque las degradaba a otro nivel— y su aproximación al crimen era una aniquilación de todo crimen: al cometerlo, lo aniquilaban.

Un crujido. Maravillosa, su ilegalidad, aquel pecado (muchachil) deslizándose ligero... Y me parecía ver la conjunción de sus pies, sus bocas entreabiertas, oía sus alientos contenidos. Pensé en Fryderyk, atento desde abajo a los mismos ruidos —pensé en Waclaw, les vi a todos, a Hipolit, a doña María, a Siemian, seguramente tendido en la cama como yo— y saboreé el crimen virginal, el pecado virginal... Toc, toc, toc.

Era ella, llamando a la puerta de Siemian.

En realidad aquí termina mi relato. El final fue demasiado... fácil y demasiado... tonitruante, demaciado ligerofácil, para poder contarlo de un modo creíble. Me limitaré a enunciar los hechos.

Oí la voz de Henia: "Soy yo". La llave giró en la cerradura de Siemian, se abrió la puerta, siguió un

choque y la caída de un cuerpo derrumbado. Tengo la impresión de que, para más seguridad, el joven usó todavía el cuchillo un par de veces. Me precipité al pasillo. Karol tenía ya encendida la lámpara de bolsillo. Siemian yacía en el suelo: al darle la vuelta, vimos sangre.

—Listo —dijo Karol.

Pero era tan extraña aquella cara, envuelta en un pañuelo como si le dolieran las muelas... No era Siemian... Y tardamos unos segundos en reconocerlo: ¡Waclaw!

Waclaw en vez de Siemian, en el suelo, muerto. Pero también Siemian estaba muerto —con una diferencia: en la cama— yacía en la cama con una herida de cuchillo y la cara hundida en las almohadas.

Alumbramos. Lo examiné todo, lleno de extrañas dudas. Aquello... aquello no parecía tener su ciento por ciento de realidad. ¡Tan bien combinado —tan fácil! No sé si me explico bien, quiero decir que no podía ser de verdad, que era una solución artificial, como de cuento de hadas...

Lo que debió de ocurrir: al terminar de cenar, Waclaw se introdujo en el cuarto de Siemian por la puerta que comunicaba con el suyo. Lo mató. Sin jaleo. Luego esperó a que llegaran Henia y Karol y les abrió la puerta. Todo para que le mataran a él. Sin jaleo. Para mayor seguridad, apagó la luz y se enmascaró con un pañuelo— evitando que le reconocieran en seguida.

El horror de mi enajenación: ¡porque la trágica brutalidad de aquellos cadáveres, su sangrienta verdad, eran el fruto demasiado pesado de un árbol demasiado flexible! ¡Aquellos dos cadáveres abandonados

—aquellos asesinatos! Como si la idea mortal hubiera resultado apuñalada por aquella frívola facilidad.

Salimos al pasillo. Ellos se miraron. No dijeron nada.

Oímos subir a alguien. Fryderyk. Al ver a Waclaw se detuvo. Hizo una seña con la mano —no se comprendía qué quería significar. Se sacó del bolsillo un cuchillo, lo sostuvo un momento en el aire y luego lo tiró al suelo... El cuchillo estaba ensangrentado.

—Józiek —dijo—. Józiek. Aquí está.

¡Era inocente! ¡Era un inocente! ¡Exhalaba inocente ingenuidad! Miré a nuestra parejita. Sonreían. Como sonríe siempre la juventud, cuando no sabe cómo salir de un apuro. Y durante un segundo, ellos y nosotros, en nuestra catástrofe, nos miramos a los ojos.

INDICE

Pág.

Prólogo del autor 7

Primera parte 17

Segunda parte 121

Terminóse de imprimir
en febrero de 1968,
en los talleres de
I. G. Seix y Barral Hnos., S. A.
Provenza, 219 - Barcelona